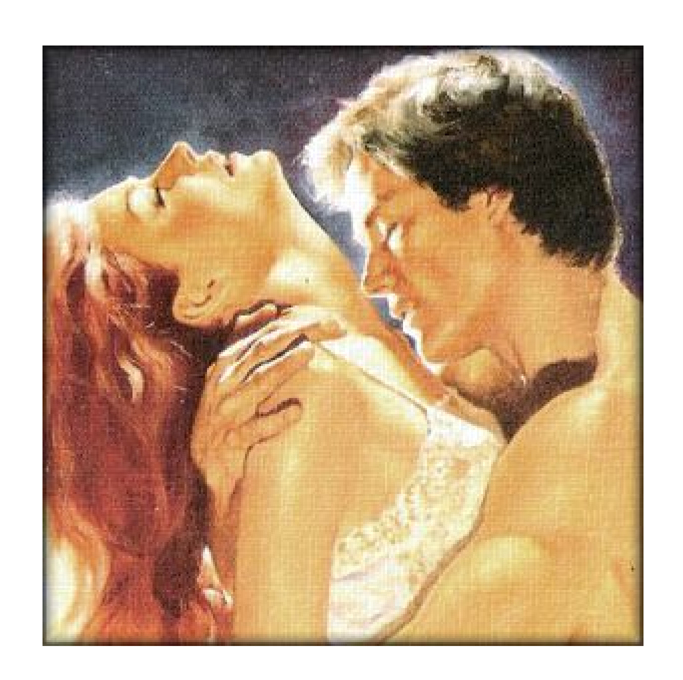

HARLEQUIN
SUPER
JAZMIN
Novelas con corazón
Sueños de juventud
JUDITH ARNOLD

Judith Arnold



Sueños de juventud

Sueños de juventud

Linda Villard se estaba enfrentando a la decisión más difícil de su vida: tenía que elegir entre su hermano y su amante.

Cuando supo que su hermano, Gary, había estafado a su novio, Matt Calloway, trató de averiguar por qué lo había hecho e intentó comprender qué le tenía tan desesperado como para robar a un amigo.

Matt, por su parte, no se sentía tan benevolente y estaba dispuesto a todo para recuperar su dinero, incluso a arriesgarse perder el amor de Linda…



Prólogo

Gary Villard se quedó mirando el reflejo en el espejo sobre la cómoda y se preguntó quién diablos lo estaba mirando. Reconoció el pelo con mechas rubias del sol y la piel bronceada, los ojos verdes y las pecas. Reconoció cada arruga que sus cuarenta años de vida le habían dejado en la frente, alrededor de los párpados y de los labios. Reconoció la boca, la nariz, la estructura ósea, el diente torcido, el pendiente, una pequeña D de oro colgando de su lóbulo izquierdo.

Conocía el rostro. Pero había dejado de estar seguro de quién era.

—¡Gary! —gritó la voz de Steve al otro lado de la puerta cerrada—. ¿Te has levantado ya?

—Sí —contestó él sin moverse del espejo.

—Ya son más de las doce.

—Lo sé, lo sé. Ya voy.

—Escucha, no vas a creértelo —siguió gritando Steve—. Para esta noche han pronosticado una tormenta de nieve.

—¿Si?

—Apuesto a que te alegra estar aquí, ¿eh?

Una sonrisa carente de humor apareció en los labios de Gary ante el sarcasmo de Steve. Si Gary no hubiera cogido el vuelo agotador para salir de Los Ángeles la noche anterior, podría haber estado disfrutando de una temperatura de veinte grados en ese mismo momento, conduciendo con las ventanillas bajadas, llenando sus pulmones de aire balsámico y fragante y planeando pasar el fin de semana en la playa.

No, no se alegraba de estar allí. Pero tampoco le hubiera alegrado estar en Los Ángeles. Se había metido en un buen lío, y en él único lugar que le gustaría estar en esos momentos, sería quizá en una isla desierta en algún sitio donde nadie pudiera encontrarlo. Una isla a kilómetros de la costa, a kilómetros de Matt Calloway, donde pudiera esconderse hasta que la tormenta pasara.

Una tormenta de nieve.

—Pero si estamos en marzo —le dijo a Steve saliendo de sus pensamientos—. En Massachusetts es primavera, ¿no?

—De vez en cuando. Tengo ropa de abrigo que puedo dejarte si quieres.

—Sí, gracias —dijo Gary brevemente, esperando terminar con la conversación.

Tenía la garganta seca y le dolía la cabeza.

Pero debía ser agradable con Steve y Marlene. ¿Cuántos amigos hospedaban a una visita no invitada que llegaba con sólo unos minutos de aviso? Gary había llamado desde el aeropuerto de Logan esa mañana a las siete y Marlene había dicho que por supuesto, que claro que podía ir a su casa. Ella estaría trabajando todo el día, pero Steve había sido despedido recientemente. Había trabajado en una fábrica de producción de misiles, pero como el país no necesitaba muchos misiles en esos días, Steve podría quedarse en casa y entretener a Gary.

Gary no quería entretenimiento. Le dijo a Marlene que principalmente quería descansar. Nunca le había cogido el truco a dormir en los aviones, así que después de un vuelo que había durado casi toda la noche, había salido del avión totalmente agotado y con la hora cambiada.

Había llegado a la casa de Somerville más o menos a las ocho, justo a tiempo de darle a Marlene un beso en la mejilla antes de que ella saliera para la estación a coger su tren hacia Boston. Steve había preparado la habitación de invitados para Gary y le había dejado para que descansara.

Gary se había tumbado en la cama, con los ojos cerrados y el cerebro acelerado. Estaba demasiado agitado para dormir. Demasiado asustado.

Al menos había sobrevivido a ese matón y había arreglado las cosas con él. Pero lo había estropeado con los demás, con quien realmente le importaba.

Debbie… lo mejor que le había sucedido desde que él podía recordar. Si ella averiguaba alguna vez lo que él había hecho, lo dejaría. Incluso aunque Gary lo hubiera hecho para mantenerla a salvo, ella estaría furiosa. No había duda al respecto. Se iría.

Linda… Si él no lo solucionaba, ella podía terminar sin casa ni hogar. O se vendía la casa o él vivía el resto de su vida ahogado por una deuda de su propia creación. Pero quitarle a ella la casa también le ahogaría.

Y Matt Calloway… Bueno, él debía saber la verdad en esos momentos. Debía haberse imaginado lo que había hecho Gary.

Así que Gary se había quedado tumbado, despierto durante horas en la habitación de invitados de la vieja casa adosada de Steve al norte de Boston, dándole vueltas a la cabeza.

Se había acordado de Matt, de la forma en que le había encontrado en Portland un par de semanas antes. Le había visto triunfante, equilibrado, viviendo de forma correcta. Tenía su propio negocio, una secretaria, una casa en una colina, respeto. Dinero.

Después, Gary había recordado a Matt Calloway de la forma

en que había estado veinte años antes, con el pelo rapado, oscuro y puntiagudo, como lo llevaba el resto de la tripulación del barco. Su piel había estado menos curtida, sus ojos un poco más suaves de expresión. También había sido equilibrado, calmado y firme. Todo el mundo a su alrededor se había vuelto loco, pero Matt se sentaba y sonreía en medio de esa locura, hablando y tranquilizando a todos.

Gary recordó a Matt caminando a su lado, llegando a las tierras que rodeaban una granja abandonada en una mañana calurosa y bochornosa. Se acordó de sí mismo, contemplando el campo y a Matt agarrando su brazo, tirando de él para que no avanzara, cogiendo una piedra pesada, tirándola hacia delante y accionando una mina.

Gary Villard había estado echado en la cama esa mañana en casa de Steve, sabiendo que tenía que dormir algo pero incapaz porque no podía dejar de imaginarse a Matt Calloway. El hombre que había salvado su vida.

El hombre a quien él había traicionado sólo un par de semanas antes.

Capítulo 1

Lo que había comenzado como una ventisca en las afueras de Hatford dos horas antes, se había convertido en una tormenta de nieve considerable cuando Matt Calloway llegó a Boston. Incluso aunque hubiera estado conduciendo su todoterreno en lugar del utilitario que había alquilado en el aeropuerto, las carreteras serpenteantes, estrechas y resbaladizas del Massachusetts rural le hubieran planteado problemas.

Él había vivido bajo climas muy distintos y había conducido a través de todos los tipos de tormentas conocidas para el hombre, pero no podía escapar a sus genes del cálido Missouri, que gruñían ante el tiempo invernal. Los dedos le hormigueaban del frío. Tenía rígidos los músculos del cuello por la forma en que estaba encorvado sobre el volante. Las fosas nasales le escocían de respirar el aire caliente y seco de la calefacción del coche.

Quizás su tensión no tuviera nada que ver con el mal tiempo, las terribles condiciones bajo las que estaba conduciendo ni el cansancio producido por un viaje que comenzó esa mañana en Oregón. Quizás fuera simplemente el resultado de la amargura que se había apoderado de él como algo tóxico desde que había descubierto lo que había hecho Gary Villard.

Un par de faros atravesó los remolinos de polvo blanco cuando un coche pasó junto al de Matt en dirección opuesta. Aunque sólo eran las siete y media, la noche era oscura y densa y la luna y las estrellas estaban ocultas bajo las nubes de tormenta. Matt casi deseó que hubiera más coches en la carretera y poder usar sus faros traseros para guiarse.

La carretera giró a la izquierda, y se vio una bifurcación, justo como le había dicho el tipo de la gasolinera cuando había parado para preguntar. Reduciendo la marcha, entró en la bifurcación de la derecha. Los neumáticos chirriaron cuando el coche culeteó durante un momento angustioso antes de enderezarse y subir por la carretera empinada. Los limpiaparabrisas se movían con rapidez de un lado a otro. El cuello se le puso más rígido.

No había muchas personas por las que Matt pasara por una situación similar. No había muchas personas que pudieran enfurecerle tanto como para hacerle volar casi cinco mil kilómetros atravesando el continente. La traición era algo inherente a la vida, y normalmente él se lo tomaba con calma. Pero esa vez…

Esa vez le había llegado demasiado hondo.

Sus neumáticos traseros perdieron de nuevo tracción, oscilando en la carretera resbaladiza. La nieve había empezado a caer con más fuerza, y no podía distinguir la raya negra de la carretera delante de él, cubierta por la superficie blanca. Matt maldijo la posibilidad de que después de ese viaje infernal, no encontrara a Gary Villard.

Su novia de Los Ángeles le había dicho que Gary había ido a Braxton.

—Se marchó hace un par de días —le había dicho ella cuando Matt había llamado al número que había sacado de la guía —. Dijo que tenía que regresar a su casa durante una temporada. No sé la razón.

Matt podía imaginársela.

—Braxton —había dicho Matt—. Eso está en Massachusetts, ¿verdad?

—Sí.

—¿Dijo cuándo regresaría?

—¡Que va! Sólo se marchó. Dijo que tenía problemas y que se marchaba a casa durante unos días. A lo mejor tiene algo que ver con su familia.

Pero Matt había sabido que tenía que ver con él.

Treinta horas después, Matt estaba patinando por las heladas carreteras secundarias del oeste de Massachusetts, caminos rústicos que salían serpenteando de la carretera interestatal y entraban en las colinas de Berkshires. No había duda de que el escenario sería impresionante a la luz del día, pero Matt no estaba de humor para apreciar las vistas. No apreciaría nada excepto coger a Gary Villard del cuello y lanzarle contra una pared… para empezar.

Vio una luz alta, delante de él a su izquierda, el brillo dorado de una casa. Mientras se acercaba, la luz tomó la forma de dos ventanas grandes y rectangulares en la segunda planta. Sobre ellas se elevaba un tejado en forma de pico, y bajo ellas se extendía un saliente que abrigaba un porche que recorría todo el ancho de la casa por delante. Una extensión de nieve sin tocar se extendía desde el porche hasta el borde de la carretera, donde un buzón de metal se asentaba sobre un desgastado poste de madera. La nieve cubría el buzón como si fuera nata, pero con los faros de su coche, Matt pudo descifrar casi todas las letras negras que adornaban el costado. Vio una V, dos L y después las letras ARD parcialmente oscurecidas.

Frenó con cuidado para evitar que el coche patinara y entró en el camino. Apagó el motor y las luces y un frío oscuro y silencioso le envolvió. Se estremeció. Eso no iba a ser fácil.

A él no le gustaban las peleas. Había terminado saciado de

pelear más de veinte años antes. Entonces había aprendido a sobrevivir, a confiar en sus amigos y a hacer que ellos confiaran en él.

Pero había dejado de saber lo que significada la confianza y la amistad.

Matt se frotó las manos sin guantes, abrió la puerta del coche y salió. La nieve cayó en sus mocasines y le empapó los calcetines. Ignorando el frío, cruzó el camino hacia los escalones delanteros, los subió y llegó al porche, junto a la puerta. Rezando para tener fuerza de voluntad y no dar a Gary un puñetazo en la cara en cuanto se abriera la puerta, respiró profundamente y llamó.

Se estiró para oír los sonidos de alguien moviéndose dentro. No sabía si los golpes sordos que oía eran pasos en la escalera o el sonido de la nieve cayendo de la rama de un árbol al suelo. Respiró profundamente de nuevo y soltó el aire despacio, viendo cómo se convertía en vapor blanco en cuanto salía por sus labios.

Decididamente eran pasos. Oyó el ruido del cerrojo abriéndose. La puerta se abrió hacia dentro y se encontró mirando a través de una contrapuerta de cristal a una mujer.

La furia que le quemaba el estómago se desvaneció de repente, como si alguien hubiera cerrado una válvula. Había algo en esa mujer, algo en sus grandes ojos marrón verdosos que le quitaba el enfado, lo succionaba. Mirar esos ojos era como escuchar una nana, suave, dulce y tranquilizadora. Fuera lo que fuera lo contrario de rencor, sus ojos estaban iluminados con ellos.

Matt apartó la mirada lo suficiente para que el extraño efecto de esos ojos sobre él disminuyera. Entonces se volvió de nuevo hacia ella, evitando deliberadamente sus ojos mientras la estudiaba a través del cristal de la contrapuerta.

Matt debía haberla sacado de la cama o del baño. Ella llevaba un albornoz y un par de zapatillas mullidas. Tenía el pelo rubio rojizo que le caía en una lustrosa melena más abajo de los hombros. Su piel era cremosa con unas delicadas pecas esparcidas por la nariz, y labios gruesos y rosas separados ligeramente en gesto de sorpresa. Era tan delgada que los pliegues de felpa blanca del albornoz parecían comérsela.

Matt tragó saliva y dobló sus dedos helados. El darse cuenta de que Gary Villard tenía una preciosa mujer viviendo en su casa le enfurecía casi tanto como su traición. El bastardo no lo merecía. No se merecía a nadie como ella.

Especialmente no cuando tenía también una mujer en Los Ángeles.

Matt tragó saliva de nuevo. Por todo lo que él sabía, esa mujer de aspecto inocente era la cómplice de Villard, su socia en el

crimen. Por todo lo que Matt sabía, detrás de sus ojos fascinantes había un alma malvada. Por todo lo que él sabía, en ese mismo momento ella estaría pensando en algún modo de gastar todo el dinero que le había llegado de repente. El dinero de Matt.

—¿Sí? —preguntó ella con la voz amortiguada por la gruesa contrapuerta de cristal.

—Estoy buscando a Gary Villard. ¿Está aquí?

Matt habló con voz pausada. No tenía sentido asustar a la mujer. Estuviera o no compinchada con Gary, ella no era su auténtica presa.

—¿Gary? —repitió ella, frunciendo el ceño perpleja—. ¿Está aquí?

—Eso es lo que acabo de preguntarle.

—No —dijo ella ahondando el ceño—. Él está en California… al menos, por lo que yo sé, allí es donde está.

La confusión de la mujer parecía genuina.

—Tenía entendido que estaba aquí.

—¿Le dijo él que regresaba a casa?

—No. Un… amigo suyo me lo dijo —dijo Matt evitando discretamente la palabra «novia».

Gary Villard era obviamente engañoso en varios aspectos, viviendo en cada lugar con una mujer diferente. A lo mejor ellas lo sabían, pero a lo mejor no. Y desde luego, Matt no iba a hacer públicas las noticias de la infidelidad de Matt.

—¿Va a venir a casa? ¡Es estupendo!

Los ojos de la mujer brillaron de alegría, y Matt apartó los suyos para que no quedaran atrapados en su belleza iridiscente.

—¿Vive usted aquí?

Ella se rio, pero él apenas pudo oír el sonido a través del grueso cristal. Pensó que sería mejor así. Posiblemente su risa sería tan fascinante como sus ojos.

—¿Quién es usted? —preguntó ella agradablemente.

—Matt Calloway. Soy un viejo amigo de Gary.

—Matt Calloway —repitió ella frunciendo de nuevo el ceño y con la nariz pequeña y rosada, como la de un gatito, arrugada por la concentración—. Matt Calloway…

—Estuvimos juntos en Vietnam.

—¡Oh! —exclamó la mujer con el rostro iluminado—. ¡Oh, Dios mío! ¡Claro! Su nombre me era familiar. Entre, por favor —dijo abriendo la puerta—. Soy Linda Villard. Por favor, entre y caliéntese.

Linda Villard… la esposa de Gary. ¡Gary tenía una novia en California y una esposa en Massachusetts!

Una esposa preciosa, agradable y demasiado confiada,

permitiendo que un auténtico extraño entrara en su casa. Un extraño que tenía la intención de pulverizar a su marido.

En cuanto Matt plantó sus pies sobre el felpudo al otro lado de la puerta, sintió que la calidez le envolvía. La nieve se derritió de su pelo y hombros y le cayó dentro del cuello de su cazadora de cuero. Rezumó a través de las costuras de sus mocasines y dejó círculos húmedos y oscuros en la alfombra. Justo delante de él vio un pasillo y una escalera con una barandilla de roble brillante. Las paredes estaban empapeladas con un diseño sencillo; en una pared había una litografía enmarcada de una pradera de Nueva Inglaterra en invierno. Junto a la litografía, un arco sin puerta daba a un salón. Mirando a través del arco, Matt pudo ver muebles viejos y abarrotados de cosas.

Su mirada se posó en un enorme sillón de tono granate desteñido. Se imaginó hundiéndose en esa mullida tapicería y dejando que la rigidez abandonara su cuello y sus hombres. Se imaginó descansando la cabeza contra los gruesos cojines y durmiéndose.

No. Estaba demasiado enfadado para descansar. Pero esa casa era tan cálida y tentadora, y la mujer… tan cálida y tentadora…

—Deme su cazadora —le dijo ella con una sonrisa amable—. Debe estar helado. Realmente no está vestido para este tiempo.

Matt casi le dijo que el tiempo esa mañana en Portland había sido suave, de treinta grados y nublado, apropiado para Marzo. ¿Cómo podía haber sabido que el invierno aún no había abandonado a Nueva Inglaterra?

Pero era demasiado pronto para que dijera que había volado desde Oregón. Demasiado pronto para revelarle tanto a la aparentemente inocente joven esposa de Gary Villard.

—Gracias —dijo él quitándose la cazadora y dándosela—. Estoy helado.

—Quítese también los zapatos —dijo ella, haciendo un gesto hacia el salón—. Y después entre y póngase cómodo. Volveré en seguida. Me muero por oír lo que sabe de que Gary vendrá a casa.

Matt la vio llevarse su cazadora por el pasillo y frunció el ceño. Ella se moría por oírlo. Pero se la veía tan pequeña y vulnerable en ese enorme albornoz de felpa. No parecía lo suficiente fuerte para oír la verdad sobre su sórdido marido.

Pero no debía dejarse engañar. Sólo porque ella pareciera pura e ingenua, sólo porque tuviera un físico frágil y esos ojos hipnóticos y esa gloriosa melena de pelo rojo y dorado…

A él le había engañado Gary. Su señora posiblemente también estaba metida en el asunto. Posiblemente, había invitado a

Matt a entrar con el propósito de estafarle aún más. En ese preciso momento, seguramente estaba en otra habitación, rebuscando en los bolsillos de su cazadora en busca de algo de valor.

No, él no podía creer eso de ella. No era tan estúpido como para confiar en ella, pero tampoco podía desconfiar de ella.

Se recordó que Linda Villard era irrelevante. La clave era Gary, encontrarle y ajustar cuentas con él. El peor pecado de Gary había sido el hecho de robar; el dinero no era más que dinero. Pero Gary había sido el camarada de Matt, su colega, su hermano de sangre. Y había robado la confianza de Matt, lo más precioso del mundo.

Un escalofrío recorrió su espalda. Matt lo achacó no a la perfidia de Gary, sino al tiempo. Debería aprovecharse de estar dentro de una casa y deshelarse.

Después de quitarse los zapatos llenos de agua, traspasó el arco con sus calcetines mojados. El salón era pequeño y con aspecto muy cómodo, con muebles mullidos y muchas alfombras, estanterías desordenadas y lámparas distintas unas de otras sobre mesas con una finísima capa de polvo. Sus ojos se fijaron en la chimenea. Unos restos carbonizados descansaban dentro. Al lado había una cesta con leña y periódicos y una gata negra durmiendo.

Matt recordó cómo Linda Villard le había recordado a un gatito cuando había arrugado la nariz. Debió haber supuesto que tenía un gato. Aunque él había pensaba que Gary no era muy amante de los gatos.

La gata se estiró cuando Matt entró, lo miró con ojos amarillos y se lamió con la lengua la boca triangular. Movió la cola y bostezó, enseñando pequeños dientes afilados.

Matt la miró furioso. Él tampoco era muy amigo de los gatos.

Un sonido le hizo sobresaltarse. Él y la gata dieron un bote y miraron hacia la puerta. Linda estaba en la puerta, sonriendo con timidez.

—Me pondré algo de ropa y bajaré en seguida —dijo.

La mirada de Matt descendió despacio de su rostro atractivo al esbelto cuello y el triángulo de piel expuesta sobre las solapas de su albornoz. No se veía encaje ni tela. Parecía que estaba desnuda.

El albornoz no enseñaba mucho. Las mangas eran largas y le llegaba a media pierna. Pero sus piernas estaban desnudas, y sus muñecas, y ese trocito de piel bajo su cuello.

Sólo una capa de felpa bloqueaba la visión de su cuerpo.

Obviamente, debía estar agotado. Si su cabeza estuviera funcionando normalmente, no estaría mirando al estrecho canalillo de piel porcelana entre sus pechos. No estaría tratando de

imaginarse lo que estaba modestamente cubierto bajo el albornoz, y la visión que conseguía no estaría causando que su respiración se volviera caliente y seca.

—Un fuego —dijo Matt, posiblemente porque sentía uno en su interior—. Puedo encenderlo.

—Adelante. Yo estaba pensando encender uno después de bañarme.

Otra imagen apareció en la cabeza de Matt… Ella se quitaba el albornoz y se hundía en un baño espumoso. ¡Maldito Gary por tener una mujer así! ¡Maldito asno por tener a alguien como Linda esperándole en una casa aislada en los Berkshires! Si había alguien que no se merecía esa suerte, ése era Gary Villard.

Controló su respiración hasta que el pecho dejó de dolerle.

—Mire, señora Villard, yo no pretendía interrumpir nada. Quiero decir… si quiere regresar a lo que estuviera haciendo cuando yo llamé a su puerta…

El silencio de Linda le hizo mirarla. Ella intentaba no reírse.

—No soy la señora Villard. Soy señorita.

Estupendo. Gary estaba casado con una feminista extremista.

—Soy la hermana de Gary. Y por favor, prefiero que nos tuteemos —añadió Linda.

La hermana de Gary. La hermana soltera de Gary.

Un torrente de ideas llenó la cabeza de Matt. Daba su obvia alegría por las noticias de que Gary regresaba a casa, su hermana podría ser más leal a él de lo que incluso pudiera ser una esposa. Que ella podría ser más apropiada que una esposa para echar a Matt una vez que averiguara lo que le había llevado a Braxton. Que si Matt jugueteaba con la hermanita pequeña de Gary, Gary podría sentir por Matt la misma inclinación homicida que Matt por él…

Que era soltera. Que él y ella estaban solos en esa casa, sin nadie, excepto una gata, para hacer de carabina, y que ella no llevaba nada bajo el albornoz.

Que de algún modo, simplemente estar en la misma habitación con ella hacía que Matt quisiera olvidar lo que le había llevado a ese lugar.

—De acuerdo, ve a vestirte. Yo encenderé el fuego.

Linda estaba pensando en Matt Calloway mientras buscaba entre sus jerséis el verde con cuello alto que hacía juego con sus ojos. Quería estar guapa para él.

Después de todo, él había salvado la vida de Gary.

Matt Calloway, Jimmy Green y Darryl Bourke. Linda recordó los nombres emergiendo de los escombros de dos décadas de memorias. Matt y Jimmy y Darryl y Gary.

Su hermano le había hablado de sus amigos de pelotón. Ellos mismos se habían llamado "los cuatro valientes", ya que les había sucedido de todo excepto quedarse paralizados de miedo. Habían sido muy jóvenes y habían estado muy lejos de su hogar y sus familias. Y sitiados en una tierra extraña que no entendían, luchando una batalla que entendían aún menos, se habían unido en una hermandad. Habían estado unidos, subiéndose el espíritu los unos a los otros, reuniendo sus corajes y compartiéndolo. Hubo algunos grandes actos heroicos entre ellos, e innumerables actos pequeños. Matt y Jimmy y Darryl y Gary habían estado juntos en el infierno, y milagrosamente, habían sobrevivido.

Y en ese momento, Matt Calloway estaba en el piso de abajo, en el salón de Linda.

Buscando en su armario sus pantalones de lana grises, recordó las cartas que Gary le había escrito. Ella las había guardado todas, no para volverlas a leer, cosa que realmente no había hecho desde que Gary había regresado de Vietnam, sino simplemente porque representaban un período muy significativo de su juventud. Ella había tenido diez años y medio cuando Gary había sido reclutado, y había estado asustada por él y más por sí misma. A ella la habían dejado sola mientras Gary, su hermano mayor, su protector, se había marchado a conquistar el mundo.

Él le había escrito todas las semanas, describiendo sus aventuras y hablando de sus amigos. Recordaba que Jimmy había sido el relajado y presumido surfista de San Diego. Darryl el muchacho estrafalario y criticón de Atlanta.

Matt… Matt Calloway había sido La Roca. Eso era lo que Gary había escrito.

Viene del centro del país y es firme como una roca. Si algo va mal, o algo nos preocupa, tenemos a Matt para tranquilizarnos. Matt es el tipo de persona en la que se puede confiar para todo. Le adoro. Sólo estar con él me hace estar seguro de que saldré de aquí de una pieza.

Una vez, Gary le había enviado una fotografía de los cuatro amigos, y ella no había necesitado la nota adjunta para identificar a los tres extraños. Ella había sabido inmediatamente quién era Jimmy, quién Darryl, y el alto, de pelo negro y hombros anchos con la camisa caqui desabrochada y sus placas de identificación colgando seductoramente contra su pecho desnudo tenía que ser Matt. Ella lo había reconocido por su mirada oscura y firme y su sonrisa enigmática. Había sabido que él era La Roca.

Para una niña de once años, curiosa sobre los chicos pero con miedo de acercarse demasiado a ellos, Matt había sido una fantasía segura. Se había quedado mirando la fotografía antes de apagar la luz de la mesilla de noche, y después había cerrado los

ojos y se había permitido permitirse sueños apasionados con el muchacho de pecho desnudo, piernas largas y mirada hipnótica. Ella había sido joven, y él había estado a miles de kilómetros de distancia, y ningún muchacho torpe y desgarbado de su clase en el colegio de Braxton podía comparársele.

Pero Linda había dejado de ser joven. Había dejado de ser la chica solitaria, aislada en Braxton con padres viejos que no la entendían y estaban demasiado ocupados preocupándose de su hijo. Había dejado de ser una niña asaltada por la pubertad y echando de menos a su hermano con una intensidad que era exagerada por cada resurgir inesperado de las hormonas.

Era una mujer de treinta y tres años. Y Matt Calloway en persona era incluso más impresionante y atractivo de lo que había estado en la vieja fotografía.

Los pensamientos de Linda regresaron al presente, al visitante del salón. Se imaginó su pelo espeso y negro y sus ojos oscuros, sus hombros tan anchos como recordaba y piernas tan largas. Se imaginó su nariz aguileña y la barba de un día oscureciendo su mandíbula angular. Un calor incómodo la rodeó, como si fuera de nuevo esa adolescente soñadora, asaltada por anhelos que no podía ni empezar a comprender.

Linda apartó la extraña sensación. Matt Calloway era un amigo de Gary, uno de amigos más antiguos, significativos y de confianza.

Era un amigo y tenía noticias. Gary iba a casa.

También era el momento. Gary no había estado allí desde Acción de Gracias. Linda había ido en avión a California para pasar la navidad con él y Debbie. Le había gustado mucho la novia de Gary, su apartamento de dos habitaciones le había parecido cómodo, y poder nadar en diciembre casi le había hecho olvidar que merecían la pena unas navidades blancas.

Pero durante su semana de vacaciones en Los Ángeles, Linda había sospechado que algo iba mal con su hermano. Había parecido preocupado, nervioso. Durante los años anteriores, él había estado luchando consigo mismo. Su traslado a California había sido parte de su búsqueda de estabilidad, y Linda había creído que la había encontrado en su relación con Debbie y su trabajo como conductor de una limusina. Cuando había ido a Braxton en Acción de Gracias y antes de eso un fin de semana, había parecido feliz, entreteniendo a Linda con divertidas historias. Parecía haber encauzado su vida y haberse asentado, y ella se había sentido encantada por ello.

Pero cuando ella había ido a verlo en Navidad, había sentido que estaba extraño. Debbie le había contado que Gary se

deprimía a veces, marchándose, malhumorándose por sus ambiciones frustradas. Cuando Linda le había preguntado a Gary, él le había dicho que estaba bien y que lo dejara en paz, que no fuera una asistente social.

Ella quería que fuera a casa. Si Los Ángeles eran parte del problema, ella lo quería en Braxton, donde parecía encontrarse más en paz. Linda quería estar cerca de él, ayudarlo del modo en que él siempre le había ayudado a ella.

Y según las palabras de Matt Calloway, en esos momentos, Gary se encontraba de camino.

Dejó su cepillo en la mesa, estudió su reflejo en el espejo y se deprimió. Incluso en verano su piel siempre tenía un tinte lechoso. Habían pasado tres meses después de las vacaciones de verano en la soleada California y ya parecía un fantasma.

Su piel era demasiado clara, y también sus cejas. Su frente era demasiado ancha, su pelo demasiado flácido, sus uñas demasiado cortas. Incluso llevando el jersey verde, parecía sosa.

Bueno, no importaba. Ella no tenía que impresionar a Matt. Él había ido para ver a Gary, no a ella.

Y ella tenía que hacerle sentirse bien recibido, ya que Gary no estaba para hacerlo él mismo.

Linda se puso el reloj de pulsera y salió del dormitorio. A medio camino a mitad de las escaleras, se tuvo y pensó en sus obligaciones como anfitriona. Estaban aislados en las afueras de una ciudad mientras caía una tormenta de nieve. Si la hermana pequeña de Gary le ofrecía a Matt una bebida mientras estaban solos, ¿sacaría él la idea equivocada?

Deseó tener más experiencia en esas cosas, ser más sofisticada. Linda conocía a todo el mundo en Braxton y todo el mundo la conocía a ella. No podía recordar la última vez que había tenido a un extraño en su casa.

Especialmente un extraño con el aspecto de Matt Calloway.

Terminó de bajar las escaleras que le quedaban y entró en el salón. Matt estaba de rodillas trente a la chimenea, examinando el pequeño pero consistente fuego que había construido y balanceando un leño en sus manos.

A su lado, estaba *Dinah* repantigada, arreglándose las pezuñas y mirando las llamas naranjas. Ninguno de los dos dio ninguna indicación de haber oído que Linda había entrado.

Aparentemente, Matt había encontrado el lugar apropiado para el leño. Se echó hacia delante, lo puso atravesando otros dos más pequeños, se echó hacia atrás apoyándose en sus talones y analizó el resultado de su labor.

—Tengo unas tenazas que puedes usar —dijo linda.

El sonido de su voz le sobresaltó. Matt se volvió y se puso de pie.

—No hace falta —dijo limpiándose las manos en sus vaqueros y mirándola.

Los ojos de Matt eran como dos carbones en llamas, negros pero brillando con una energía interna, un calor peligroso. Durante un instante, ella se sintió como esa adolescente de nuevo, abrumada por emociones que no sabía nombrar. La habitación pareció demasiado pequeña, demasiado íntima. Matt Calloway parecía demasiado real.

—¿Te apetece un cacao? —preguntó Linda, dándose cuenta al instante de lo infantil que había sonado, ofreciéndole una bebida tan inocente y saludable.

Matt sonrió.

—¿Tienes algo más fuerte?

—Brandy.

—Eso está mejor.

—En seguida vuelvo.

Ella fue corriendo por el pasillo hasta la cocina. No se detuvo hasta que llegó a la pila. Se agarró a ella, respiró profundamente y se riñó por ser tan boba. ¡Por el amor de Dios, él era un amigo de Gary, y ella era una mujer hospitalaria y madura!

Brandy… El cacao era para una niña de once años creando leyendas sobre los valientes amigos soldados de su hermano mayor. El brandy era para adultos maduros.

Sacó la botella casi intacta del fondo de una estantería y la puso en una bandeja junto con dos de las copas de cristal de su madre, también poco usadas. Recobrando la compostura, Linda sonrió y llevó la bandeja al salón.

El fuego estaba más grande. El leño que había colocado Matt estratégicamente había prendido. Matt estaba de pie con las manos en los bolsillos, y los pies dentro de los calcetines húmedos a pocos centímetros del calor. Se volvió cuando ella entró y la observó mientras dejaba la bandeja en la mesita frente al sofá.

Mientras llenaba las copas sintió los ojos de Matt mirándola. Él parecía estar grabando cada movimiento, tomando nota del ángulo de su cabeza, la rotación de su muñeca, la curva de sus dedos mientras cogía una copa y luego la otra. A lo mejor ella estaba haciendo todo eso mal; a lo mejor estaba echando demasiado brandy o demasiado poco. A lo mejor se suponía que tenía que servirlo el hombre, aunque fuera el invitado.

Linda no podía creer lo autocrítica que se sentía. No era una palurda ignorante. Tenía un título universitario; había vivido en Boston durante años. Entendía de hombres y amor… tenía las

cicatrices para demostrarlo.

Además, eso no tenía nada que ver con hombres y amor. Tenía que ver con Matt Calloway, el amigo de su hermano, y por tanto el suyo, un hombre que siempre seria un héroe para ella, no importaba en lo que se hubiera convertido durante las dos décadas anteriores.

Ella le dio una copa y él la aceptó.

—Por Gary —dijo ella, levantando su copa en un brindis.

Una sombra oscureció las facciones de Matt, algo frío endureció sus ojos y su boca. Antes de que Linda pudiera preguntarle qué sucedía, él volvió a sonreír.

Pero estaba alterado. Había algo despiadado en su nueva sonrisa, algo duro e implacable.

—Por Gary —dijo Matt.

Y volviéndose hacia el fuego, dio un trago largo y lento.

Capítulo 2

—Mírale —dijo Marlene con una risita—. Se comporta como si nunca antes hubiera visto la nieve.

—Vive demasiado tiempo en California y olvidarás lo que es el auténtico invierno —bromeó Steve.

Gary se forzó a sonreír. Continuó mirando la nieve por la ventana, que borraba los contornos de las casas y de las calles. Desde algún lugar, se oyó el sonido de un coche atrapado en la nieve, acelerando y girando los neumáticos. Más cerca de la casa de Steve, un perro ladraba furioso y un par de muchachos se gritaban insultos en el transcurso de su guerra de bolas de nieve.

—Todo el mundo está siempre quejándose sobre el tráfico en Los Ángeles —dijo Marlene cruzando la habitación con una taza de café para Gary—. Pero créeme, los chalados gritándose en los coches no son nada comparado con una hora punta en Boston con tormenta de nieve.

—Casi me hace alegrarme de no tener trabajo —añadió Steve.

—Temporalmente —señaló Marlene—. Van a volver a contratarte en cuanto aumenten los pedidos.

—Amor mío, la única forma de que aumenten los pedidos es si el país entra en guerra de nuevo. Necesitamos otra guerra.

—No la necesitamos —discutió Marlene.

—¿Prefieres que siga sin trabajo?

—Prefiero que no tengamos más guerras.

Gary dio un sorbo a su café e intentó pensar en un modo de cambiar de tema. No quería hablar de guerras. Se sentía demasiado en guerra consigo mismo, con su propia estupidez.

¿Cómo empezaban esas cosas? Con la taza entre las manos asintió de vez en cuando para que Marlene y Steve pensaran que estaba prestando atención. ¿Cómo empezaban las cosas así? Cometiendo un error, así empezaban. Llegando un poco más alto, queriendo un poco más. Mirando alrededor y viendo que todo el mundo tenía lo suyo y uno había estado esperando tanto que se impacientaba, y entonces se arriesgaba.

Y lo siguiente que se sabía, era que todo el mundo se cerraba a su alrededor, enterrándole como los gruesos copos de nieve enterraban la calle.

—¿Has hablado con tu hermana? —preguntó Marlene.

Gary bajó su café y se encogió de hombros.

—Aún no.

—Usa el teléfono cuando quieras.

—Llamaré mañana —dijo Gary—. Si la llamo esta noche querrá que vaya en coche hasta Braxton hoy mismo.

—¿Con esta tormenta? —preguntó Steve sin poderlo creer.

La auténtica razón de que Gary no hubiera llamado a Linda era que no sabía qué decirle. Menudo lío. Debbie pensaba que él estaba en Braxton con Linda. Linda pensaba que él estaba en Los Ángeles con Debbie, y realmente estaba en Somerville con Steve y Marlene, deseando saber cómo vivir el resto de su vida sin ganarse el odio de todas las personas que le importaban.

No podía esconderse en Somerville para siempre. No podía evitar a su hermana ni a Debbie. Realmente no lo quería. Pero necesitaba más tiempo para pensar qué decir a las mujeres de su vida, cómo explicarles todo, cómo hacer que lo entendieran.

Necesitaba más tiempo para pensar en cómo evitar a Matt Calloway, al menos hasta que pudiera encontrar un modo de hacer que las cosas se arreglaran entre ellos. Calloway era un buen hombre. Gary había hecho lo que había tenido que hacer, pero le angustiaba saber que había tenido que sacrificar a su viejo amigo.

Ver a Matt un par de semanas antes había sido un golpe duro, no porque hubiera cambiado, sino porque no lo había hecho. Había tenido el aspecto que Gary recordaba. A pesar del paso del tiempo, no le había salido barriga ni papada, ni zonas calvas ni problemas de vista. Le había parecido un poco más reservado que de joven, pero tan sólido y seguro de sí mismo, aún una roca. Cuando Gary había seguido a la secretaria de Matt hasta el despacho de su jefe, Matt le había saludado con una sonrisa sincera, un firme apretón de manos y un abrazo espontaneo.

Matt había parecido genuinamente feliz de ver a Gary.

—Jimmy Green me dijo que estabas por aquí —le había dicho después de soltarte—. Me dijo que te había visto unas cuantas veces en Los Ángeles. Aunque nunca pensé que vendrías tan al norte.

—Hey, tú sabes que soy norteño de nacimiento.

Matt se rio y le dio una palmadita en los hombros.

—Mírate, aún tienes cuerpo de palo de escoba.

—Dame un respiro. Peso al menos cinco kilos más de lo que pesaba en Vietnam.

—Están todos en tu pendiente. ¿Qué es, una D?

—Sí, de Debbie. El amor de mi vida. Le ofrecí tatuarme su nombre en mi brazo pero me dijo que no quería que me mutilara.

—Y en su lugar te hiciste un agujero en la oreja. Sigues siendo un salvaje Villard, ¿verdad?

—Siempre lo fui y siempre lo seré.

—Escucha —dijo Matt, poniéndose frente a su mesa y organizando los papeles—. Tenemos mucho de que hablar. Déjame firmar unas cosas y después saldremos de aquí e iremos a alguna parte para tomar algo. ¿De acuerdo?

—Seguro, firma lo que quieras —dijo Gary con el corazón acelerado.

A lo mejor él podía falsificar la firma de Matt. A lo mejor podría pedirle que le dejara ver uno de los papeles que iba a firmar…

—No te preocupes, Matt. Tú sabes cómo soy. Haré lo que sea para sacarte con vida de ese lío.

De pie el despacho de Matt de la Compañía Constructora Calloway, Gary había rezado por encontrar un modo de salir de su reunión con Matt con lo que necesitaba para salir con vida de ese lío: dinero. Mucho dinero.

Dios había debido oír sus rezos, porque lo que Matt estaba firmando eran cheques. Le dio a Gary la oportunidad.

—Supongo que haces mucho de eso cuando eres el dueño de tu propio negocio —comentó Gary.

—¿Firmar cheques? Sí.

—¿Cómo lo mantienes todo en orden?

—¿Hmmm?

—No he cambiado mucho, y me las apaño bien en casi todo… pero administrar el dinero… aún me parece un jaleo.

—Bueno, no cometo muchos errores —le dijo Matt—. Y cuando lo cometo, el banco lo cubre. La compañía tiene una de esas cuentas donde todo está junto, y el banco mete el dinero de la parte dedicada a ahorros a la parte de la cuenta corriente para cubrir mis cheques si por alguna razón me confundo en la aritmética.

—Ya veo.

¡Gracias a Dios!

A Gary le sorprendió, incluso después, que Matt le hubiera revelado semejante información para solucionar su problema. Gary no había pensado en la moralidad de lo que había estado planeando, las ramificaciones, las repercusiones. En todo lo que había pensado era en que iba a poder pagar sus deudas y vivir el resto de su vida con todas las partes de su cuerpo intactas… y con Debbie sana y salva.

Gary no pensó en la moralidad hasta después. Hasta que había ejecutado su estafa y había salido de Oregón. Hasta que había recordado la forma en que Matt le había recibido, la forma en que había bajado la guardia y había confiado en él, le había hablado de su matrimonio, sus altibajos, triunfos y fracasos, su dolor al

enterarse de la muerte de Darryl unos pocos años antes…

—Ya sé que ninguno de nosotros se ha mantenido en contacto —le había dicho mientras bebía cerveza—, pero cuando murió fue como perder a un hermano.

—Nosotros fuimos hermanos —había dicho Gary.

—Aún lo somos. Un hermano es un hermano para siempre.

—En lo bueno y en lo malo.

—Todos para uno y uno para todos.

—Para ahora y para siempre, en el agujero apestoso de Da Nang o en las playas de Waikiki.

—O en las colinas lluviosas de Portland —concluyó Matt, levantando su jarra en dirección a Gary antes de beber.

Gary había roto su promesa. Había tenido que hacerlo. Había necesitado el dinero, y no le había importaba si él y Matt eran hermanos en las colinas lluviosas de Portland. Todo lo que había importado era conseguir lo que necesitaba.

Hasta más tarde. Hasta ese momento en casa de Steve y Marlene. Hasta que descubrió que había más de un modo de perder una parte de sí mismo.

—¿Por qué no salimos? —le dijo Gary a Steve y a Marlene, apartándose de la ventana—. Hace siglos que no he caminado bajo una tormenta de nieve.

—Estupenda idea —dijo Steve—. Podríamos ponernos los esquís de travesía y dar una vuelta por el barrio.

—¿Estáis locos o qué? —dijo Marlene.

—Sí, ¿es algo nuevo? Vete a poner ropa de abrigo, Marlene. Yo desenterraré mis botas viejas para Gary.

—Están en el sótano —dijo Marlene, mientras empezaba a subir las escaleras—. Esto es una locura.

—La Madre Naturaleza estuvo loca para darnos nieve en Marzo. Nosotros sólo seguimos su curso.

La sonrisa de Gary fue casi natural. Fuera, rodeado del viento helado, podría olvidar durante un rato que tenía una vida en otro lugar, un trabajo, una mujer a la que amaba, un apartamento. Fuera, podría olvidar durante un rato que había traicionado a un verdadero amigo.

—Ahora —dijo Linda, dejando su vaso en la mesa y sonriendo a Matt—, cuéntamelo todo.

Él estaba sentado en el suelo, delante del fuego, usando el sillón como respaldo y colocando sus piernas delante del calor para que se te secaran los vaqueros y los calcetines. El sofá donde estaba sentada Linda parecía más cómodo que el duro suelo de madera, pero él sintió que sentarse a su lado sería un error fatal.

—¿Todo?

—Lo de venir aquí a ver a Gary. ¿Has llegado en avión hoy o llevas unos días en Nueva Inglaterra?

Él la miró pensativo. ¿Cómo podía ella saber que tenía que coger un avión para llegar allí? A menos que Gary le hubiera dicho…

—¿Qué te hace pensar que yo no vivo en esta zona?

Ella se rio.

—Si así fuera, sabrías lo suficiente para llevar botas y guantes en una noche así.

La risa de Linda era suave y cálida, amenazando con derretir las defensas de Matt igual que el calor del fuego derretía el frío de los dedos de sus manos y pies. Deliberadamente, Matt apartó la mirada de Linda y se centró en el fuerte líquido color ámbar de la copa entre sus manos. La mitad de él deseaba desesperadamente confiar en ella; la otra mitad sabía que no debía.

—La mayor parte de las personas llegan en avión hasta Boston —continuó ella cuando él no contestó a su pregunta—. Aunque creo que el aeropuerto de Hartford está algo más cerca de Braxton.

—Yo he llegado a Hartford —le dijo Matt.

Incluso sin mirar, Matt pudo imaginarse su gesto de aprobación con la cabeza. Había sido pura casualidad que él hubiera elegido el aeropuerto correcto; al intentar conseguir un billete de última hora, había cogido lo único disponible. Le hacía sentirse bien saber que había llegado al aeropuerto que ella habría elegido para él. De algún modo le hacía sentirse más cerca.

Matt levantó la copa hasta sus labios y bebió, dejando que el brandy resbalara suavemente por su garganta hasta su pecho. Era de muy buena calidad, dulce y suave… como Linda…

Para evitar pensar el ella, dirigió la atención a la gata. Después de pasear un rato delante del fuego, se retiró unos cuantos pasos y se acurrucó, cerca de sus pies, arqueando su espalda contra sus talones para rascarse.

—Eso demuestra que eres un buen tipo —dijo Linda con tono divertido—. *Dinah* no se acostumbra normalmente a los extraños tan rápidamente.

—Nos hicimos amigos mientras estabas arriba —dijo Matt, frotando su pie contra la cabeza del animal y sintiendo las vibraciones de su pecho cuando ronroneaba—. No me gustan mucho los gatos, pero ella está bien.

—Es la mejor.

—¿Se llama *Dinah*?

—Le puse el nombre del gato de *Alicia en el País de las Maravillas*.

Matt miró a Linda y frunció el ceño.

—Yo creía que era el gato *Cheshire*.

Sus ojos se encontraron. Durante un instante fugaz, él deseó que Gary nunca apareciera, que Matt y Linda se quedaran para siempre en esa casa cómoda junto a una carretera rural nevada, que la gata *Dinah* les llevara a su propio País de las Maravillas donde el dinero, los cheques, los falsos apretones de mano y las promesas rotas quedaran reducidos a insignificancias y dos solitarios pudieran conquistar juntos un mundo nuevo y mágico.

Apartando la mirada de Linda, movió la cabeza por su propia estupidez. ¿Por qué daba por supuesto que ella era una solitaria? Por lo que él sabía, debía ser pura casualidad haberla encontrado en casa sola esa noche. Una mujer con sus claros atributos debía tener un calendario repleto de compromisos sociales. Los solteros de Braxton posiblemente tenían que coger un número y esperar su turno para disfrutar del placer de su compañía. Quizás la única razón de que Matt la hubiera encontrado en casa esa noche fuera que su pareja hubiera llamado para cancelar la cita por el mal tiempo.

—Eres del medio oeste, ¿verdad?

Ella estaban intentando empezar una conversación, y él se sintió obligado a contribuir a su esfuerzo. Endureciéndose contra el impacto de su belleza, levantó los ojos hacia ella una vez más.

—De Portland, Oregón. ¿Cómo lo sabías?

La sonrisa de Linda se volvió tímida.

—Gary me escribió desde Vietnam. Me dijo eras del corazón del país.

Matt soltó una risa corta y burlona. El pequeño pueblo triste, sin vida y bochornoso no le parecía el corazón de nada.

—Pasé mi infancia en el sur de Missouri. Después de Vietnam viaje un poco… Michigan, Colorado, Texas… Al final terminé en el noroeste del Pacífico y me gustó. Así que me quedé.

—Entiendo. ¿Y qué te ha traído a Braxton?

La verdad era que Matt no se había preparado ninguna historia para explicar su viaje al este. Después de su llamada telefónica con la novia de Gary, había dado por seguro de que encontraría a Gary en Braxton y no tendría que justificar su presencia en Massachusetts a nadie.

Mirando al fuego una vez más, Matt inventó una historia rápidamente.

—Tengo un amigo en Connecticut, un socio del trabajo. Quería mi opinión en un proyecto y me ofreció venir… Y, bueno… yo había llamado a Gary por otro asunto y su novia me dijo que estaba aquí, así que pensé en venir a visitarlo.

—¿En qué clase de negocios trabajas?

Matt se sintió algo incómodo porque ella estaba haciendo todas las preguntas, pero decidió dejarla continuar. Una vez que ella confiara en él, a lo mejor respondía todas sus preguntas sobre Gary.

—En la construcción.

—Tu amigo tiene suerte de tener un proyecto en Connecticut —comentó Linda—. Nadie está construyendo nada estos días. Toda la región está en recesión.

—Bueno… es cierto —murmuró Matt—. Tiene suerte. ¿Entonces cuando crees que aparecerá Gary?

—Tú me has dicho que venía —señaló Linda—. Yo no sabía nada al respecto. Creo que llamaré a su novia, a Debbie para enterarme.

Linda empezó a levantarse, entonces miró su reloj y volvió a sentarse.

—La llamaré dentro de un rato. Posiblemente aún no haya vuelto del trabajo. Siempre me hago un lío con las diferencias de horario. Bueno, ¿conoces a Debbie?

—¿A Debbie? No, hemos hablado, pero nunca nos hemos visto cara a cara. Aunque Gary ha venido a verme a Portland.

—Es estupendo que los dos estéis en la costa oeste. ¿Y los otros hombres, Jimmy y Darryl? ¿Los ves también a ellos? Oh, uno de ellos murió, ¿no?

—Darryl —dijo Matt sorprendido por su conocimiento de los compañeros de la guerra—. ¿Cómo sabes tanto de nosotros?

Esa sonrisa tímida encendió de nuevo el rostro de Linda.

—Gary me lo contó. Él me lo cuenta todo. Siempre hemos estado muy unidos —explicó sin dejar de sonreír—. Quizá él ya te haya contado esto. Yo era sólo una niña cuando se alistó. Pero una vez que se marchó yo vivía para sus cartas. Me enviaba al menos una por semana. Me habló de ti y de los otros. Todos erais parte de la vida de Gary, y eso os hizo parte de mi vida también. Yo sentía como si todos fuerais miembros de mi familia. No puedo creer que uno de ellos esté sentado aquí, en mi salón, en este preciso momento.

Matt sintió una confusión de emociones; en parte culpa, en parte gratificación de su ego. Había algo casi venerable en el modo en que ella lo recordaba. Él no lo merecía, especialmente no cuando había ido allí con la intención de desgarrar a su hermano miembro a miembro, pero aún así le gustaba. Le gustaba tener a esa mujer atractiva mirándolo con admiración. ¿A qué hombre no le gustaría?

—Supongo que Gary nunca habló mucho de mí, ¿verdad? —dijo Linda sonriendo con timidez—. Pareciste muy sorprendido al

saber que tenía una hermana.

—Hace mucho tiempo. Posiblemente hablaba de ti continuamente. Es sólo que yo no lo recuerdo.

Ella se rio.

—Posiblemente, él no habló de mí en absoluto. Yo sólo era su molesta hermana pequeña. Solía escribirle dos y tres veces por semana hasta que mis padres empezaron a racionar los sellos porque yo estaba usando demasiados. Solía contarle tonterías… estoy seguro de que le aburría muchísimo. Cosas de los profesores que no eran justos y de la guerra que no era justa… en mi cabeza las dos cosas eran igual de importantes. Yo odiaba a Ho Chi Minb, a Richard Nixon y a mi profesor de ciencias con la misma pasión.

—Bueno, yo he conocido profesores de ciencias bastante malos —bromeó Matt.

Linda sonrió con simpatía.

—Yo echaba de menos muchísimo a Gary cuando estaba allí. Solía volcar mi corazón en mis cartas. Posiblemente a él le avergonzaba.

—Posiblemente lo adoraba —corrigió Matt, recordando cómo las cartas de Ellie le habían mantenido cuerdo—. Yo creo que él sí habló de ti, Linda. Pero eras más joven… quiero decir que cuando intento recordar lo que dijo… Era una niña pequeña —dijo Matt, y durante un momento su amargura se desvaneció en la dulce nostalgia—. Te compró una muñeca china cuando tuvo un fin de semana libre en Saigón, ¿verdad?

—Sí —dijo ella, riéndose—. Menuda le monté por eso. Le dije que las muñecas eran para niñas pequeñas y que yo era una mujer. Yo acababa de celebrar mi duodécimo cumpleaños cuando él regresó, y estaba convencida de ser una mujer. Le dije que debió haberme comprado medias negras.

La imagen de Linda con medias negras hizo que algo se retorciera en el abdomen de Matt. Apartó la sensación mirando a la gata, que estaba limpiándose las pezuñas con su pequeña lengua rosa. Cuando la sensación en su ingle cesó, volvió a mirar a Linda.

—¿Qué cosas te dijo Gary sobre mí?

Ella levantó su vaso de la mesa y se echó hacia atrás en el sofá.

—Me dijo que eras La Roca. El estable. Todo el mundo dependía de ti.

Matt echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Su recuerdo de sí mismo con dieciocho y diecinueve años era posiblemente cualquier cosa menos estable. Había sido el hijo mediano de una familia empobrecida, ignorado y pasado por alto, desesperado por salir de la casa desvencijada de sus padres incluso

aunque alistarse en las fuerzas armadas fuera la única salida que pudiera encontrar. Había sobrevivido en Vietnam porque sabía que el gobierno pagaría sus estudios una vez regresara a casa. Y con un título universitario no tendría que ser un granjero como su padre y sus hermanos. Y sobre todo, había sobrevivido porque sabía que Ellie estaba esperándolo en América.

Lo más cerca que había estado de la estabilidad en Vietnam había sido el darse cuenta cada mañana al despertarse de que por algún capricho del destino, seguía vivo.

—Ellos no dependían de mí. Yo dependía de ellos —confesó Matt con una sonrisa—. Jimmy Green era el más tranquilo, el que nos calmaba en momentos de miedo. Y Darryl Bourke siempre tenía un chiste a mano cuando lo necesitábamos. Algunos eran malísimos, pero nos hacían sobrellevar los días.

Matt se dejó llevar por sus recuerdos. Sólo hablar de ellos les hacía estar vivos para él. Más de una vez con el paso de los años había visto a Jimmy, que era en ese momento un representante de ventas en la costa oeste para una compañía de artículos deportivos fundada en su hogar natal en San Diego. Siempre que sus viajes de ventas le habían llevado a Portland, había llamado a Matt y habían quedado para cenar. Así fue como Matt se había enterado de la muerte de Darryl en un accidente de moto unos años atrás. Y también así se había enterado de que seis meses antes, Gary Villard también se había trasladado al oeste, y que estaba viviendo en algún lugar de Los Ángeles.

—Claro —le había dicho a Jimmy—. Dale mi dirección. Si alguna vez viene por aquí, me encantaría verlo.

Matt sintió que Linda estaba esperando a que él dijera algo sobre su adorado hermano, algo sobre lo mucho que había dependido Matt de él durante la guerra. Él había dependido de Gary.

Había dependido de ese muchacho de pelo rubio y tieso con su voz desafinada y su ingenio agudo. Había dependido de él para convertir sus raciones en algo comestible al añadirle especias obtenidas misteriosamente, para conectar perchas de alambre de tal modo en su radio que en las noches claras podía escuchar una emisora de radio de Manila. Había dependido de Gary para saber sus órdenes del pelotón antes de que nadie supiera las suyas, para conseguir el correo antes que nadie, para pasar clandestinamente a sus habitaciones el alcohol ilegal que les había ayudado a soportar el terror mortal que habían vivido día tras día.

Había dependido de Gary Villard tanto, más de veinte años antes, que había sentido una alegría inmensa al verlo de nuevo.

Y con un sólo acto, Gary había anulado toda esa buena

voluntad y gratitud, todos esos recuerdos.

¿Cómo podía explicarle eso a la mujer sentada en el sofá?

Miró sus ojos claros y esperanzadores, su sonrisa expectante y sintió una desolación inmensa. No podía decirle la verdad sobre su hermano.

—Gary fue un buen amigo —se forzó a decir—. Tu hermano me ayudó a pasar por muchos malos momentos.

—Es el mejor, ¿verdad? Bueno, creo que llamaré ahora a Debbie para ver lo que sabe. Por favor —dijo interrumpiéndole cuando él empezó a levantarse—, quédate dónde estás y disfruta del fuego. ¿Tienes hambre? Podría preparar sándwiches o algo así.

—No, estoy bien.

Matt vio cómo Linda dejaba la copa sobre la mesa y se levantaba. Una imagen de medias negras llenó su mente, seguida de otra imagen de Linda con su albornoz, de la forma en que había estado pocos minutos antes, levantando la cabeza para mirarlo y revelando la piel sedosa bajo su barbilla.

Necesitó toda su fuerza de voluntad para agarrarse al hecho de que ella era la hermana de un hombre que le había destrozado económica y emocionalmente. No importaba lo largas que fueran sus piernas, lo estrecha que fuera su cintura ni lo brillante que fuera su melena. No importaba el resplandor de sus ojos al reflejar el color verde de su jersey y el tono dorado del fuego. Ella era la hermana de Gary, y Matt no podía, ni debía, desearla.

—¿Quieres decir que no está contigo? —preguntó Debbie.

Apoyada contra el mostrador y contemplando la nieve caer al otro lado de la ventana, Linda se preguntó por qué ella no se sentía tan alarmada como parecía Debbie por la desaparición de Gary. A lo mejor era la desacostumbrada dosis de brandy en su sangre, embotando sus reflejos y su percepción.

O a lo mejor era por el hombre que había en la otra habitación.

—Me dijo que tenía que regresar una temporada al este —dijo Debbie—. Iba a intentar conseguir un billete para un vuelo el domingo por la noche. Su jefe no ha llamado, así que él ha debido pedir unos días libres. ¿Dónde puede estar?

—Oh, posiblemente esté de camino, como te dijo —le aseguró Linda—. Si reservó en el último minuto a lo mejor no ha podido conseguir un vuelo directo.

—¿Qué estás diciendo? ¿Crees que él ha estado esperando en Dallas durante un par de días?

—Pienso… —dijo Linda sintiendo de repente cierta preocupación—. A lo mejor está evitando Braxton. Puede que no quiera verme —añadió suspirando—. ¿Está enfadado conmigo por

alguna razón? ¿Te ha dicho algo?

—Nada en absoluto.

—Cuando os visité en diciembre, creo que le puse algo nervioso.

—¡Oh, Linda, está loco por ti! Eres su preciosa hermana pequeña, ya lo sabes.

Linda puso los ojos en blanco. Algunas veces Gary la trataba de ese modo, como si fuera preciosa… y muy pequeña. Ella le perdonaba sólo porque sabía que el afán protector de su hermano mayor era una consecuencia natural de su amor por ella.

—Él me gritó —le recordó Linda a Debbie—. Me dijo que estaba actuando como una asistente social.

—Tú eres una asistente social. ¿Qué esperaba Gary?

—Supongo que esperaba que no hiciera comentarios sobre su malhumor.

Debbie gruñó.

—Su malhumor… no sé lo que es eso, Linda, viene y va. Últimamente ha estado algo histérico. Se tomó unos días libres y se fue al norte hace un par de semanas, dijo que quería ir a ver a un viejo amigo.

Linda pensó en seguida en Matt.

—Cuando regresó, estaba como inquieto. No pude conseguir una respuesta directa de él.

—Han sido momentos difíciles —dijo Linda defendiendo a su hermano—. Ya sabes por lo que pasó con la guerra del Golfo… todos esos recuerdos horribles. Le ha sucedido a muchos veteranos de Vietnam, Debbie. Lo he visto en algunos de mis clientes de aquí.

—Lo sé. Pero eso fue hace mucho tiempo. ¿No debería haberlo superado ya?

—Bueno, algunas veces tarda algo. Puede que sea más que eso. A lo mejor está pasando por la crisis de los cuarenta… Un poco de malhumor es normal.

—Bien, es normal. Yo no le he dejado, ¿verdad?

—¿Lo estás pensando?

La preocupación de Linda aumentó. Gary no parecía lo suficiente fuerte en ese momento para enfrentarse a que le dejara su novia.

—En, mira, llámame idiota pero lo quiero. Ojalá me hubiera pedido ya que me casara con él.

Linda sonrió con tristeza. Ella también lo deseaba. Debbie era buena para él, y Linda estaría encantada de tenerla como cuñada.

—Bueno, si tienes noticias suyas dile que me llame, ¿de acuerdo, Debbie? Apuesto a que sólo está visitando a sus amigos en

Somerville, y aparecerá dentro de un par de días.

—Espero que tengas razón —murmuró Debbie—. Llámame tú si tienes noticias antes, ¿vale?

—Lo haré —prometió Linda.

Entonces se despidió y colgó el teléfono. Se volvió y encontró a Matt en la puerta de la cocina.

Era grande. Más grande de lo que ella había apreciado cuando le había visto mojado y temblando. Parecía medir más de metro ochenta, y por la forma en que su jersey le marcaba el torso, Linda pudo ver que tenía hombros anchos y huesos y un cuerpo fuerte y masculino.

A Linda se le encogió el estómago y sus latidos le resonaron en los oídos. Una cosa era estar sentada educadamente en su salón con él, charlando cordialmente, y otra encontrarle surgiendo detrás de ella, llenando la puerta de la cocina, empapando la habitación con su presencia.

En el salón, ella podía pensar en él como en una compañero de guerra, pero allí…

Allí era un hombre, y ella estaba sola con él.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Matt, haciendo un gesto hacia el teléfono.

Ella tosió para aclararse la garganta.

—No sé lo que has oído. Pero…

Una sonrisa tímida apareció en los labios de Matt.

—No fue mi intención fisgonear.

—No pasa nada… Bueno, Debbie me ha dicho que se marchó. Dejó Los Ángeles el domingo por la noche. Estoy segura de que está en algún lugar cerca.

—¿Quieres decir en Braxton?

—¡Oh, no! Si estuviera en Braxton estaría en esta misma habitación, vaciando el frigorífico. Yo sospecho que está por Boston. Tiene unos amigos que viven en Somerville, justo en las afueras de la ciudad. Le gusta visitarlos cuando viene al este. Posiblemente fue allí primero, y vendrá aquí cuando se hayan hartado de él.

—¿Entonces piensas que está lo suficiente cerca para ir en coche? Yo podría coger el mío y conducir hasta Somerville.

Ella observó a Matt bajo la luz brillante de la cocina. Su rostro no revelaba nada, pero sus palabras la sorprendieron. ¿Por qué quería conducir doscientos kilómetros a través de una tormenta de nieve por la noche sólo para ver a Gary, cuando le había visto sólo un par de semanas antes y posiblemente podría verlo al día siguiente, o al otro, o de vuelta en la costa oeste en un futuro no muy lejano? ¿Qué podía ser tan importante para tener que ver a Gary en ese instante?

—Podrías coger tu coche —dijo Linda suspicaz—, pero ir a cualquier sitio con este tiempo sería una locura. Aunque si quieres, yo puedo llamar a los amigos de Somerville, y si Gary está allí podrías hablar con él.

—No —se apresuró a decir Matt—. No, no llames… Me gustaría sorprenderle. Por eso no llamé antes de venir aquí.

Linda inclinó la cabeza, como para buscar un ángulo diferente, una perspectiva distinta que pudiera darle una idea más clara de lo que pretendía. Él pretendía algo, eso estaba claro. Si era realmente algo tan inocente como sorprender a Gary, era algo que ella no sabía, pero decididamente tenía un plan.

—Yo te sugeriría que fueras hasta la casa de su amigo en Hartford para pasar la noche —dijo Linda—. Pero eso sería tanta locura como ir a Somerville con este tiempo.

El rostro de Matt continuaba impasivo.

—Me gustaría quedarme en Braxton esta noche —dijo con voz natural y tranquila, aunque ella sintió cierta tensión en él—. ¿Hay un motel en esta ciudad?

—Está el Braxton Motor Inn, pero es una auténtica tasca.

—Estará bien. Es sólo para una noche.

—No voy a permitirte ir a ninguna parte mientras siga nevando. En cuanto la tormenta amaine, aparecerán las quitanieves y las carreteras serán más seguras. Mientras tanto, puedes quedarte aquí.

Los ojos de Matt parecieron mucho más oscuros. Linda lo atribuyó a la sombra cuando bajó la cabeza, pero una parte menos racional de ella estaba segura de que la oscuridad era emocional. O estaba decepcionado por tener que pasar más tiempo con ella o…

O le atraía la idea.

No. A él no podía atraerle ella más de lo que a ella podía atraerle él. Todo lo que Matt sabía de ella era que era la hermana pequeña de Gary. Y ella podría meter todo lo que sabía de él en una cucharilla sin derramar una gota.

Se habían conocido por Gary y por casualidad. Eso era todo.

—Mira —dijo ella con alegría artificial—, como estarás aquí atrapado un buen rato, aprovéchate de ello y permite que te prepare algo de cenar.

Linda se apartó del mostrador y se dirigió hacia el frigorífico.

Matt le cogió del brazo. Sus dedos largos se cerraron fácilmente alrededor de su muñeca. Ella vio los callos en la punta de sus dedos, la marca de un hombre que estaba acostumbrado a trabajar con las manos. Él había dicho que trabajaba en la construcción. La fuerza áspera de sus manos lo demostraba.

En la cabeza de Linda aparecieron imágenes de él, levantando pesos, construyendo cosas. De pie, sin camisa en una viga mientras el sudor caía por su espalda ancha y musculosa. Un leve estremecimiento recorrió su cuerpo mientras su mirada se apartaba de la mano de Matt y subía a su rostro, a pocos centímetros del de ella.

Tenía cicatrices, no señales de daños, sino cicatrices producidas por el tiempo y el cansancio, la lucha y el dolor. La piel que rodeaba sus ojos estaba arrugada con minúsculas líneas, igual que la que rodeaba sus labios. El pelo incipiente en su barbilla le recordó lo mucho que había viajado ese día, lo cansado que debía estar, lo decepcionado que debía sentirse al haber ido tan lejos y no encontrar al hombre que estaba buscando.

Se preguntó cómo sería sentir ese pelo bajo sus dedos…

El pensar en algo así la aturdió. Ella estaba acostumbrada a ser lógica y educada, comprensiva y recatada. Ella no estaba acostumbrada a mirar a un hombre a los ojos, oler su aroma y fantasear con tocarlo.

—Estoy arruinándote la noche —dijo él con tono bajo y ronco.

—¿Qué?

—Tú eres la que tiene hambre, ¿verdad?

—¿Quién, yo?

Durante un momento ella no supo a que se refería al hablar de hambre, y se puso colorada.

—Te he molestado, he interrumpido tu baño, y en lugar de cenar has estado entreteniéndome. No tienes que ser tan agradable, ¿de acuerdo?

—No soy tan agradable —dijo Linda, y entonces se rio por lo que había dicho.

Matt sólo sonrió. Las líneas alrededor de sus labios se profundizaron y la intensidad de su mirada disminuyó. Aflojó la mano en su muñeca, de forma que pareció más un apretón amistoso.

—Estoy seguro de que podré llegar a ese motel si me explicas dónde está. No quiero estropearte más la noche.

Ella podía haberle dicho que había sido la noche más emocionante que había tenido en mucho tiempo. Aunque si lo decía, los ojos de Matt podían oscurecerse de nuevo, y sus dedos podrían cerrarse alrededor de su muñeca una vez más, Podría pensar que ella estaba desesperadamente sola. Podría aprovecharse de ella. Sólo porque no lo hubiera hecho hasta ese momento, no significaba que no fuera capaz de ello.

—No me has estropeado la noche —dijo Linda despacio y

con cuidado—. Lo que me estropearía la noche sería que te marcharas al motel y terminaras saliéndote de la carretera en la curva bajando de la colina. Créeme, no serías la primera persona a quien le sucediera. Es un tramo malísimo de carretera, hay accidentes continuamente. Sobrevivirías, pero el coche no quedaría muy bien, y te sentirías furioso contigo mismo por conducir con este tiempo cuando podrías haber estada a salvo y comiendo un sándwich de pavo caliente.

—¿Pavo caliente? —preguntó Matt con ojos brillantes de interés.

—Tengo algunos restos. También salsa de champiñones.

—¿Salsa de champiñones? —repitió él con una sonrisa.

—Perdóname si digo que tú eres el que parece tener hambre.

—No tengo —insistió Matt mientras su sonrisa se hacía mayor—. Pero nunca he podido resistirme a un sándwich de pavo.

—¿Con salsa de champiñones?

—Especialmente con salsa de champiñones —dijo Matt soltándole el brazo—. Permíteme ayudar.

Linda pensó que si fuera lista le enviaría al salón a que se tomara otro brandy mientras ella recalentaba la carne y la salsa. No porque fuera lo más educado sino porque era muy consciente de su presencia en la cocina, de su cercanía, de la marca de su mano sobre su muñeca. No le había apretado con tanta fuerza, pero ella sentía una extraña sensación no sólo en la muñeca, sino en lugares que había olvidado profundamente en su interior.

Sería mucho más prudente decirle que saliera de la cocina hasta que su sistema nervioso se enfriara. Pero parecía que él necesitaba ayudar más de lo que Linda necesitaba poner distancia entre ellos.

Linda le dio el pan, una tabla de cortar y un cuchillo.

—Ayuda —dijo sonriendo.

Él cogió lo que le había dado y le devolvió la sonrisa, una sonrisa segura que le hizo sentirse a Linda como si algo hubiera sucedido entre ellos, alguna emoción que él entendía mucho mejor que ella. De pie, a su lado, en el mostrador mientras la noche se hacía más oscura y fría a su alrededor y la nieve se acumulaba más y más en la cornisa de la ventana, ella oyó el eco de esa palabra, que definía su necesidad mucho más que la de él.

Ayuda.

Linda estaba perdida. No sabía qué estaba pasando. No sabía que había entre él y su hermano, o que podría haber entre él y ella misma. Odiaba no saberlo. Le asustaba.

Pero no dio voz a su ansiedad. En su lugar, sacó el plato de

la carne y un frasco con la salsa del frigorífico, lo puso todo en una sartén y encendió el fuego mientras escuchaba el sonido del cuchillo atravesando el pan y el sonido de la nieve contra la ventana.

Mientras escuchaba la presencia del hombre en su casa.

Capítulo 3

Debbie sabía en lo que debían estar pensando todos esos autores cuando escribían libros sobre mujeres enamoradas del hombre equivocado o mujeres que amaban demasiado, o de hombres que amaban pero no podían comprometerse.

—Aquí estoy —murmuró echando un vistazo a las estanterías de su frigorífico medio vacío—. La reina de las mujeres que aman a hombres confundidos.

Incapaz de decidirse sobre la cena, cerró el frigorífico. Su mirada se posó en el calendario que colgaba de un gancho magnético en la puerta del frigorífico. La mitad superior de la página de marzo mostraba una escena pintoresca de flores en un jardín botánico en algún lugar de Nueva Inglaterra.

Gary siempre estaba comprando cosas de Nueva Inglaterra y dejándolas por el apartamento: un cuadro de un puente en el salón, ambientadores con aroma de pino en el cuarto de baño y en el armario, una suscripción a la revista *Boston*, el calendario de la cocina con sus escenas de las diferentes estaciones en el oeste de Connecticut, las Green Mountains de Vermont, escenas marineras de Gloucester, el opulento Newport. Debbie estudió la fotografía que ocupaba la mitad superior de página de marzo, todas esas azaleas y rododendros y manzanos en flor gritando a voz viva que era primavera. El sur de California no tenía realmente estaciones. Su mirada bajó a la mitad inferior del calendario. Gary le había dado el beso de despedida el domingo. Ese día era martes por la noche. ¿Dónde diablos estaba? Suspirando, se marchó de la minúscula cocina, cruzó con pies descalzos la moqueta del salón hasta el televisor y lo encendió. Necesitaba ruido, distracción, algo para mantener su mente apartada del hecho de que se había enamorado del hombre equivocado.

El aire en la habitación estaba cargado. Pensó en abrir una ventana, pero en su lugar puso el aire acondicionado. Se había quitado el vestido y se había puesto unos pantalones cortos y una de las camisetas de Gary cuando había llegado a casa de la tienda media hora antes. En poco rato le entraría hambre. Había un cuenco con restos de pollo agridulce en el frigorífico, o podría hacerse un sándwich. En ese momento, un refresco bajo en calorías y un poco de televisión era todo lo que le apetecía.

En la pantalla, una cabeza parlante hablaba de las cacerías en Inglewood. Debbie se apartó su pelo espeso y oscuro de la cara,

se ató con más fuerza la goma que lo sujetaba en una coleta y dio un sorbo de su refresco.

¿Por qué Gary entre todos los hombres del mundo? ¿Qué tenía? No había duda de que era atractivo, y mágico en la cama, pero eso no era suficiente.

A lo mejor lo que le atraía a Debbie era su energía. Siempre tenía algo entre manos. Su mente siempre estaba explorando, experimentando con nuevas ideas. A lo mejor era su imaginación, su propensión a soñar.

O a lo mejor lo que le hacía amarlo era el dolor que sentía en esos ojos verdes. Él había pasado por mucho en la vida. El mismo año que ella había entrado en el equipo de las animadoras de la universidad en Bakersfield, él había estado arrastrando un M-16 en las junglas del sudeste de Asia. Cuando ella había estado terminando sus estudios, él había estado luchando para reajustar su vida en Estados Unidos. Mientras ella había estado viajando por el oeste del país manteniéndose con trabajos eventuales de secretaria, él había estado enterrando a su padre, y después a su madre, y después al novio de su hermana.

Gary había visto demasiada muerte, y él estaba lleno de vida. ¿Y qué si estaba malhumorado? Se había ganado el derecho.

Ella lo amaba a pesar de los malhumores y por ellos. Lo amaba porque sólo un imbécil sin corazón no estaría destrozado al pasar por lo que Gary había pasado. Lo amaba porque él sabía mucho del lado oscuro de la vida, y aún así podía hacerla reír de un modo que nadie más podía.

Lo amaba porque un día, cinco meses antes, en octubre, él había llegado en coche hasta la puerta de la tienda donde ella trabajaba en Beverly Hills. Aparcó la limusina blanca como si fuera suya y entró.

—Discúlpeme, señorita —le había dicho a Debbie cogiendo un pañuelo de seda de Hermés—. Me gustaría comprar esto para la mujer que amo.

—La mujer que usted ama debe valer mucho dinero —había dicho Debbie.

Él había mirado la etiqueta del precio, había resoplado y había dejado el pañuelo en su sitio.

—La mujer que amo vale más —había dicho mirándola a los ojos y sonriendo—. Yo daría mi vida por la mujer que amo. Daría mi piel. He estado pensando en hacerme un tatuaje para la mujer que amo.

—¿Y qué diría?

—Diría «Debbie».

—¡Debbie! —había exclamado ella arrugando la nariz—.

Vaya nombre tonto.

Él había extendido sus brazos sobre el mostrador, había agarrado su cara y le había dado un sonoro beso, uno que hizo que el jefe de Debbie frunciera el ceño.

—Si me tatúo tu nombre en el estómago, ¿te sentirás halagada?

—Me sentiré asqueada. No quiero que te hagas eso.

—Quiero que el mundo sepa que te amo.

—Pues alquila un cartel de anuncios en Sunset Boulevard.

—Los tatuajes son más baratos.

—Más baratos que un pañuelo de Hermés también —señaló Debbie.

Se besaron de nuevo. El jefe se aclaró ruidosamente la garganta y Debbie se echó hacia atrás.

—No te hagas un tatuaje, Gary —le había murmurado—. Hay otros modos de que el mundo sepa que me amas.

Ella había estado pensando en una boda. Un compromiso, al menos. Un anuncio. Un anillo. Saber de algún modo que Gary Villard estaba preparado a asentarse y a reclamar a Debbie Montoya como su compañera de vida.

Él había llegado a casa esa noche con la oreja perforada y llevando un pendiente con la forma de una D en oro de catorce kilates. No era lo mismo que una proposición de matrimonio, pero era tan divertido y original que ella tuvo que amar a Gary por ello.

¿Y por qué no la había llamado? ¿Por qué había escapado a Portland un par de semanas antes, y después regresado a casa actuando como un hombre con muchos secretos? ¿Por qué había levantado la cabeza de la sección deportiva del periódico el domingo por la mañana, se había levantado de la silla, la había levantado a ella y la había llevado a la cama? Le había hecho el amor de la forma más dulce y después le había hablado susurrando.

—Tengo que volver a casa durante una temporada, pero pase lo que pase no olvides que te quiero.

Después había preparado una bolsa y había desaparecido. ¿Dónde estaba?

¿Dónde estaba?

Después de oír el teléfono al otro lado sonar diez veces sin que nadie respondiera, Linda colgó. A pesar del mal tiempo, los amigos de Gary de Somerville, y Gary si es que estaba con ellos, evidentemente habían salido.

Ella no estaba segura de cómo de preocupada debía estar por la misteriosa desaparición de Gary. Después de todo, él tenía cuarenta años. Era mayor, y podía ir de un sitio a otro sin darle explicaciones a nadie. Si quería viajar a Massachusetts y no parar en

Braxton, Linda no lo tomaría como nada personal.

Por otro lado… Últimamente había estado muy inquieto, muy difícil de entender. Debbie había confirmado que seguía teniendo ataques de malhumor.

Y en ese momento, el viejo colega de la guerra de Gary había volado a través del país al mismo tiempo que el supuesto viaje de Gary al este, había alquilado un coche y había conducido por Connecticut bajo una tormenta de nieve para sorprender a Gary. Matt Calloway también era mayor; no le debía a Linda ninguna explicación. Pero incluso así, había algo extraño en todo el asunto.

Matt no se había comportado de forma nada extraña durante la cena. Se le había visto hambriento y cansado, pero simpático y dispuesto a responder las preguntas de Linda. Le había hablado un poco de su compañía constructora, de que trabajaba casi exclusivamente con dos arquitectos. Incluso en el noroeste de la costa del Pacífico, donde la economía era más fuerte que en Nueva Inglaterra, el negocio de la construcción no era exactamente productivo. Pero a la Compañía de Construcción Calloway, o Las Tres Ces como él la llamaba, le iba bien.

Linda no sabía cómo de bueno era «bien». Obviamente, Matt tenía dinero; cruzaba el país en avión, alquilaba coches y tenía una cazadora de cuero de última moda, aunque no fuera la prenda más apropiada para una tormenta de nieve. Su reloj de pulsera, un disco fino en una correa de cuero, era elegante en su simplicidad.

Linda echó un último vistazo a la cocina para asegurarse de que todo estaba recogido y los mostradores estaban limpios. Apagó la luz y regresó al salón, donde había enviado a Matt después de prometerle que si Gary estaba en Somerville ella no le diría que Matt estaba en Braxton.

Él estaba de pie frente a una de las ventanas, mirando hacia afuera. *Dinah* era un montón de pelo durmiente en el centro del sillón. El fuego se había apagado y las brasas naranjas brillaban aún aunque daban poco calor.

—¿Sigue nevando?

Matt se apartó de la ventana.

—Hasta ahora debe haber al menos casi medio metro de nieve.

—Más bien diez centímetros —le corrigió Linda con una sonrisa indulgente—. Justo ayer, me pareció haber visto brotes verdes salir entre la hierba muerta de mi jardín. Hoy, hemos vuelto al invierno.

Matt asintió y miró el rostro de Linda, para sondear.

—Bueno, ¿estaba Gary allí?

Ella negó con la cabeza.

—Nadie ha cogido el teléfono.

Matt tardó unos segundos en digerir las noticias.

—Si ellos pueden salir, supongo que yo también puedo.

—Si ellos salieron, se habrán puesto botas y sombreros y habrán salido caminando —explicó Linda—. Realmente no pienso que debas ir en coche a ningún lugar en estos momentos, Matt.

Él volvió a mirar por la ventana, apartando de nuevo la cortina blanca.

—Ya he abusado demasiado de tu tiempo.

¿Y qué habría hecho Linda con ese tiempo si no hubiera estado con él? Se habría metido durante un rato en la bañera, relajando las tensiones después de un largo día en su despacho, escuchando las penas de sus clientes. Después se habría hecho un sándwich y lo habría llevado al salón, dónde habría encendido un fuego, se habría acurrucado en el sillón con *Dinah*, se habría tomado su cena y se habría leído un par de capítulos más del libro sobre la saga de inmigrantes que había sacado de la biblioteca la semana anterior. Cuando el fuego se hubiera apagado, se habría ido a dormir.

El fuego estaba apagándose. Matt seguía ocupando su tiempo, y ella seguía contenta de dárselo.

—Puedes pasar la noche aquí —dijo Linda—. Tengo mucho espacio.

Él se volvió para mirarla. Sus ojos se encontraron, y le comunicaron a Linda un mensaje misterioso.

—Eso no es necesario —dijo Matt.

Había malinterpretado su generosidad, y ella no podía culparlo. Ella le había acogido, le había ofrecido insistentemente brandy y luego comida, y en ese momento estaba invitándole a pasar la noche allí. ¿Qué debía pensar de ella?

Linda habló sintiendo que le ardían las mejillas.

—Tengo tres dormitorios grandes arriba. Bueno, dos grandes y uno pequeño, pero tú tendrías tu propia habitación… quiero decir…

Avergonzada, Linda dejó caer su mirada a las manos de Matt. Se fijó de nuevo en el elegante reloj y en sus dedos sin anillos. Aunque la falta de anillo de boda no significaba mucho.

—… que tendrías tu propia habitación —repitió.

—Linda.

Su nerviosismo, hizo que ella hablara más rápido.

—No entiendo por qué tienes que salir con este tiempo, conducir hasta la ciudad, si tienes suerte de no salirte en la curva y después pagar por el dudoso privilegio de pasar la noche en un

motel asqueroso. El Braxton Motor Inn no es el Ritz.

—Linda…

—Y además, eres amigo de Gary, y cualquier amigo de Gary es bienvenido aquí, especialmente uno de sus cuatro compañeros en la guerra. Y puedes usar el teléfono para llamar a tu esposa…

—No tengo esposa —dijo él despacio—. Linda, no voy a interpretar tu invitación de la forma equivocada. Estás siendo agradable, eso es todo.

¿Por qué no dejaba de decirle que era agradable? «Agradable» era una palabra tan blanda y sosa… Ella no estaba segura de que le gustara. Y ni siquiera estaba segura de que él la hubiera dicho como un cumplido.

—Bueno —dijo ella cuando el silencio de la habitación empezó a incomodarle—, si prefieres que no sea agradable, entonces adelante, márchate. Creo que el Braxton Motor Inn acepta casi todas las tarjetas de crédito.

Matt soltó una risita baja y agradable.

—Iré al coche a recoger mi bolsa.

Un minuto después, tras haber vuelto a meter los pies en los zapatos húmedos, y haberse puesto la cazadora que se había secado y se había quedado tiesa, Matt dio las gracias a Linda por haberle dejado el paraguas y salió a la tormenta, dejando huellas frescas en la nieve mientras corría hacia el coche. Ella lo vio desde la puerta de cristal, preguntándose por qué había insistido tanto para que él pasara la noche en su casa, y que iba a hacer después de que él hubiera aceptado su invitación. Ojalá fuera mayor, o mucho, mucho más joven, o estuviera casado, o fuera odioso o repugnante… Ojalá fuera rudo y a ella no le diera pena enviarle a la ciudad por la carretera helada, o fuera lo suficiente poco atractivo para que ella se sintiera totalmente a salvo con él…

Se detuvo. Estaba totalmente a salvo. Matt no había hecho nada para indicar que tuviera algún interés romántico hacia ella. Además, él había sido uno de los mejores amigos de Gary en una de las épocas más duras de su vida. Matt nunca se aprovecharía de esa situación.

Ella vio la luz interior del coche apagarse cuando él cerró la puerta y regresó a la casa, con una pequeña maleta agarrada a su mano derecha y una sonrisa plácida en su rostro. Que a ella le atrajera él no importaba. Todo lo que importaba era que el amigo más querido de Gary tendría un lugar seco y caliente donde pasar la noche.

Antes de subir al piso de arriba con su bolsa, Matt le preguntó a Linda si podía usar su teléfono.

—Cargaré la llamada a mi cuenta.

—Como quieras —dijo ella, haciendo un gesto hacia la cocina—. Yo iré a preparar la habitación de invitados.

Matt la vio subir las escaleras. Cuando ella encendió la luz del pasillo de arriba, su pelo pareció cobrar vida, brillando con color rojizo bajo la lámpara del techo.

Matt se preguntó por qué vivía sola en una granja tan grande, en una ciudad desolada, en un lugar perdido. La mayoría de las mujeres solteras que él conocía vivían en apartamentos o pequeñas casitas adosadas, el tipo de lugar que abandonarían felizmente si el Señor Perfecto apareciera para llevárselas.

Quizás Linda no estuviera sola, aunque él no vio ninguna evidencia de una presencia masculina en la casa. Matt se había dado cuenta de que los abrigos del armario donde ella había dejado su cazadora eran todos de mujer. Las novelas llenando las estanterías del salón eran decididamente femeninas, nada que a Matt le atrajera leer. El granero que ella usaba como garaje tenía espacio para un solo coche, y su porche delantero necesitaba reparaciones.

Estaba claro que algunos hombres no estarían nada inclinados a reparar un porche hundido, y que muchas mujeres podrían arreglarlo si querían. Pero dado el aspecto delicado y delgado de Linda, Matt no podía evitar pensar que si ella tuviera un hombre en su vida, él estaría deseando hacerle todo el trabajo manual de su casa. Si fuera Matt, él lo haría sin dudarlo.

Era un pensamiento peculiar, y rápidamente lo apartó de su cabeza. Cogió el auricular y llamó al contestador automático de su despacho, dejando un mensaje a su secretaria comunicándole su paradero. Jean era la única persona que sabía que él había ido al este en busca de Gary Villard. Tal como era, ella se creía en parte responsable por el engaño.

Matt no la culpaba. Ella había cometido un error inocente; no fue culpa suya. Pero se había sentido fatal por ello, y él la había consolado diciéndole que iba a hacer que él pagara, en todos los sentidos de la palabra.

Después de dejar el mensaje, cogió su maleta, abandonó la cocina y subió al segundo piso. Las paredes de la segunda planta, como en la primera, estaban empapeladas con anchas rayas color crema y florecillas diminutas. La alfombra que cubría el pasillo era rojo oscuro, con flores desteñidas amarillas y blancas. Matt sonrió al oír el sonido hogareño de una sábana crujiente siendo extendida sobre una cama.

Todo era muy doméstico. Él no estaba acostumbrado a decoración confortable y sábanas de algodón recién planchadas. No se merecía que una mujer bonita le hiciera la cama en su propia

casa, con sus propias sábanas limpias. Debería haber ido al motel de la ciudad.

Al diablo con todos los «debería». No podía imaginarse estar en otro lugar que prefiriera estar más que en ése, en esa cómoda y vieja casa con Linda.

Siguiendo los sonidos que salían desde una puerta abierta al final del pasillo, Matt entró y la encontró alisando un edredón sobre una estrecha cama. Sobre una cómoda de madera junto a la ventana había unas toallas pulcramente dobladas. La lámpara de la mesilla de noche estaba encendida.

Ella se enderezó y se volvió.

—Esperó que todo esté bien —dijo modestamente.

Durante unos segundos, él ignoró la habitación. Miró sus ojos dorados y verdes, su pelo rojo, y sus labios suaves.

—Está bien —le aseguró.

—El cuarto de baño está al otro lado del pasillo.

—De acuerdo. Gracias.

Sus miradas se encontraron durante unos instantes. Entonces, con las mejillas sonrojadas, ella le rodeó para dirigirse hacia la puerta.

—Si necesitas algo…

—Estaré bien.

—Bien. Entonces buenas noches.

—Buenas noches.

De nuevo, sus ojos se encontraron.

—No te preocupes por Gary —le aseguró Linda—. Le encontraremos.

Entonces se volvió y desapareció por el pasillo.

Matt se quedó mirando la puerta vacía hasta que oyó el sonido de otra cerrándose al otro lado de la casa. Entonces dejó la maleta sobre la cama y se acercó a la ventana. La lámpara creaba un reflejo sobre el cristal, y él la apagó para poder ver fuera. Seguía nevando.

Le encontraremos, había dicho Linda, como si estuviera preparada a ayudar a Matt en su búsqueda, de soportar la carga con él.

¿Estaría tan dispuesta a ayudar si supiera por qué quería encontrar a Gary? ¿Estaría igual de amable si supiera que Matt quería arrancar a Gary cada centavo robado y cada mentira y cada hipocresía? ¿Tomaría ella las armas en contra de su propio hermano?

Si ella hubiera sabido la verdad, ¿hubiera dejado que Matt pasara la noche en su casa?

De ningún modo.

Apartándose de la helada oscuridad al otro lado de la ventana, deseó vaciar su cabeza de traición y venganza. Sólo quería pensar en Linda… en sus ojos claros y honestos y en su barbilla desafiante, en la forma en que enrojecía bajo su mirada, como si estar de pie sola en un dormitorio con él hubiera sido un acto sexual.

La frustración se apoderó de él. En lugar de pensar en las posibilidades de encontrar al hermano de Linda Villard al día siguiente, estaba bajo su tejado cubierto de nieve pensando incluso en la más remota posibilidad para que ella pudiera regresar a la habitación de invitados y besarle.

Por la mañana, ella se había marchado.

Él lo supo en el instante en que abrió los ojos y vio a la gata a pocos centímetros de su cara, sentada en la mesilla de noche y mirándolo mientras movía la cola. Si Linda estuviera en casa, dudaba que el animal se hubiera molestado en ir con él.

Matt se enderezó y gruñó. Su reloj estaba en la mesilla junto a la gata, que cortésmente no le arañó cuando él fue a cogerlo. No importaba que *Dinah* y él se hubieran hecho amigos la noche anterior junto al fuego; él seguía sin fiarse mucho de los gatos.

Las diez y media. En Portland serían sólo las siete y media, así que no se sintió demasiado culpable por dormir hasta muy tarde. Se puso de pie, caminó descalzo hasta la ventana y subió la persiana.

El mundo fuera parecía algo sacado de un sueño. Una neblina blanca salía directamente de la nieve, dando a la tierra un aspecto etéreo. Su ventana daba al garaje y detrás de él había una colina rodeada de un bosque y los restos de una muralla de piedra. Más lejos, pasada la muralla y entre los árboles, Matt detectó humo saliendo de la chimenea de una casa. Fueran quienes fueran los vecinos de Linda, estaban bastante lejos.

De nuevo le sorprendió lo extraño que era que una mujer bonita, aparentemente sin compromiso, se aislara viviendo en una granja en las montañas. Entonces se dio cuenta de que si ella no estaba en la casa, él se encontraba solo. Tendría que vestirse, ya que Gary podía aparecer en cualquier momento.

Enrollándose la toalla alrededor de la cintura, se llevó con él ropa limpia al cuarto de baño. Diez minutos después, duchado, afeitado y vestido con un par de vaqueros secos, una camisa y un jersey de lana, hizo su maleta, hizo la cama y bajó.

El sol matinal entraba entre la neblina blanca para iluminar el salón. Se asomó por una ventana y descubrió que la carretera estaba limpia de nieve. Su coche alquilado estaba donde él lo había aparcado la noche anterior, pero habían quitado la nieve de las

ventanas.

Matt frunció el ceño. Si el coche de Linda había estado dentro del garaje, ella había tenido que mover el de Matt para poder sacarlo. Debía haber entrado de puntillas en su habitación y coger sus llaves. Habría sacado el coche de Matt a la carretera, y luego el suyo del granero-garaje. Después habría devuelto el de Matt a su lugar, habría vuelto a entrar en su dormitorio y dejar la llave en la cómoda.

Se preguntó si Linda habría intentado despertarle. Se la imaginó entrando en su habitación y poniendo las manos en sus hombros desnudos y sacudirle.

Pero si ella le hubiera tocado, si sus manos hubieran estado en contacto con su piel, él la habría metido en la cama con él. La habría abrazado y habría apretado su cuerpo delgado contra el suyo, y la habría besado. Habría vivido cada fantasía que le había perseguido durante esa noche agitada. Medio dormido, con la guardia baja, habría actuado por instinto.

Posiblemente, ella lo había sospechado. Posiblemente, había pensado que estaría más segura moviendo ella los coches en vez de pedirle ayuda.

Matt entró en la cocina. Había una nota en la mesa, sujeta con el salero.

Querido Matt:

Espero que hayas descansado. Sé lo cansado que son los vuelos y los cambios de hora. Hay cereales en el armario junto a la pila, pan y naranjas en el frigorífico, y café en la cafetera.

Estaré en mi despacho en el Centro Público de Salud de Braxton en la Second Street. Puedes ir si necesitas algo. Si ves a Gary antes que yo, échale la bronca de mi parte.

Linda

Matt releyó la nota, fijándose en su escritura femenina, con letras muy redondas y el encanto infantil del folio rosa. Pero lo que importaban eran las palabras; su generosidad, su confianza en él, su inexplicable amabilidad.

¿Cómo podía resistirse a una mujer así?

Mientras pelaba una naranja, intentó adivinar qué clase de trabajo tendría. Si trabajaba en un centro de salud, podría ser una doctora o una enfermera. Intentó imaginársela vestida para trabajar con una bata de médico, un estetoscopio alrededor de su cuello. A lo mejor llevaba gafas, o medias blancas con zuecos blancos. A lo mejor trabajaba en el laboratorio, analizando muestras. O en

pediatría, consolando las lágrimas de los niños y dándoles caramelos.

Se sorprendió de lo fácil que era olvidar que ella era la hermana de un hombre ruin y lo fácil que era pensar cosas positivas sobre ella. ¿No podría ser también una funcionaria que decía a las madres pobres y solteras que no tenían dinero y que no podían seguir obteniendo servicios médicos gratuitos?

Él no podía creer eso, pero todo era posible. Linda podría ser una funcionaría sin corazón, y también podría ser una cómplice en la actividad criminal de su hermano.

Después de meterse el último gajo de naranja en la boca, Matt se llenó una taza de café, apagó la cafetera y rebuscó en la cocina de Linda. No estaba seguro de qué buscaba, pero una agenda con la dirección y el teléfono de los amigos de Gary de Somerville sería un buen comienzo.

Abrió un cajón llenó de cubiertos, otro lleno de utensilios de cocina, y finalmente uno que papeles y cosas que no eran de cocina. Cerca de la parte delantera del cajón había un montón de facturas dentro de sobres abiertos sujetas con una goma. Miró entre los sobres. Su factura del teléfono registraba dos llamadas a Los Ángeles pero ninguna a Somerville.

Volviendo al montón, sacó la factura de la tarjeta de crédito y miró sus compras. Toda la compra del mes no llegaba a doscientos dólares, y la compra más cara era ochenta y siete dólares en una tienda de ropa femenina. Había otras compras en una droguería, dos pagos en una gasolinera y otros más pequeños.

Bueno, supuso que si ella estaba compinchada con Gary no habría contado con la tarjeta de crédito para sus compras más recientes. Estaría rebosando de dinero en efectivo.

Suspirando, dejó la factura con las otras y cerró el cajón. Rebuscar entre sus facturas le hizo sentirse como un entrometido. La mujer había confiado en él lo suficiente para dejarle solo en su casa; lo menos que él podía hacer era portarse conforme a la alta opinión que ella tenía de él.

Se bebió el café de varios tragos largos, enjuagó la taza y la dejó dentro de la pila. Cogiendo el folio rosa de la mesa subió arriba para coger su maleta.

En lo alto de las escaleras vaciló.

Mientras se dirigía al dormitorio de Linda, se dijo que eso no era ser entrometido. No era realmente fisgonear. Todo lo que él quería era echar un vistazo a su agenda para encontrar el número y la dirección de los amigos de su hermano en Somerville. Y a lo mejor también a ver si veía algún fajo de billetes oculto.

Vaciló de nuevo junto a la puerta de su dormitorio. La luz

del sol entraba por las cortinas de encaje y moteaba el alegre edredón de colores. Las paredes eran color marfil, el suelo estaba cubierto con una alfombra gruesa color verde con el borde blanco y salpicada de pequeñas estrellas blancas. Un tapete de lino cubría la cómoda de roble. Sobre el marco oval de roble de un espejo de pie había una bufanda. Y de la misma madera había una mecedora en una esquina.

Su mirada regresó a la cama, a las dos almohadas mullidas que descansaban sobre los barrotes de metal del cabecero. Se imaginó el pelo de Linda extendido sobre una de esas almohadas, y su cabeza en la otra, sus piernas entrelazadas con las de ella sobre ese maravillosos edredón. Imaginó los labios de Linda separados de placer cuando él la tocaba, y sus ojos cerrados y su cuerpo amoldándose a él…

Un gruñido salió de su garganta. Linda no había hecho nada para inspirarle esos pensamientos tan eróticos, nada excepto mirarlo con esos ojos preciosos, y sonreírle con esos labios de terciopelo e invitarle a pasar allí la noche.

Respiró profundamente varias veces, y trató de relajarse. Una agenda para poder salir de la casa o dinero para darle una razón para odiarla… a eso había ido.

Entró en la habitación. Abrió el cajón de su mesilla de noche y miró entre los contenidos; un listín telefónico del condado, una caja de coser, un cuaderno y un lápiz, una linterna. Una caja de condones sin abrir.

—¡Oh, Dios!

Volvió a meter la caja en el cajón y se sentó en la cama, moviendo la cabeza con disgusto al pensar si ella había comprado la caja solo unos días antes o si llevaba allí, sellada con celofán, varios meses. Cerrando el cajón, salió del dormitorio.

Bajó corriendo las escaleras y se dijo que no significaba nada. Linda Villard era una mujer inteligente, y las mujeres inteligentes en esos días tenían ciertas cosas a mano.

Pero la caja estaba sellada. Si ella tenía un novio regular habría roto el plástico antes de guardarla en el cajón. ¿Quién querría perder tiempo en medio del juego erótico con un plástico?

Pensar en Linda y en juegos eróticos le calentó la sangre de nuevo, haciendo que fluyera directa y rápidamente a una zona concreta de su anatomía. Se apoyó contra la barandilla al final de la escalera, cerró los ojos y ordenó a los músculos de la mitad inferior de su cuerpo que se relajaran. ¿Por qué tenía ella ese efecto sobre él?

No era sólo porque fuera generosa, inteligente o bonita. No era sólo porque desde el momento en que sus miradas se

encontraron él hubiera sentido que en vez de a su hermano, había estado buscándola a ella, sólo a ella… ¡Olvídala!

Cogió su maleta, fue al armario donde estaba su cazadora. La cogió y salió fuera.

La mañana, aunque fría, era más cálida de lo que él había esperado. La niebla seguía saliendo suavemente de la alfombra blanca que cubría el suelo. El vapor blanco reflejaba la luz del sol, iluminando el aire con un brillo difuso.

Fue hasta su coche, echó la bolsa en el asiento trasero y se puso tras el volante. Abrió la guantera y sacó el mapa de carreteras de Nueva Inglaterra que le había proporcionado la agencia de alquiler de coches, lo desdobló y buscó Somerville. Estaba justo al norte de Cambridge, en las afueras de Boston. Suponiendo que Gary estuviera allí, Matt podría hacer el viaje en menos de dos horas… si pudiera saber dónde ir al llegar allí.

Linda lo sabría. Ella sabría dónde vivían los amigos de Gary.

Aunque su libido estaba muy alterada, Matt tenía que verla. Era su única oportunidad para encontrar a Gary.

Capítulo 4

La puerta del despacho estrecho y apiñado de Linda se abrió y Kay asomó la cabeza.

Linda levantó un dedo para hacer callar a Jack Weyburn, que estaba sentado al otro de la mesa, frente a ella. Jack había estado describiéndole la semana deprimente que había tenido; tres entrevistas de trabajo, ninguna oferta, su hijo de doce años había sido enviado a casa por pelearse en el colegio, su madre quejándose de que ella no podía ocuparse del joven nieto… Habían pasado dos años desde que la esposa de Jack se había marchado, y él estaba haciendo todo lo que podía. Pero eso parecía no ser suficiente. Estaba forzado al límite, tanto económica como emocionalmente. Por fortuna, había tenido el buen juicio de buscar ayuda antes de derrumbarse.

Él asintió, y Linda miró hacia la puerta.

—Hay un hombre que pregunta por ti en la sala de espera —le informó Kay.

—¿Quién es?

—Alguien llamado Matt Calloway —le dijo la joven recepcionista—. No es un cliente.

La visita de Matt a la clínica no sorprendió a Linda, pero le encantó. Ella había supuesto que él aparecería antes o después. Se había vestido con esa idea en mente, recogiéndose el pelo largo en lo que le pareció un moño sofisticado, y poniéndose un jersey de cuello vuelto de tono rosa pastel, una chaqueta a juego y una falda muy favorecedora, medias y unos mocasines de tacón bajo en lugar de los pantalones y botas que el resto de las personas llevaba en el centro por deferencia al mal tiempo. Incluso se había puesto un poco de maquillaje, aunque en las tres horas que hacía que llevaba allí, se le había ido casi todo.

—Dile que me tomaré un descanso después de que el señor Weyburn y yo hayamos terminado —le dijo—. Si quiere podemos almorzar juntos.

Los ojos de Kay brillaron con interés.

—¿Una cita para almorzar? —preguntó con gesto burlón.

—Es un amigo de mi hermano —le informó Linda, sonriendo.

Matt era un amigo de Gary, y nada más, pero la vida social de Linda era generalmente tal aburrimiento que a ella no le importaban las bromas bienintencionadas de Kay.

En cuanto Kay se marchó, cerrando la puerta tras ella, Linda se sacó a Matt de la cabeza y dedicó los siguientes veinte minutos a Jack Weyburn y a su problema. Le sugirió que su hijo fuera a visitarla el lunes para poder discutir con él estrategias para controlar su genio antes de que hiriera a alguien de seriedad y le echaran para siempre del colegio, le ayudó a revisar su presupuesto y le aseguró que aceptar vales de comida no significaba que fuera un fracaso como persona.

—Igual que la asistencia social —murmuró Jack pasándose una mano por el pelo—. No me hace mucha gracia.

—Es como las deudas —le recordó Linda—. Algunas veces podemos ocuparnos de ellas y otras son demasiado para nosotros. Aceptar comida no es un crimen.

—Tampoco es exactamente un honor.

—Piénselo así… Ha pagado impuestos durante años, y esos impuestos han ayudado a personas necesitadas. Ahora es su turno de aceptar la ayuda.

—Soy un inútil, ¿verdad? Soy un perdedor.

—No lo piense de ese modo. Piénselo como una señal de fuerza, que no teme aceptar ayuda. Son tiempos difíciles, señor Weyburn. Muchas personas han sido despedidas. Y están luchando como usted. No son malas personas. Sólo han tenido mala suerte.

—¿Ha tenido usted alguna vez este tipo de mala suerte?

Ella midió su respuesta. Como asistente social para la ciudad, Linda nunca sería rica, pero tampoco pobre. Era ahorradora, y nunca había conocido el hambre. El miedo de arruinarse era algo que sólo podía imaginarse.

Pero era su trabajo imaginarse ese miedo, e identificarse con aquellos que vivían con él. La pena llegaba en diferentes formas y colores, pero el dolor era universal. Ella había conocido suficiente dolor para entender por lo que estaban pasando personas como Jack Weyburn, y para querer hacer todo lo posible para aliviar su sufrimiento.

—Yo he tenido otro tipo de mala suerte —le dijo Linda—. Cuando peor estaba alguien me ofreció su ayuda. Y yo la acepté, y me ayudó a curarme. Todos necesitamos un poco de ayuda algunas veces. No hay que avergonzarse de ello.

—Si usted lo dice.

El hombre suspiró y se levantó. Ella le acompañó a la puerta, estrechó su mano, le deseó buena suerte y cerró la puerta detrás de él.

Ella simultáneamente cerró una puerta detrás de ella. En ese momento se había acabado el dolor y la tristeza. Iba a almorzar con Matt Calloway.

Metió sus notas en la carpeta de Jack Weyburn y la guardó en su lugar del archivador. Volviendo a la mesa, cogió su bolso del último cajón, sacó sus polvos compactos y examinó su imagen en el espejo. Unos pocos mechones de pelo se le habían salido del moño y caían suavemente alrededor de su cara. Su pintalabios se había quedado rosa muy claro.

Se pasó la esponjita por la nariz, y volvió a guardar la cajita en su bolso. Se puso de pie y abandonó el despacho.

Sentado entre varias personas desoladas del departamento de Asistencia Social, a Matt se le veía fuera de lugar. Cuando se levantó de la silla metálica y la sonrió, pareció aún más fuera de lugar. Se había afeitado, y el cansancio había abandonado sus ojos. Su atractivo era limpio, y su pelo estaba bien peinado.

Estaba estupendo.

Una sonrisa tímida se dibujó en los labios de Linda.

—Hola, Matt.

—¿Almorzamos juntos?

—Si te apetece…

Sonriendo, él la cogió del brazo. Había sido un gesto bastante rutinario, pero tuvo un efecto salvaje en el sistema nervioso de Linda.

Haciendo todo lo posible por ignorar las miradas curiosas de sus clientes, por no decir de Kay, que la miraba divertida desde su mostrador, Linda sacó a Matt de la sala de espera por un pasillo hasta la entrada principal del edificio.

—¿Qué haces exactamente aquí?

—Soy asistente social.

—Pensé que a lo mejor eras enfermera o algo así.

—Supongo que se puede decir que soy enfermera de la psique de las personas. Les ayudo a enderezar sus vidas.

Ella se detuvo junto a la puerta de cristal y Matt la abrió. Los dos salieron.

—Hay una cafetería al otro lado de la calle.

—Esperaba poder llevarte a algún sitio mejor.

—Me encantaría —dijo Linda sonriendo—, pero sólo dispongo de media hora para almorzar. Posiblemente tardaríamos media hora en coche para ir a un buen restaurante.

—Entonces la cafetería.

A pesar del aire frío, el sol había hecho un buen trabajo derritiendo casi toda la nieve. Estaba apilada en trozos en los bordes de las aceras, pero el resto estaba limpio. El sol vigorizó a Linda. Y la presencia de Matt la vigorizó aún más.

Esa mañana, en un descanso entre dos clientes, había llamado a Somerville y había descubierto que, en efecto, Gary

estaba allí con sus amigos.

—¿Por qué no me has llamado? —le había reñido Linda, aunque sin ocultar la felicidad que había sentido por su inesperado viaje al este—. ¿Cuándo llegaste? ¿Vas a venir a visitarme?

—Sí, claro —había dicho Gary—. Llegué el martes por la mañana. Quería llegar el lunes pero no pude conseguir vuelo, así que terminé trabajando casi todo el lunes y vine al aeropuerto directamente del trabajo. Había pensado quedarme unos días con Steve y Marlene y después ir a Braxton para el fin de semana. ¿Te parece bien?

—Sí. ¿Has hablado con Debbie? Yo te llamé anoche y…

—Sí, he hablado con ella.

—¿Va todo bien entre los dos?

Gary había murmurado algo ininteligible, y después había hablado en alto.

—No seas una asistente social, Linda.

—Si me estás pidiendo que no me preocupe por ti, me estás pidiendo algo imposible.

—Lo sé —dijo riéndose de mala gana—. Bueno, apareceré dentro de un par de días. Para el fin de semana ¿vale?

Ella había pensado decirle que Matt Calloway estaba en Braxton, y quizás así fuera antes, pero Matt quería sorprenderle y ella no iba a estropearle la sorpresa.

—El fin de semana. ¿El viernes por la noche? ¿El sábado por la mañana?

—Sí, cuando sea.

—Gracias por ser tan específico —había gruñido Linda, aunque sin poder reírse después—. Hasta pronto.

Después de haber colgado, se preguntó si Matt podría quedarse en la ciudad hasta el fin de semana. Con toda posibilidad preferiría volver a Hartford para quedarse con su socio hasta que Gary apareciera en Braxton. Eso sería lo más lógico. A menos, por supuesto, que tuviera que regresar a Oregón antes de que tuviera la oportunidad de encontrarse con Gary. Se juró a sí misma que no se sentiría decepcionada si Matt se marchaba de Braxton.

La cafetería estaba llena, pero consiguieron sentarse en seguida.

—¿Por qué no me despertaste esta mañana? —preguntó Matt.

Linda lo miró por encima de su carta y sonrió.

—Lo intenté.

La sonrisa de Matt se desvaneció ligeramente, y su mirada se hizo más profunda. Ella levantó la carta para protegerse de su escrutinio, consciente de que sus mejillas estaban subiendo de color.

Se había sentido como una intrusa entrando en su dormitorio esa mañana, queriendo despertarle sólo para que él moviera su coche. Pero cuando le había visto extendido en la cama, con la mitad superior del cuerpo desnuda y visible por tener el edredón apartado, casi había salido corriendo.

El bronceado de su piel había contrastado profundamente con las sábanas blancas. Su pelo negro había estado alborotado, con ondas cayendo sobre su rostro. Sus hombros se veían robustos y fuertes a ambos lados de su cuello ancho, y el único brazo que había sobresalido por encima del edredón había revelado un contorno atlético de músculo y tendones. El poco pelo que había asomado por la parte superior de su cuerpo le había tentado. Si ella no hubiera sido el tipo de mujer que era, le habría destapado y se habría regalado la vista. No tenía ninguna duda de que hubiera sido un regalo.

Pero ella era el tipo de mujer que era, así que nerviosa, le había golpeado el hombro con un dedo.

—¿Matt? —le había susurrado, y entonces se había marchado deprisa, cogiendo las llaves de su mesa al hacerlo.

Algo en la mirada penetrante de Matt le dijo que él podía imaginarse lo que había pasado por su cabeza cuando le había visto durmiendo en la habitación de invitados esa mañana. Y siendo el tipo de mujer que era, eso le avergonzaba aún más.

Por fortuna, una camarera se acercó a la mesa y le ofreció a Linda una distracción que necesitaba desesperadamente. Ella pidió una sopa y una ensalada, y Matt una hamburguesa. Cuando la camarera se llevó las cartas, Linda se sintió peligrosamente expuesta.

La mirada de Matt se había suavizado. Se reclinó en la silla, estudiando a linda con una combinación de regocijo y perplejidad.

—No puedo creer que me hayas dejado solo en tu casa.

Ella se encogió de hombros.

—No estabas solo. *Dinah* estaba allí.

—Ah, sí, la gata asesina. En serio, Linda, dejarme pasar la noche en tu casa, los dos aislados… ¿Cómo has podido confiar en mí? Ni siquiera me conoces.

—Eres Matt Calloway —dijo Linda como si eso lo explicara todo; en su mente así era.

Él pareció menos divertido y más perplejo. Linda quería cambiar de tema, hablarle de su llamada a Somerville. Antes de que pudiera hablar del paradero de Gary, la camarera regresó con una jarra de agua con hielo y parloteando sobre el mal tiempo.

—¿Crees que tendremos narcisos este año? —preguntó—. Me pareció ver un par de brotes en mi jardín hace un par de días,

pero después de toda esta nieve…

—Sobrevivirán —dijo Linda—. Son duros.

—¿Querías café? —le preguntó la camarera a Matt.

Él asintió con la cabeza y ella le dio la vuelta a la taza de su platillo.

—¿Eres nuevo en la ciudad?

—Sólo está de visita —dijo Linda.

—¿Oh, sí? Quédate una temporada —dijo la camarera guiñándole un ojo y marchándose a coger la jarra de café.

Matt se rio.

—Es algo directa, ¿verdad?

Linda se encogió de hombros de nuevo. Cuando sus ojos se encontraron con los de Matt, sonrió también.

—¿Y tú? —preguntó Matt tranquilamente—. ¿Tienes novio?

La sonrisa de Linda se desvaneció. La pregunta no estaba fuera de lugar, pero ella prefería mantener sus asuntos en privado.

—¿Por qué lo preguntas?

—Anoche dormí en tu casa. Me gustaría saber si alguien va a perseguirme con una escopeta.

Su humor tranquilizó a Linda. Seguro que si podía confiar en Matt para que pasara la noche en su casa, y él había demostrado que había sido merecedor de su confianza, también podría confiar en él hablándole de su vida personal.

—No —dije—. No tengo novio.

Él necesitó unos segundos para digerirlo.

—¿Por qué no?

—¿Y por qué sí? —preguntó Linda con tono bajo y razonable—. ¿Pierdo puntos por no tener ninguno?

La camarera llegó con el café, pero Matt la ignoró deliberadamente, mirando fijamente a Linda hasta que la camarera se marchó.

—Eres una mujer bonita y generosa. No sé por qué no tienes a un millón de tipos detrás.

—En Braxton no hay un millón de tipos —le señaló ella con timidez, negándose a dejar que sus halagos la abrumaran.

—¿Entonces por qué vives en Braxton?

—Es mi hogar. Gary y yo crecimos aquí, en la casa donde vivo yo ahora. Cuando mis padres murieron, le dejaron a él la casa.

—No sabía que tus padres había muerto —dijo Matt, comprensivo.

—Hace mucho tiempo. Tenían más de treinta años cuando Gary nació, y más de cuarenta cuando llegué yo. Supongo que yo fui un accidente. Cuando mi padre murió, mi madre se trasladó a Florida y dejó que Gary se quedara en la casa. Ella murió unos años

más tarde y le dejó a él la casa en su testamento.

—¿Y tú decidiste quedarte?

Ella negó con la cabeza. La mirada de Matt era tan firme y sincera, que las palabras brotaban fácilmente de sus labios.

—En aquel entonces yo estaba viviendo en Boston. Conocí a un hombre, y nos enamoramos. Íbamos a casarnos en cuando nos graduáramos.

Una vez más, la camarera les interrumpió, esa vez con la comida. Linda le sonrió dándole las gracias, pero Matt echó una mirada impaciente a la mujer y ella se marchó rápidamente.

—¿Qué pasó? —preguntó Matt—. ¿Te casaste?

—No. Se descubrió…

Linda suspiró. Recordar había dejado de producirle un dolor cegador e insoportable, pero seguía habiendo un lugar sensible en su alma.

—… se descubrió que tenía un tumor cerebral —terminó.

—Lo siento —dijo Matt, apartando la hamburguesa y cogiendo la mano de Linda.

Él necesitaba darle consuelo, y ella quería ser consolada.

—De todos los tipos de cáncer, ése es uno de los más crueles. Cuando se lo diagnosticaron, yo me fui a vivir con él y le cuidé. Sus padres nos mantuvieron económicamente. Creo que estaban demasiado traumatizados para darle el tipo de cuidados que necesitaba. No podían soportar verle teniendo ataques, siendo incapaz de hablar, de comer… —explicó sonriendo con tristeza—. Yo tampoco podía soportarlo, pero lo amaba, así que lo hice de todos modos. Estuvimos juntos así durante tres años, y él murió en su propia cama. Al menos pude darle eso.

Los dedos de Matt apretaron los suyos con más fuerza.

—Anoche, pensé que eras la mujer más agradable que he conocido —dijo Matt—. Pero «agradable» no es la palabra apropiada. Eres increíble.

—Oh, no soy increíble. Yo lo amaba. Cuando se ama a alguien se quiere hacer cualquier cosa por esa persona. Además… —dijo sonriendo con timidez—, cuando murió, me quedé destrozada. Pude ser fuerte cuando tuve que serlo, pero en el momento en que no tuve que serlo, me convertí en una auténtica ruina humana.

Linda tomó una cucharada de sopa.

—No puedo imaginarte como una ruina humana.

—Oh, lo era. No sé que hubiera sido de mí si Gary no me hubiera salvado.

Matt apartó la mano y se sentó más derecho. Al principio, Linda pensó que ella había dicho algo incorrecto, aunque no tenía

idea de qué.

Entonces se dio cuenta de que lo había hecho para poder empezar con su hamburguesa.

—¿Cómo te salvó Gary? —preguntó Matt, sacudiendo el bote de kétchup.

—Vino a Boston, y me trajo a Braxton prácticamente a rastras. Por aquel entonces, estaba trabajando para una compañía de camiones en la ciudad, ganando lo suficiente para mantenerse a él y también a mí. Me dijo que yo había pasado tres años cuidando a Andrew y que había llegado el momento de que me cuidara a mí misma. Él se ocupó de que yo pudiera hacerlo, dándome tiempo, paz, amor… todo lo que yo necesitaba para curarme.

—¿Y después te dio la casa?

—Aún sigue a su nombre. Ahora que yo estoy viviendo sola, pago los impuestos y todos los gastos, pero técnicamente él es el dueño. Perdió su trabajo hace unos años, ya que la compañía de camiones quebró. Así que decidió irse al oeste una temporada. Yo ya estaba trabajando en el centro, y había llegado su turno para que se tomara algún tiempo libre. Se enamoró del sur de California… y de Debbie también. Así que se quedó. Y yo me he quedado aquí.

Matt seguía comiendo, sin dejar en ningún momento de mirarla.

—Gary yo siempre hemos estado muy unidos. Es curioso cuando se piensa que él es ocho años mayor que yo. Pero incluso cuando yo era una niña, él nunca me ofendió. Siempre me cuidó. Y ahora… es toda la familia que me queda. Incluso con cinco mil kilómetros entre nosotros, aún seguimos cuidando el uno del otro.

Matt no dijo nada.

—Estoy muy contenta de que él te haya encontrado después de todos esos años —continuó Linda—. Tú no eres sólo un amigo, Matt. A Gary y a ti os unen lazos muy especiales. Apuesto a que también os sentís casi como familia.

Matt dejó la hamburguesa y cogió su café.

—No lo sé —dijo despacio—. Los dos hemos cambiado mucho desde Vietnam.

—¿Crees que Gary ha cambiado? —dijo extrañada y sonriendo después—. Bueno, es normal, no lo ves desde hace casi veinte años.

Linda removió su sopa, ordenando sus pensamientos. Quizás Matt pudiera explicarle por lo que estaba pasando Gary. Era de su misma edad, y había pasado por muchas de las mismas cosas que había pasado Gary.

—Estoy preocupada por él, Matt. Igual que él se preocupa por mí, yo me preocupo por él. Últimamente ha estado pasando una

mala racha.

—¿En serio?

—Parece que se ha tomado mal su cuarenta cumpleaños. Sigue sin asentarse en la vida. Creo que solía imaginarse a sí mismo casado con cuarenta años, con hijos y un trabajo seguro. Pero no ha sido así —dijo suspirando—. Y después vino todo eso de la guerra…

—¿De la guerra?

—Muchos veteranos pasaron por un bajón emocional durante la guerra del Golfo hace un par de años. Perdieron estabilidad… lo he visto en mi trabajo. Todas esas escenas de guerra de alta tecnología en la televisión, toda la gloria y los desfiles que tuvieron esos soldados y que los soldados de Vietnam nunca tuvieron al regresar a casa. ¿No te molestó a ti?

—No.

—Incluso para mí fue duro verlo, y yo no soy un veterano. Me rompía el corazón pensar que otra generación de muchachos iba a pasar por el infierno que pasasteis tú y mi hermano.

—Nosotros pasamos por ello. Pero sobrevivimos. Si después de todos estos años Gary descubre que no ha podido superarlo, ése es su problema.

La actitud poco comprensiva de Matt sorprendió a Linda. Ella buscó una explicación. A lo mejor él no tenía paciencia para la debilidad en otros porque él reconocía la misma debilidad en sí mismo. A lo mejor las noticias de que uno de sus compañeros de la guerra podía ser alterado más de veinte años después de haber dejado Vietnam minaba su sentido de la estabilidad. O quizás simplemente no podía aceptar que todo el mundo no fuera tan fuerte como él era.

—Gary lo ha superado —dijo Linda en defensa de su hermano—. Estoy segura de que su humor cambiará pronto. Es un hombre maravilloso. Sólo se merece cosas buenas.

Matt respiró profundamente. Sus ojos eran oscuros y fríos, como dos estrellas muertas.

—Él no se merece nada.

Ella hizo un gesto de dolor, como si Matt la hubiera abofeteado.

—¿Qué?

—Tu hermano es un ladrón, Linda. Es un falso. Y no se merece nada.

¿Qué había hecho? ¿Por qué? ¿Cómo podía haber hecho daño a Linda de esa forma?

Ella estaba sentada enfrente de él, muy recta, muy pálida, con los labios apretados y los ojos abiertos y brillantes. Estaba agarrada al borde de la mesa con tanta fuerza que tenía los nudillos

blancos. Si él tuviera que buscar una palabra para describir su expresión, esa palabra sería repugnancia.

No la culpaba. Ella había confiado en él con una fe tan pura que parecía algo casi sagrado, y menos de una hora antes, él había estado hurgando entre sus cosas, contemplando sus condones… Ella había confiado en él lo bastante para entrar en su dormitorio mientras dormía, sin saber que los sueños de él habían tratado sobre formas diferentes de poseerla.

Y en ese momento, cuando ella había mostrado la profundidad de su confianza compartiendo con él el dolor desgarrador que había sufrido con la enfermedad y muerte de su novio, cuando ella se había abierto a él y le había mostrado su alma vulnerable, ¿qué había hecho él?

Le había dicho la verdad.

Podía haberlo hecho de forma diferente. Debía hacerlo hecho. Debía haberlo suavizado, soltarlo poco a poco, prepararla para ello, o no debería habérselo dicho. Pero él había soltado la verdad como una bala para su corazón, con toda la intención de hacerle daño.

¿Por qué?

Si él iba a forzar a Linda a enfrentarse con la verdad, también tendría que enfrentarse él a la verdad sobre sí mismo, y en ese momento la verdad se parecía horriblemente a los celos. No soportaba oír a Linda hablar con tanto cariño del hombre que le había traicionado a él. Nadie había hablado nunca de Matt de ese modo. Por todo lo que él sabía, nadie le había querido nunca de un modo tan ciego y tan incondicional.

No tenía sentido que él tuviera celos de Gary. El hombre era su hermano, su carne y sangre. Pero aún así… Matt quería que Linda pensara de él igual que pensaba de Gary. Quería que dijera que pensaba que él se merecía cosas buenas, y Matt quería que en esas cosas se incluyeran su admiración, su respeto hacia él y mucho más.

Si pudiera retractarse de lo que había dicho de Gary… Si pudiera retrasar el reloj a un segundo antes de haber hablado… Pero no podía. La verdad estaba dicha. El daño estaba hecho.

Fue a coger la mano de Linda de nuevo, pero antes de que pudiera tocarla, ella la apartó.

—Linda —dijo con tono suplicante.

Ella abrió la boca, pero aparentemente no podía hablar. En su lugar, apretó los labios de nuevo y se quedó mirando un cuadro de la pared.

—Linda —repitió—. Lo siento.

—No puedo creer que hayas dicho semejantes cosas crueles,

tales mentiras depravadas…

—No son mentiras —dijo Matt intentando sonar suave, aunque sólo sonaba decepcionado.

No importaba lo que dijera; había perdido cualquier afecto que ella pudiera sentir hacia él. Pero aún así no podía dejar de explicarse, de intentar justificar su acusación.

—Estoy seguro de que tu hermano ha sido bueno contigo. Aunque no lo haya sido conmigo. Yo no he venido a hacerte daño, Linda. He venido a buscar a Gary por lo que me hizo.

—Mi hermano es incapaz de hacer algo tan terrible. No es un ángel, pero no es un falso… ¿Cómo puedes decir esas cosas?

Matt respiró profundamente.

—Me gustaría que hubiera otro modo de decírtelo.

—¿Decirme qué? ¿Mentiras sobre mi hermano?

—No son mentiras. Él me ha robado.

—Oh, él te ha robado —dijo intentando sonar sarcástica sin conseguirlo ya que sonaba más desesperada—. ¿Qué hizo, quitarte un boli de tu despacho?

—No, me quitó dieciocho mil dólares de mi cuenta.

Una vez más, ella puso un gesto de dolor. Matt seguía disparando pequeñas balas de dolor sobre ella. La primera la había destrozado, pero él seguía disparando, y el impacto de sus acusaciones le hacía mucho daño.

—En total Gary me quitó veinte mil dólares. Yo tenía conocimiento de dos mil. Se suponía que era un préstamo. Me dijo que tenía problemas de dinero y yo…

—No —le interrumpió ella.

—Escúchame, Linda…

—No. Mi hermano no tiene problemas de dinero. Él gana un buen sueldo.

—Te estoy diciendo lo que pasó. Él me dijo que necesitaba algo de dinero, y yo le ofrecí dos mil dólares.

Ella miró por el restaurante, evitando sus ojos, probablemente buscando la salida más cercana. Él sospechó que preferiría marcharse a escuchar una palabra más.

Si él insistía en contarle la verdad, ella le despreciaría. Si él no le decía la verdad, se despreciaría a sí mismo. Resignándose a que le odiara, continuó.

—Le di a Gary un cheque por dos mil dólares y él lo falsificó. Le añadió un cero más.

—No puedes pretender que me crea eso —dijo Linda con dureza.

—Yo no pretendo nada —admitió suspirando—. Pero eso es lo que hizo, y por eso estoy aquí.

—Es lo más ridículo que nunca he oído… Incluso suponiendo que me estés diciendo la verdad, ¿qué podría hacer mi hermano con un cheque falsificado? A menos que tú tengas el hábito de mantener veinte mil dólares en tu cuenta, el cheque sería rechazado si intentar cobrarlo.

—Tengo una de esas cuentas combinadas —explicó Matt—. En parte cuenta de ahorros y en parte cuenta corriente. No recuerdo cómo consiguió Gary que se lo contara, pero se lo conté. Estábamos hablando de dirigir una compañía, de las finanzas y de los pagos… No lo sé. Pero le conté que tenía una cuenta combinada. De algún modo se enteró de que si yo accidentalmente giraba un cheque al descubierto, el banco transfería el dinero de los ahorros a la cuenta corriente para poder cubrir el cheque.

—Ya —se burló Linda—. El banco automáticamente transfiere veinte mil dólares y ni siquiera se molestan en confirmarlo contigo.

—Llamaron para confirmarlo. Yo no estaba en la oficina y mi secretaria cogió la llamada. Ella estaba haciendo mil cosas a la vez, y miró en el registro y vio la anotación de ese cheque, un dos y varios ceros detrás… y autorizó la transferencia.

Linda puso las manos sobre la mesa, como si fuera a empujarse para ponerse de pie.

—Eso es ridículo. No me creo una sola palabra.

—No me importa que me creas o no —dijo Matt, empezando a perder la paciencia y enfureciéndose.

No era justo que Linda saltara a defender a Gary. Tenía sentido, pero no era justo.

Sin pensarlo, Matt le cogió la mano para que no se levantara. Sí le importaba que Linda le creyera. Quería que ella creyera en él más de lo que nunca había deseado nada en su vida.

—Tu hermano es un ladrón, Linda —dijo con voz baja pero fiera—. Sé que no quieres enfrentarte a los hechos…

—Los hechos son que cuando yo estaba hundida mi hermano me salvó. Cuando estaba sufriendo, cuando estaba destrozada, él me trajo a casa y me dio la oportunidad de curarme. Él se ocupó de mí, me mantuvo, hizo todo lo que pudo por mí. Es el hombre más generoso que conozco. No es un ladrón.

—Es de la peor clase de ladrones —dijo Matt con furia—. No sólo me robó el dinero. Me robó mi historia, mis recuerdos. Nosotros éramos hermanos, Linda, tan unidos como puedan estar dos hombres sin tener el mismo apellido. Sé exactamente lo generoso que puede ser Gary, señorita. Él y yo estuvimos juntos en el infierno. Nos salvamos la vida mutuamente de más modos de los que pueda contar. Y él me robo eso, Linda. Robó esa verdad, esa

historia. Me la arrancó de cuajo.

Linda jugueteaba con su servilleta. Matt observó los movimientos espasmódicos de sus manos sobre su regazo, oyó el sonido del papel rompiéndose y la vio dejar un montón de trocitos junto a su plato.

—Tú eres quien me ha robado —murmuró Linda—. Yo te ofrecí mi casa, te di de comer… Y ahora tienes el valor de acusar a mi hermano de ser un ladrón.

—Eso es lo que es.

—Estás loco.

Su negativa a creerlo le hacía tanto daño como le había hecho la traición de Gary. No porque ella le hubiera robado algo, sino porque había robado la promesa de algo.

Deseaba a Linda. Si hubiera mantenido la boca cerrada, si hubiera mantenido su asunto con Gary apartado de ella… Si no hubiera sido honesto como su maldito hermano, podría haber tenido una oportunidad con ella.

Pero había sido honesto, y había perdido cualquier oportunidad.

Ella dejó todo lo que quedaba de la servilleta rota sobre la mesa junto a su sopa apenas probada.

—Mantente alejado de mí —le dijo con voz hostil y temblorosa—. Mantente alejado de mí y de mi hermano.

Se puso de pie, cogió su bolso y salió de la cafetería.

Él la vio marcharse a toda prisa, entonces se echó hacia atrás en la silla y cerró los ojos. Si hubiera habido otro modo de tratar con eso, si hubiera sido el mentiroso que ella le acusaba de ser…

Pero no lo era. Le había dicho la verdad. Ella nunca le perdonaría.

Y aún así, la deseaba.

Linda regresó corriendo por la sala de espera hacia su despacho, sin contestar a la pregunta de Kay sobre el almuerzo. Cerró la puerta tras ella, colapso en su silla y esperó a que el temblor de su cuerpo cesara.

No lo creía, ni una palabra. Matt Calloway era un mentiroso. Era despiadado, malvado y posiblemente estaba trastornado.

Lo pensó mejor. Ella no podía creer cosas tan terribles sobre él igual que no podía creer las cosas tan terribles que había dicho sobre su hermano.

Gary había tenido problemas últimamente, pero no eran problemas económicos. La compañía de la limusina le pagaba un salario decente, y de vez en cuando recibía propinas muy generosas

de sus pasajeros. El trabajo de vendedora de Debbie en una cara *boutique* de Beverly Hills también les daba dinero. Gary no tenía motivo para robar a nadie. Y él nunca, nunca haría nada para hacer daño a unos de «los cuatro valientes».

¿Entonces por qué había una pequeña duda en el interior de Linda que se negaba a morir?

¿Por qué no podía rechazar las absurdas acusaciones de Matt? ¿Por qué no podía simplemente tomarle asco y dejarle que se marchara con su vida?

¿Por qué cuando pensaba en él recordaba no solo las cosas monstruosas que había dicho minutos antes, sino la forma en que le había mirado la noche anterior junto al fuego? ¿Por qué recordaba la forma en que le había sonreído mientras habían cenado?

Matt habría querido que ella se quedara a dormir con él. No lo había dicho, no había dado ninguna indicación de ello, y si lo hubiera dicho, ella habría dicho que no, pero su mirada había hablado de su deseo. Pero ella había escapado de la habitación de invitados antes de que él tuviera la oportunidad de pasar a la acción.

Daba gracias a Dios por ello. ¿Y si se lo hubiera pedido y ella hubiera hecho algo desacostumbrado y se hubiera rendido a la pasión que latía entre ellos?

Ella dudaba que llegara a amar a nadie de la forma en que había amado a Andrew, pero el amor y el placer físico eran dos cosas diferentes. Gary siempre estaba animándola a que se permitiera alguna sana relación sexual. La noche anterior, si Matt se hubiera atrevido a decir con palabras lo que los dos habían sentido, ella pudiera haber dicho que sí.

Y ese mismo día… ella no sólo le hubiera odiado a él, sino a sí misma. El sólo pensar en Matt Calloway tocándola le hacía estremecerse.

Sólo pensar que le había encontrado deseable, que felizmente le había acogido en su casa…

Un golpe en la puerta la sobresaltó. Tardó unos segundos en centrarse en sus alrededores… las paredes incoloras animadas por alegres posters, los archivadores grises de oficina, el secante limpio centrado en su mesa, los bolis a su derecha y el teléfono a su izquierda… Entonces levantó la mirada hacia la puerta.

—¿Sí?

Kay abrió la puerta.

—¿Estás bien?

—Claro que sí —respondió Linda, malhumorada.

—Tu cita para almorzar…

—No era una cita, Kay ¿de acuerdo? ¿Ha llegado el

siguiente paciente?

Kay la estudió durante varios segundos, entonces se encogió de hombros.

—Eleanor Vespi. La haré pasar.

—Deberías haberme avisado por el interfono, ya lo sabes —le recordó Linda a Kay antes de que cerrara la puerta.

—Cuando te llamo por el interfono, todo el mundo en la sala de espera puede oír todo lo que digo. Pensé que te hacía un favor viniendo yo misma.

—Lo has hecho —admitió Linda suspirando y sonriendo con timidez—. Lo siento.

—¿Te ha causado algún problema ese tipo? ¿Quieres hablar de ello?

—No y no —dijo Linda—. Ningún problema, nada de qué hablar. Es un amigo de Gary, eso es todo.

Pero no era un amigo de Gary. Era un sinvergüenza despiadado que había entrado en su casa con el propósito de destrozar a su hermano. Ese era el problema. Por primera vez, Linda comprendió que Gary podía estar en peligro.

—Escucha, Kay. Dame cinco minutos antes de que hagas entrar a Eleanor.

—De acuerdo —dijo Kay, cerrando la puerta.

Linda contempló el teléfono. Tenía que llamar a Gary en Somerville y avisarle. Tenía que alertarle contra la «sorpresa» de Matt, y contarle que su querido amigo estaba diciendo cosas terribles de él. Una vez advertido, Gary podría defenderse contra la maldad de Matt, o podría no ir a Braxton.

Su mano se cerró alrededor del auricular y se lo llevó a la oreja. Sus dedos sobre los números vacilaron.

¿Y si Matt estaba diciendo la verdad?

Lo desleal del pensamiento hizo que se le encogiera el estómago y se le llenaran los ojos de lágrimas. ¿Cómo podía ella ni siquiera considerar tal posibilidad?

Pero… ¿Qué había del comportamiento temperamental de Gary, su viaje a Massachusetts sin siquiera decirle a Debbie dónde había estado durante dos días y sus palabras a Linda siempre que ella intentaba ayudar? ¿Y si…?

No. Gary era su hermano. Su única familia. Su amigo y confidente y la persona más querida del mundo. Nadie iba a destrozar su relación con él, ni siquiera Matt Calloway.

Marcó y esperó. Nadie cogió el teléfono. Con un suspiro triste, colgó.

—Lo he intentado, Gary —susurró—. He intentado avisarte. Por favor, por favor, no me evites. Deja que te ayude.

No era que pensara que Gary necesitara ayuda. No que supusiera por un instante que él estaba evitándola. No creía una palabra de la acusación de Matt. Era una mentira.

Gary era todo lo que tenía en el mundo. Si ella dejaba que Matt le quitara su fe en él, no tendría nada.

Capítulo 5

—Escucha —dijo Steve mientras Gary cerraba el maletero de la camioneta que había alquilado—. Si quieres pasar aquí unos días cuando vuelvas de camino al aeropuerto, no hay problema.

—Gracias —murmuró Gary, demasiado ocupado pensando en los límites de su coraje para prestar a Steve toda su atención.

—A Marlene no le importará. Creo que ella piensa que así te tengo para que me hagas compañía. La verdad es que me aburro. Una vez a la semana voy a la oficina de empleo. El resto del tiempo busco trabajo en el periódico y me deprimo. Me animas, Gary. Me gusta tenerte cerca.

—Gracias —dijo Gary esa vez de corazón dirigiéndose al lado del conductor—. Me gusta estar aquí. Marlene y tú sois estupendos conmigo.

—¡Eh, tengo una idea! Podría ir a Braxton contigo. ¿Qué te parece? No tengo nada que hacer ahora, y hace siglos que no veo a Linda.

Gary bajó los ojos y jugueteó con su pie sobre la tierra.

—Tenemos que ocuparnos de algunos asuntos familiares. No es un buen momento, Steve.

—Oh, bueno, dale recuerdos. Y para cuando vuelvas.

Gary subió a la camioneta, le dijo adiós a Steve y arrancó.

Si le hubiera dicho a Steve que no iba directamente a ver a Linda, él le hubiera hecho preguntas para las que él no tenía respuestas. Honestamente, necesitaba coraje, y en ese momento andaba bastante escaso.

Había tenido mucho coraje las dos primeras veces que le habían abordado los matones buscando sus veinticinco mil dólares… coraje o temeridad, dependía de la perspectiva. Al menos no se había rendido de forma inmediata e incondicional. Había sido valiente, sin admitir nada y negándose a hablar hasta su tercera visita, cuando uno de ellos le puso un arma en las costillas y le explicó que si no conseguía pronto el dinero, Debbie Montoya iba a ser una viuda antes de que fuera incluso novia. Quizás una viuda con una fea cicatriz en la cara.

Había estado muy asustado por su propia vida, pero incluso más de que hubieran sabido de la existencia de Debbie y de su relación con Gary. Haría cualquier cosa antes que permitir que un par de gánster hicieran daño a Debbie.

Ahí estaba su límite. Su coraje le había llevado hasta allí.

Cogió la autopista hacia New Hampshire. No tenía idea de adónde iba. Todo lo que sabía era que no podía seguir más tiempo con Steve y Marlene. Sus vidas no eran mejor que la suya; Steve sin trabajo, Marlene desesperada por crear una familia, pero aplazándolo hasta que Steve tuviera trabajo de nuevo. Pero mantenían alto su espíritu. Eran alegres y generosos. Si Steve se encontraba veinticinco mil dólares, sabría hacer algo mejor que quedárselos.

A lo mejor no. A lo mejor, Gary había hecho lo que era normal.

Intentó convencerse de que no había hecho algo tan terrible. Quedarse el dinero había sido, aunque estúpido, comprensible. Ignorar las primeras amenazas de los gorilas que habían ido a recoger el dinero había necesitado estómago. Rendirse al ver un arma apuntando a sus órganos vitales había sido inteligente.

Robar a Matt Calloway…

Un error. Un error desastroso. Había sido lo peor que Gary había hecho en su vida. Pero lo había hecho porque los gorilas habían amenazado a Debbie. Gary no había necesitado más motivos.

Había ido al este para ver si podía solucionar algo con Linda, y para salir de Los Ángeles. Si se quedaba en Los Ángeles, Matt hubiera podido encontrarle antes de que él hubiera encontrado el modo de arreglar las cosas.

Tenía que hablar con Linda. Ella entendería lo que había hecho y la razón y le perdonaría.

No importaba lo estúpido que hubiera sido, no importaba lo que pudiera costarle; ella nunca dejaría de quererle. Ella era su familia.

¿Entonces por qué estaba dirigiéndose al norte hacia New Hampshire en lugar del oeste hacia Braxton? Porque no podía verla hasta que tuviera de nuevo valor y coraje.

Más estupideces por su parte, cargar un coche alquilado a su tarjeta de crédito, conducir a algún lugar donde no conocía a nadie… y tener que pagar con la tarjeta también la habitación de un motel. Se estaba comportando de modo irracional, gastando dinero que no tenía, escapando de todo el mundo a quien importaba. Como si a tiempo recobrara el coraje suficiente para enfrentarse a Linda, quien creía que su hermano no podía hacer nada malo, y pedirle ayuda.

No podía hacer otra cosa. Los bancos no daban préstamos a perdedores de cuarenta años. Debbie… no podía pedírselo a ella. Se sentía ya bastante mal de que dependieran de su sueldo para

terminar el mes. Él quería mantenerla, mimarla, comprarle un enorme anillo de diamantes y anunciar al mundo que era suya. ¿Cómo podía pedirle dinero cuando todo lo que él quería era derramar dinero sobre ella?

Gary sólo conocía a una persona con suficiente dinero para sacarle del apuro. Y ya le había engañado. Si Matt Calloway le encontraba… Preferiría enfrentarse a los gorilas armados. Mejor que le matara alguien que no hubiera sido su mejor amigo durante los doce meses más intensos de su vida.

Linda era la única persona en quien confiaba que pudiera ayudarle a salir de ese lío.

Pero todavía no tenía coraje. Así que continuó hacia el norte, donde la nieve no se había derretido, donde nadie sabía quién era ni lo que había hecho. Siguió en dirección norte, siguió escapando.

A las cinco en punto, Linda dejó su despacho sintiéndose destrozada. Ya era bastante malo que un hombre al que había idealizado desde su preadolescencia hubiera plantado en ella semillas de desconfianza hacia su hermano. Y peor, cuando finalmente había conseguido hablar con Steve en Somerville, él le había dicho que Gary estaba de camino a Braxton, así que iba a tener que verlo sin tener nada claro.

Y peor todavía, había dejado que su angustia por Gary y Matt interfiriera en su trabajo.

Linda tenía clientes que dependían de ella, personas en terrible estado, con sus vidas destrozadas en todo tipo de circunstancias. Iban a su despacho a protestar, a agarrarse a ella, a suplicar ayuda y consejo. Linda tenía un talento natural para escuchar, proporcionando todo el apoyo emocional que ellos necesitaban y encauzándoles en la dirección correcta. Ella ponía su corazón y su alma, al igual que su cabeza, en su trabajo.

Pero esa tarde, había estado demasiado distraída para ayudar a sus clientes. Al principio había sido Eleanor Vespi y después Louise Block, Sue O'Leary y Joey Catalano quienes se habían abierto a ella, ella había murmurado las frases típicas para tranquilizarles y les había indicado las formas obvias de acción, y todo el tiempo sus pensamientos habían vagado en otra dirección, buscando algo en que creer.

—Algunas veces, es difícil saber quién tiene razón y quién no. Algunas veces parece que hay más de una verdad —le había dicho a Sue, que había estado haciéndose la mártir quejándose de lo dura que era su vida y de lo mal que todo el mundo la trataba.

Por desgracia, Linda sabía que sólo había una verdad en lo referente a su hermano y a Matt. Aceptar eso significaba aceptar

que uno de los dos mentía. Ella no podía soportar la posibilidad de que fuera Gary.

Pero durante toda la tarde, esa duda que Matt había plantado en su interior, se negaba a morir.

Pero eso había daba igual ya. Ella ya le había dicho a Matt que se fuera. Cuando llegara a casa, Gary estaría esperándola, preparado a explicarle todo. Sólo esperaba que no estuviera enfadado con ella por haber sido tan considerada con Matt la noche anterior, invitándole a su casa, dándole de comer… deseándole.

Condujo hacia su casa entre el paisaje que se estaba deshelando. Una helada no iba a destruir los narcisos, pero pensar en eso no le producía paz.

Como si le importara. Como si pudiera pensar en la primavera cuando su hermano y su compañero de Vietnam estaban atrapados en algún juego enfermizo y ella estaba en medio.

Cuando llegó a su casa, de lejos vio un coche aparcado fuera. Tenía que ser de Matt, ya que Gary habría metido el suyo en el garaje. Mientras se acercaba reconoció el coche que ella había maniobrado esa mañana.

Para su disgusto, el corazón se le aceleró de excitación al pensar en ver a Matt de nuevo. Rápidamente sofocó esa respuesta traicionera de su cuerpo. Él había ido a su casa sólo para causar problemas. Quizás de algún modo hubiera averiguado que Gary iba de camino e iba a quedarse para tenderle una emboscada.

Un suspiro entrecortado salió de sus labios. Aunque pareciera una tontería, ella hubiera preferido que Matt hubiera regresado a su casa no a por su hermano, sino a por ella.

¿Tontería? Una insensatez era más apropiada. Insensato y peligroso. Sólo porque él tuviera ojos oscuros y profundos, sólo porque haberle tenido la noche anterior en su casa le hubiera recordado todo el tiempo que había pasado desde que ella había pasado una noche sola con un hombre…

¡No, no! ¿Por qué no podía él dejarla sola? Al menos no había bloqueado el camino con su coche. Linda entró dando tumbos sobre las raíces y las piedras, conduciendo muy rápidamente pasando la casa en dirección al granero. Vio a Matt rondando por el porche y le despreció por estar ahí, por desobedecerla cuando ella le había ordenado que se mantuviera apartado. Le odió por desearle sólo con verlo.

Furiosa consigo misma tanto como con él, Linda salió del coche, caminó de prisa hasta el garaje y abrió la puerta. Después de meter el coche, paró el motor y se quedó sentada, preguntándose cuánto tiempo podría seguir escondida en el granero antes de que él fuera a buscarla.

No, mejor pensado no permitiría que él fuera a buscarla. Sería una señal de derrota que ella se quedara sentada comiéndose la cabeza en el granero, negándose a enfrentarse a él.

Salió del coche, cerró la puerta con fuerza y salió rápidamente del granero hacia la casa. Matt bajaba las escaleras del porche, y miró por encima del hombre al oír los crujidos de las maderas.

Dio un paso hacia Linda, luego otro. Ella deseó ser lo bastante valiente para acercarse a él, pero no lo era. Simplemente esperó donde estaba, levantándose el cuello del abrigo y sintiendo que el suelo frío traspasaba las suelas de sus zapatos.

Él continuó cruzando el jardín con pasos largos y seguros, con las manos en los bolsillos de su cazadora de cuero, y los hombros ligeramente hundidos. ¿Por qué no se iba y la dejaba en paz?

—Déjame que arregle tu porche —dijo con voz baja y ronca.

De todas las cosas que podría haber dicho, ésa era una posibilidad para la que ella no había estado preparada. Había estado preparada para decirle que se perdiera y no regresara jamás. Había estado preparada a denunciarle por entrar en su propiedad.

¿Pero el porche…?

Tenía muchos tablones sueltos y estaba inclinado hacia la izquierda. Ella sospechaba que uno de los apuntalamientos estaba derrumbándose. Había pensado en hablar antes con Gary, ya que después de todo era su casa, y pensar en compartir el coste de la reparación con ella. Y después buscar un profesional que le hiciera el trabajo.

No había duda al respecto; había que reparar el porche. Pero no iba a permitir que lo hiciera Matt. Ella no permitiría que él hiciera tareas caseras en un intento por suavizarla. Además, si hacía la reparación tendría que quedarse un tiempo, y eso era algo que ella decididamente no quería.

—Está a punto de derrumbarse —siguió diciendo Matt—. Aún no está muy mal, pero si no te ocupas de ello, será peor.

Si ella hablaba, le temblaría la voz, o podría decir cosas de las que luego se arrepentiría. Simplemente afirmó con la cabeza.

—Anoche me alojaste en tu casa —continuó Matt—. Me gustaría devolverte el favor, y esto me parece un buen modo. Yo trabajo en la construcción, y sé cómo hacerlo bien.

Ella tenía que decir que no. No podía tenerle trabajando en su casa, no después de que hubiera acusado a su hermano de ser un criminal, un mentiroso y un ladrón.

A lo mejor, Matt estaba confundido. A lo mejor le había robado otra persona. A lo mejor Gary estuvo en el lugar preciso en

el momento preciso. A lo mejor había visitado Portland justo cuando otra persona estaba engañando a Matt y…

¡Oh, Dios! ¿Y si era verdad? ¿Y si Gary había robado a Matt?

¿Cómo podía ella ni pensar que…?

Un sollozo llenó su garganta. Intentó tragárselo, pero le subió hasta los labios, exigiendo ser liberado. Se quedó callada, temiendo lo que sucedería si abría la boca.

—No tardaría más de un día en hacer la reparación. Deja que lo haga.

Su oferta no tenía nada que ver con pagarle por haberle hospedado. Tenía que ver con compensarla por las cosas horribles que le había dicho durante el almuerzo. Tenía que ver con ayudarla a aceptar su versión de la verdad, ayudarla a soportarlo.

El sollozo escapó de su boca. Ella se puso las manos sobre los ojos, humillada al pensar en que iba a derrumbarse delante de él. Aunque tampoco podía evitarlo. Era demasiado, no podía con esa tristeza.

Las lágrimas comenzaron, primero sólo una y después una llantina, cayendo entre sus dedos y por sus mejillas. Ella se puso las palmas en la cara y rezó para que un milagro hiciera desaparecer a Matt y así no tener que mirarlo después de eso.

Sintió que Matt la abrazaba, al principio vacilante, y después protegiéndola, apretándola contra él. Igual que sus clientes iban a ella en busca de apoyo, ella iba a él, necesitando algo fuerte y firme.

—Está bien —murmuró Matt—. Dios, lo siento, Linda, lo siento muchísimo.

Ella apretó la cara en su cuello, aspirando el aroma de su cazadora de cuero y a su *aftershave*. Sus manos se relajaron, cayeron de sus mejillas y se sujetaron suavemente a sus hombros. Él la abrazó con más fuerza, rodeándola con brazos sólidos, mientras sus dedos jugueteaban con los mechones de pelo que se le habían salido del moño. Irónicamente, ella se sintió a salvo entre sus brazos. Matt Calloway, el hombre que le había producido todo ese dolor, estaba haciendo que desapareciera, al menos en ese momento.

—Lo siento, Linda —susurró de nuevo contra su frente—. No debía haberte metido en esto. Nunca quise hacerte daño.

Él no estaba haciéndole daño, no en ese momento. El calor de su cuerpo traspasó a Linda. Ella lo sintió irradiando de su boca a su frente, de su pecho hasta sus senos, de sus caderas a las de ella. Ella quería acurrucarse más entre sus brazos, sentir su fuerza rodeándola por entero, protegiéndola de su dolor.

Los labios de Matt rozaron su frente una vez más. Seguro

que él sólo pretendía consolarla, pero ella no pudo evitar aguantar la respiración; oyó su propio gemido de dolor convertirse en un susurro de deseo. Lo deseaba, quería que él la salvara de todas las cosas malas del mundo, de la decepción y la falta de honradez y el horrible destino de perder a otro ser querido.

No podía soportar otra pérdida. Quería que Matt la protegiera del dolor, incluso a pesar de saber que él lo había provocado en primer lugar. Si Gary era culpable como él había dicho, entonces ya lo había perdido. Todo lo que Matt había hecho había sido abrirle los ojos.

A menos que Matt estuviera mintiendo. A menos que él fuera a quien había perdido.

Pero ella nunca le había tenido, por tanto no le podía perder. Todo lo que había tenido había sido un ídolo sin cuerpo, alguien a quien había adorado. Todo lo que había tenido había sido una vieja fotografía y su imaginación a los once años.

—No llores, Linda —murmuro—. Por favor, siento mucho que haya sucedido así.

—Mentiroso —gruñó ella forcejeando suavemente—. No lo sientes —añadió empujándose contra su pecho y haciendo que él la soltara—. Te odio.

—Lo sé.

—Mi hermano es un buen hombre.

—Tengo papeles conmigo que demuestran que no lo es.

—Tira tus papeles —dijo ella demasiado testadura para ceder.

Estaba luchando no contra las acusaciones de Matt hacia su hermano, sino por el calor que él había encendido en su interior. No quería que él lo notara y no quería desearlo.

—No me importa lo mucho que me odies. Tu hermano me robó y voy a encargarme de que se haga justicia.

—Bien. Que se haga justicia. Sal de mi propiedad.

—Linda…

—Tú quieres a Gary, y él no está aquí. Así que vete.

—Pero él vendrá. Antes o después vendrá contigo.

—Eso no te da derecho…

—Linda, por favor —imploró con voz suave—. Tengo pruebas.

Ella respiró profundamente.

—De acuerdo —murmuró demasiado cansada para discutir —. Déjame verlas.

Él entendió claramente lo difícil que había sido su capitulación.

—Las tengo en el coche. ¿Entramos? Aquí hace frío.

Ella no lo quería en su casa. Sabía cómo su presencia podía cambiar la atmósfera, cargarla con una corriente sensual. Si él entraba, ella podía desear que la abrazara de nuevo.

No, ella nunca lo desearía. Nunca. Mientras él no la tocara, mientras ella se centrara en sus pruebas, sus evidencias, en los papeles, que tuviera… mientras recordara que Matt Calloway pretendía acabar con su única familia, ella nunca sentiría más que odio hacia él.

—De acuerdo —dijo Linda—. Entremos.

Él se detuvo junto a su coche. La maleta estaba abierta sobre el asiento. Miró hacia la casa. Ella era apenas visible, sólo un sombra moviéndose en el porche.

Era posible que ella entrara y cerrara la puerta, dejándole fuera antes de que él pudiera alcanzar la puerta. En cierto sentido, ella ya le había dejado fuera.

Excepto… excepto por la forma en que la había sentido al abrazarla, la forma en que ella se había derretido contra él, se había apretado contra él, había enroscado sus dedos en sus hombros y había llorado contra su cuello. Excepto por la forma en que ella se había agarrado a él y había suspirado, despertando todas las células en el cuerpo de Matt, calentando su cuerpo, excitándolo.

Él no debería haberla tocado. Si ella no hubiera empezado a llorar, él no lo habría hecho. Pero ella había llorado y él la había abrazado, y había sentido a Linda frágil entre sus brazos, vulnerable, tan sola en el mundo. Ella estaba sola. Su amante había muerto, sus padres también, su hermano era un canalla… y Matt había querido abrazarla con fuerza y jurarle que mientras él estuviera cerca, ella nunca estaría sola.

Dios le ayudara, la deseaba más que nunca.

Una mirada a su maleta le devolvió a la realidad. Cogió dos papeles y se los metió en el bolsillo. Dos papeles que demostrarían a Linda que su hermano era todo lo que Matt le había acusado ser. Ella iba a despreciarle por tener esas pruebas, por enseñárselos y por obligarla así a admitir la verdad.

Quizá fuera lo mejor. Él no podría tenerla de todos modos. Linda Villard no era el tipo de mujer a la que un hombre podía poseer y luego decir adiós. Matt tenía que olvidarse de ella y centrarse en su último objetivo; encontrar a Gary y hacerle pagar.

Iba a hacer que el bastardo pagara dos veces: una por estafarle a él y otra por estafar a Linda. Matt sospechaba que la falta de honradez de su hermano iba a hacerle a ella mucho más daño y durante más tiempo de lo que le había hecho a él. Él se recuperaría, conseguiría su dinero y se marcharía.

Linda no podía marcharse. El dinero nunca aliviaría su

dolor. Ella sufriría para siempre.

Cerró el coche y miró de nuevo hacia la casa. Linda había entrado, pero había encendido la luz del porche para él.

Matt se dirigió hacia el porche, donde había pasado la mayor parte de la tarde, esperándola. Mientras una hora le había llevado a la otra se le había ocurrido la idea de repararlo. Había examinado los soportes, se había arrodillado para ver la parte interior y decidió que no haría falta mucho, ni en material ni en trabajo.

Quería darle algo a ella… un porche reparado como mínimo. Pero no podía imaginar que ella aceptara nada de él.

Llamó a la puerta suavemente y entonces miró el pomo; Linda había dejado la puerta abierta. Entró, y después de limpiarse los pies en el felpudo de la entrada, se encaminó hacia el brillo de la luz de la cocina.

Linda estaba sentada a la mesa, con la cabeza inclinada, la cabeza descansando en sus palmas y los dedos entrelazados en su pelo. Se había quitado el abrigo y él se fijó en el jersey rosa pastel que llevaba. Le había parecido tan bonita y alegre unas horas antes cuando la había recogido para ir a comer, tan contenta de verlo, tan profundamente deseable…

Sus recuerdos retrocedieron más, al papel rosa que había encontrado esa mañana sobre la mesa, invitándole a que desayunara. Y más atrás, a la noche anterior, a su insistencia en que se quedara en su casa en lugar de salir con la tormenta, en las sábanas crujientes con las que le había hecho la cama, en su sonrisa amable y sus ojos radiantes.

Si ella no le dejaba arreglarle el porche, se volvería loco.

Miró hacia arriba brevemente cuando él entró, y apoyó de nuevo la cabeza entre sus manos. Sin saber qué hacer, Matt se sentó en la silla, enfrente de ella y sacó su evidencia de un sobre de la Compañía Constructora Calloway.

—Aquí está el pagaré —dijo poniendo los papeles frente a Linda—, por dos mil dólares. Ésa es la firma. Y aquí está el cheque que falsificó.

Ella levantó un poco la cabeza, lo suficiente para ver los papeles mientras evitaba la mirada de Matt. Primero se fijó en el folio con el membrete de las Tres Ces con los términos del préstamo de Matt a Gary especificado y las firmas de los dos hombres en la parte inferior. La cantidad del préstamo estaba indicada en dígitos y en letras; no había duda de que eran dos mil dólares.

Matt notó que los dedos le temblaban a Linda mientras bajaba el pagaré y cogía el cheque cancelado por valor de veinte mil dólares, con las, hábiles modificaciones de Gary que Matt le

había indicado. Linda no podía negar lo que estaba viendo.

Con los ojos llenos de lágrimas, dejó el cheque sobre la mesa. Matt no podía soportar el sonido desgarrador de sus sollozos.

Pensó que a lo mejor también podría reparar el techo, las persianas. Todo lo que hiciera falta. Haría cualquier cosa para que no llorara por el idiota de su hermano.

Las lágrimas se deslizaban sobre su piel sedosa, pero ella no emitió un solo sonido.

—Lo siento —dijo él por centésima vez.

Era algo extraño, su imperiosa necesidad de consolarla. De repente, consolar a Linda le había parecido infinitamente más importante que pedir justicia y venganza y dieciocho mil dólares a su hermano. Calmar su dolor era lo más importante del mundo.

—Él no estaba teniendo problemas económicos —susurró Linda—. Debió haber malinterpretado…

—Firmó el pagaré —le indicó Matt—. No creo que malinterpretara nada.

—Él no es un delincuente, Matt. No es un imbécil. Tú debes haberle tendido una trampa o algo así.

—Sabes que no lo he hecho.

—Si hubiera necesitado dinero me lo hubiera dicho —dijo ella con voz temblorosa.

Matt admiraba su lealtad. No importara lo trastornada que estuviera, no dejaba de defender a su hermano.

—Es dueño de esta casa, Matt. Si necesitaba dinero, podía hipotecarla. No tiene sentido.

—¿No sabes dónde está Gary?

Los ojos de Linda brillaron entre la humedad que los cubría. Entonces miró más allá de Matt, hacia la ventana sobre la pila.

—No.

Matt no supo si creerla, pero si estaba mintiendo, no podía culparla. Ella había pasado por mucho esa tarde. Si ocultar durante más tiempo el paradero de su hermano le hacía sentirse mejor, Matt podía aceptarlo. En ese momento, hacer que Linda se sintiera bien era más importante que encontrar a Gary.

—¿Tienes hambre? —preguntó Matt—. ¿Te gustaría cenar algo?

—Oh, no podría…

—Te llevaré a algún sitio. Dijiste que podíamos encontrar un buen restaurante a media hora en coche.

Ella suspiró.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer algo. Podría traer una pizza o algo así. ¿Hay alguna pizzería en la ciudad?

—Una pizza… —dijo ella mirándolo brevemente.

A Matt le pareció que sus ojos estaban más secos, aunque seguía estando pálida.

—¿Te apetece? Iré a por una, y podrás comer todo lo que quieras.

—No tengo hambre. Todo lo que quiero es darme un baño.

—Báñate mientras yo voy a por la pizza. A lo mejor te da hambre para cuando la haya traído.

Ella lo miró de nuevo.

—De acuerdo.

Matt se puso de pie.

—Volveré en seguida. ¿De qué te gusta?

—De champiñón.

Si hubiera querido caviar y trufas, él las habría conseguido.

—De champiñón —prometió él, dirigiéndose hacia la puerta.

—Matt. Llévate la llave.

Él se quedó quieto, entonces se volvió despacio, con miedo de sacar la conclusión equivocada. Uno de los brazos de Linda estaba extendido hacia él, y en la mano tenía la llave de la casa.

Se quedó mirando la llave unos segundos, y después a ella.

—Así podrás entrar si yo sigo en el baño —le explicó Linda.

—De acuerdo —dijo Matt, que consiguió coger la llave sin rozarle la mano.

—Ve a De Vito's en la calle principal. Es la mejor pizzería de Braxton.

—De Vito's en la principal —repitió él—. Hasta luego.

Mientras salía a la noche helada y cerraba la puerta detrás de él, se sintió mejor. Cerró los dedos sobre la llave y la apretó, como si fuera un amuleto, un antídoto, un talismán mágico que podía hacer que todo fuera bien de nuevo.

Linda le había dado su llave. Ella confiaba en él.

Su placer duró poco. Entendió que confiar en él le había costado a Linda su confianza en su hermano.

Sólo podía imaginarse lo profundo del dolor de Linda. Pero haría lo que hiciera falta por consolarla. Él la cuidaría. Le daría de comer y le arreglaría el porche.

Y a lo mejor, ella lo odiaría un poco menos.

Linda no se molestó en echar espuma al agua. No estaba de humor burbujeante. En su lugar echó aceite de baño en el agua humeante, y entró en la bañera de cerámica.

Se hundió despacio en el agua, dándose el tiempo para ajustarse a su elevada temperatura. La había echado tan caliente como se atrevía, esperando que de algún modo el calor la

purificara. Se sentía sucia como si el crimen de Gary hubiera dejado una mancha en ella.

Se le puso la piel de gallina, y poco a poco se suavizó mientras se aclimataba a la temperatura. Apoyó la cabeza contra el borde de la bañera y cerró los ojos.

No podía luchar contra ello más. No podía pensar en nada que justificara los papeles que Matt le había enseñado. Gary era culpable. Había hecho lo que había dicho Matt. Le había robado a un buen hombre una gran cantidad de dinero.

Y en ese momento, según Steve, Gary estaba de camino hacia allí. ¿Qué le diría cuando lo viera?

Entendía la furia de Matt; ella se sentía tan traicionada por Gary como él. Ella había luchado su batalla, había defendido su honor, había creído en él… y él era culpable.

Más lágrimas cayeron por sus mejillas. Dejó que bajaran pos su barbilla hasta el agua. Supuso que al final sus conductos lacrimógenos se secarían. El deshonor de su hermano nunca dejaría de doler, igual que la muerte de Andrew, pero al final, ella estaría demasiado seca para seguir llorando.

—¿Debbie? Soy Gary.

Debbie agitó el vaso de su refrescó y escuchó los cubitos de hielo chocar contra el cristal. Había tenido un mal día en el trabajo y había llegado a casa a un apartamento vacío y estaba furiosa con Gary. Cuando le había llamado la noche anterior, le había dicho que estaba en casa de su amigo Steve en Somerville. No le había dicho por qué se había marchado el domingo y no la había llamado hasta el martes.

Ella quería echarle la bronca.

—Te echo de menos, Debbie —dijo él antes de que ella pudiera abrir la boca.

Dio un sorbo de refresco para evitar gimotear. Ella también le echaba de menos. ¿Cómo podía regañarle cuando los dos se añoraban tanto?

—¿Estás en casa de tu hermana?

Hubo un largo silencio al otro lado. Ella escuchó el sonido del aire acondicionado en su salón. Escuchó el zumbido del motor del frigorífico en la cocina.

Escuchó los cubitos contra el cristal y volvió a enfurecerse.

—No es una pregunta tan difícil, Gary —dijo con sarcasmo.

—No estoy en casa de Linda.

—¿Dónde estás?

—Estoy en Nashua.

—¿Dónde?

—En Nashua, New Hampshire. Escucha, Debbie, todo está

tan liado. Yo sólo… sólo quiero que sepas lo mucho que te quiero… Iré a casa de Linda. Aún no puedo ir. Todo es un lío. Necesito aclararme la cabeza antes.

—Ya lo creo —murmuró Debbie.

—Escucha, cariño, no has… no has tenido noticias de ningunos hombres extraños, ¿verdad?

—¿Qué?

—No lo sé, llamadas extrañas o algo así.

—Ésta es la llamada más extraña que he tenido en meses.

Él se rio, pero no sonaba muy feliz.

—Te amo, Debbie. Necesito saber que estás bien.

—Claro que estoy bien. ¿Por qué no iba a estarlo? Estoy de pie en la cocina de nuestro apartamento, y tú estás Dios sabe dónde. Sí, he tenido noticias de un hombre extraño hoy. Entró en la tienda y preguntó si vendíamos palillos de dientes de diseño. Dijo que había oído que los vendíamos y quería comprar doscientos dólares en palillos de dientes. A mí me sonó muy extraño.

—Estupendo —respiró aliviado Gary—. ¿Entonces no ha habido nadie que te lo haya hecho pasar mal?

Debbie recordó los silbidos que le habían lanzado un par de jóvenes de Chicago después de trabajar esa tarde, cuando ella se dirigía a su coche aparcado detrás de la *boutique*. Habían hecho algunos comentarios sobre sus piernas, el tipo de comentarios que podrían ser interpretados como groseros o aduladores o ambas cosas. Los chicos le habían gritado en español y ella entendió casi todo lo que dijeron. Su padre había nacido en Estados Unidos y raramente hablaba español en su casa, pero siempre tenía unas cuantas frases para su madre, expresiones latinas de apreciación de su figura, de su forma de andar y de sus bonitos labios rojos.

Debbie debió haber hecho callar a los muchachos. Pero secretamente disfrutó de sus silbidos y gritos. Ella sabía que se dirigía a su casa a un apartamento vacío, que su novio estaba a miles de kilómetros de distancia, y que no había nadie cerca para llamarla «bonita».

—¿Cuándo vuelves a casa, Gary? —preguntó, sin preocuparse si sonaba impaciente.

—Tan pronto como pueda, te lo prometo. No habrás tenido noticias de nadie llamado Matt, ¿verdad?

—¿Matt?

—Matt Calloway.

—Oh, sí… llamó. ¿Cuándo fue? Creo que el lunes.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que ibas a visitar a tu hermana.

—Estupendo —dijo Gary, enfadado—. Estupendo.

—De acuerdo, no estás en casa de tu hermana. Yo no lo sabía. Dijiste que ibas…

—No, está bien. No importa. Lo solucionaré sin Linda.

—Escucha —dijo Debbie, cansada de sus frases y preguntas enigmáticas—. Soluciona lo que quieras solucionar. Soluciónalo con Linda, soluciónalo con tus amigos de Somerville o con Matt Cómosellame y los hombres extraños. No quiero volver a hablar contigo hasta que lo hayas solucionado, ¿de acuerdo?

—No digas eso, Debbie. Te quiero.

—Ése es tu problema. Supongo que también vas a tener que solucionar eso.

—Te quiero de verdad —insistió él con tono suplicante—. A lo mejor nunca me creerás, pero pase lo que pase, lo hice por ti. Por nosotros dos.

—¿Hiciste qué?

Otro silencio largo.

—Será mejor que me vaya. Algún día seré suficiente para ti.

Ella le oyó colgar y ella colgó también. Se terminó el refresco y deseó que tuviera algo de alcohol.

¿De qué estaba hablando Gary? Él era más que suficiente para ella… Ojalá estuviera donde se suponía que tenía que estar y no huyendo por un capricho y hablándole en clave por teléfono. Sería suficiente si pasara menos tiempo soñando en ser mejor y más tiempo reconociendo todas las cosas buenas que había entre ellos. Ella lo quería, él la quería… ¿qué más necesitaban?

Sólo semanas antes, las cosas habían sido fenomenales. El jefe de Gary les había pagado a sus conductores primas atrasadas, y de repente Gary se había encontrado con mucho dinero para gastar. Y entre los dos lo habían pulido. Habían ido al hipódromo. Habían comprado la televisión nueva. Gary había conseguido que uno de sus clientes habituales, un famoso, le consiguiera entradas para los dos en uno de los más populares restaurantes de la ciudad, donde la factura que pagaron fue casi tan cara como el precio de la televisión nueva.

—Es una gratificación —había dicho Gary siempre que Debbie sugería que debían ahorrar un poco—. Disfrutémosla. La merecemos.

Así que la habían disfrutado.

¿Qué había pasado? ¿Por qué habían pasado las cosas de muy bien a muy mal tan rápidamente? Si la gratificación se había gastado pues se había gastado. Ellos se habían divertido y aún tenían la televisión y muchos recuerdos. A lo mejor al año siguiente habría otra. ¿Era ésa una razón para que Gary se marchara?

¿O se trataba de su malhumor?

Al diablo. A ella no le importaba. Ella tenía una vida. Un par de jóvenes atractivos del aparcamiento habían pensado que ella era guapa. No necesitaba la basura de Gary.

¿Entonces por qué estaba llorando? ¿Por qué estaba de pie en su cocina limpia y agradable, con un vaso vacío en la mano y lágrimas cayendo por sus mejillas?

Capítulo 6

Matt iba de vuelta por la carretera serpenteante hasta la casa de Linda, con una caja plana y blanca descansando en el asiento a su lado y una bolsa conteniendo seis botellas frías de cerveza en el suelo. El coche estaba impregnado de olor a tomate, orégano, champiñones y queso fundido. Esperaba que Linda hubiera recuperado el apetito. Él se moría de hambre.

Aparcó delante de la casa, y no se preocupó de no bloquear su salida del garaje, ya que no iba a pasar la noche en esa casa de nuevo. Sólo se quedaría lo suficiente para asegurarse de que ella estaba bien, y después regresaría a la ciudad para coger una habitación en el Braxton Motor Inn.

Paró el motor, cogió la pizza y la bolsa y salió. Abrió la puerta de la casa y entró. Las luces de la cocina y del pasillo de la segunda planta estaban encendidas.

—¿Linda? —gritó de camino a la cocina.

No estaba allí. Matt dejó la pizza y la llave en la mesa, sacó la cerveza de la bolsa y las dejó dentro del frigorífico. Después se quitó la cazadora y la dejó en el respaldo de una silla.

—¿Linda? Ya he vuelto.

Silencio.

Matt regresó al vestíbulo, al pie de las escaleras.

—¿Linda?

Nada.

Empezó a asustarse. Cuando él la había dejado ella había estado muy turbada. A lo mejor había hecho algo dramático… escapar, terminarse la botella de brandy y quedarse borracha y dormida, ir a la policía…

A lo mejor había aparecido Gary, y se habían ido juntos.

Matt subió hasta la mitad de las escaleras, se detuvo y gritó de nuevo.

—¡Linda!

Nada.

Subió el resto de las escalones corriendo, de dos en dos.

Entonces retrocedió y se apoyó contra la pared, cerrando los ojos contra la visión fugaz del cuerpo delgado y brillante de Linda. En el instante antes de que ella hubiera cerrado la toalla a su alrededor, él lo había visto todo… sus preciosos hombros, sus pechos duros y firmes, la hendidura de su ombligo, el triángulo de rizos rojizos estrechándose bajo su abdomen.

El corazón seguía latiéndole deprisa, pero no de miedo.

Se quedó donde estaba, con la pared apretada con fuerza contra el papel floreado. Sentía que le ardía la piel y le dolían los músculos. La deseaba, la deseaba más de lo que deseaba justicia y venganza… más que nada de lo que le había hecho ir por primera vez a esa casa. Quería tocar esa piel dorada suavizada por el baño, besar esos pechos redondos, deslizar sus dedos por el triángulo de rizos entre sus piernas, abrir su cuerpo de la forma en que la llave que ella le había dado había abierto su puerta. Quería meterse en ella, explosionar en su interior, producirle a ella tanto placer que nunca le odiara por hacer trizas a su hermano.

Definitivamente esa noche iría a dormir a la ciudad.

A través de la puerta abierta no se oyó ningún sonido. A lo mejor ella estaba tan estupefacta como estaba él. A lo mejor estaba avergonzada, mortificada, furiosa. A lo mejor en cuanto se vistiera le abofetearía.

—¿Matt?

Su voz estaba amortiguada, como si llegara desde una gran distancia.

—Yo… yo estaré abajo —murmuró él apartándose de la pared y dirigiéndose muy tenso hacia las escaleras.

Cuando llegó al último escalón, su cuerpo casi había vuelto a la normalidad.

Casi. Pero entonces, él tontamente cerró los ojos y se la imaginó de nuevo, con sus curvas, sus pezones y sus caderas, lo suficientemente anchas para encajar entre las manos de un hombre…

Y su temperatura se acumuló de nuevo en la zona peligrosa.

Linda caminó descalza sobre la alfombra hacia la puerta y la cerró. Entonces soltó un suspiro largo y tembloroso.

Él no la había visto. No podía haber sido. Ella se había tapado con la toalla antes de haber salido del cuarto de baño, ¿verdad? Todo lo que él había visto había sido meterse la esquina de la toalla para sujetarla. Estaba segura.

Pero aún así se sentía tensa. El baño le había ayudado a relajarse algo, pero no lo suficiente.

Había estado en la bañera, preguntándose qué sucedería si Matt y Gary se encontraban en la puerta. ¿Se pelearían mientras ella estaba escondida dentro, mojada y desnuda? Después, ¿se suponía que tendría que recoger ella los pedazos y vendar sus heridas? ¿Querría ella volver a tener algo que ver con cualquiera de los dos de nuevo?

¿Cómo podía haber cometido Gary un acto tan atroz? ¿Cómo podía haberle hecho algo así a Debbie, y a sí mismo, y a

Matt?

Tenía que haber una razón, algo más significativo que una depresión por la edad y unas pocas alteraciones en su humor. Algo debía haber sucedido, algo tan espantoso que no había podido recurrir a su novia ni a su hermana en busca de ayuda. Algo tan terrible que sintió necesario engañar a un hombre que le había salvado la vida veinte años antes, un hombre a quien debía su vida.

Ojalá lo hubiera sabido ella. Ojalá hubiera podido ayudar a Gary antes de que fuera tarde.

Sacó un par de vaqueros desgastados, calcetines gordos y un jersey viejo. ¿Qué más daba que se pusiera su mejor jersey verde para Matt? ¿Qué más daba que le causara una buena impresión? Los dos estaban por encima de eso.

Después de haberse cepillado el pelo, bajó las escaleras y entró en la cocina. La habitación olía a especias. Junto a la caja de la pizza estaba el cheque y el pagaré que su hermano había firmado. Poniendo mal gesto, salió de la cocina.

Encontró a Matt en el salón encendiendo el fuego. *Dinah* estaba sentada a su lado, moviendo la cola de un lado a otro mientras observaba sus esfuerzos. Matt encendió una cerilla y la puso junto a unos periódicos arrugados bajo un leño, entonces se echó hacia atrás apoyándose en sus talones para ver los resultados de su esfuerzo. Las llamas subieron muy altas, y el leño prendió. Matt añadió otro tronco al fuego.

Dinah pareció aprobarlo. Se arqueó estirando el cuerpo. Linda se dio cuenta de que había olvidado darle de comer.

Iba a salir del salón cuando Matt se levantó y se aclaró la garganta.

—Espero que no te importe que haya encendido el fuego.

—No, claro que no. ¿Ha habido alguna noticia de Gary?

—¿Va a venir aquí?

Ella recordó la conversación con Steve esa tarde. Había dicho que Gary estaba de camino a Braxton, pero sólo Dios sabía si Gary le había mentido, igual que a todo el mundo.

—No lo sé —dijo Linda, contenta de que fuera la verdad—. Bueno, tengo que preparar la cena de *Dinah*, y después, si quieres, podemos comernos la pizza aquí.

Linda no podía soportar la idea de comer en la mesa de la cocina. El pagaré y el cheque estaban allí, condenando a Gary, contaminando toda la habitación.

—Pues cenamos aquí.

Linda no tardó mucho en llenar los cacharros de *Dinah* con comida y agua. Abrió el frigorífico en busca de bebidas y vio la cerveza.

Abrió dos botellines, cogió un par de platos y la caja de pizza y regresó al salón. Matt estaba arrodillado delante del fuego de nuevo, añadiendo otra madera a las llamas. Al entrar Linda, se levantó y cruzó la habitación para ayudarla.

Sus manos se rozaron cuando él cogió las cervezas y Linda volvió a sentirse excitada.

No estaba a salvo con él. No podía permitirse sentirse excitada con él.

Ella se sentó tan lejos de él como pudo y Matt le dio un plato con un trozo de pizza. El brazo del sofá se le clavaba en la espalda. Levantó el trozo de pizza, entonces volvió a ponerlo sobre el plato y suspiró.

—¿Estás bien? —le preguntó Matt.

—Estoy bien —dijo Linda, forzándose a dar un bocado a su pizza.

Él la miró. Ella estudió la pizza, el fuego, las estanterías… cualquiera cosa para no mirarlo.

—No debí haberte metido en eso.

—Sí, debiste —dijo Linda con tono tranquilo y resignado—. Gary es mi hermano. Lo que haga me importa mucho.

—Tú sabes dónde está, ¿verdad?

—Realmente no —insistió dando otro bocado forzado—. Por favor, no me preguntes de nuevo —dijo dejando el plato en la mesa y cogiendo su cerveza.

Suponiendo que Gary no apareciera en la hora siguiente, a lo mejor la llamaba y le comunicaba sus planes. Si ella averiguaba dónde estaba y se lo contaba a Matt, él seguramente abandonaría Braxton.

Se recordó que eso sería lo mejor. Mejor tener a Matt persiguiendo a Gary que esperando allí, haciéndola añorar el calor de sus brazos, haciéndola recordar lo fuertes y sólidos que los había sentido, lo suavemente que sus labios habías susurrado contra su pelo.

No, no, tenía que dejar de pensar en esas cosas…

—Háblame de Vietnam —dijo Linda.

Su petición repentina pareció sorprender a Matt. La miró de reojo y dio un trago largo de cerveza.

—No es mi tema favorito.

—Háblame de todos modos. Háblame de lo que había entre Gary y tú entonces.

Matt dio otro trago de cerveza, entonces dejó la lata en la mesa y se inclinó hacia delante, apoyando sus codos en las rodillas y mirando la luz brillante del fuego.

—Éramos amigos —dijo finalmente.

Ella esperó pacientemente, sabiendo que había mucho más aparte de eso. Como él había dejado de mirarla, ella se sentía a salvo mirándolo. Se fijó en la rigidez de su mandíbula, la expresión seria de sus labios, las llamas del fuego reflejadas en sus ojos.

—No creo que nunca haya tenido amigos tan íntimos como éramos nosotros cuatro. Nos unimos en seguida. No era una situación normal, pero… Lo que tuvimos fue especial.

—Para Gary lo eras todo.

Matt asintió.

—Todos pensábamos así de cada uno. Y en verdad lo éramos.

—¿Salvaste realmente la vida de Gary? ¿Literalmente?

Matt la miró.

—Sí.

—¿Cómo fue?

Él suspiró, y entonces volvió a mirar el fuego.

—Estábamos patrullando, y él estuvo a punto de entrar en un claro. Era una granja abandonada, puede que treinta o cuarenta acres sin cultivar. De repente tuve la extraña intuición de que el campo estaba minado, y detuve a Gary antes de que entrara.

—¿Y estaba minado?

—Sí. Tiré algunas piedras al claro y accionaron la mina.

—Gary debió quedarse colmado de gratitud.

—Recuerdo que Gary hizo una broma, dijo algo sobre que ya estábamos igualados.

—¿Porque él salvó tu vida?

—Sí.

—Cuéntamelo.

Ella estaba desesperada por oír cosas buenas de su hermano, desesperada por demostrar que, a pesar de lo que le había hecho a su hermano unas semanas antes, no era completamente malvado.

Matt se acabó con lo que quedaba de su pizza, cogió su cerveza, y se echó hacia atrás en el sofá, apoyando un pie en la mesita.

—Tu hermano era muy hábil. Todos teníamos nuestra fuerza, y la fuerza de Gary conseguía hacer cosas. Siempre conocía a alguien que podía arreglar algo para que las cosas nos fueran mejor, o nos conseguía algún privilegio especial o robaba algunos dulces cuando más los necesitábamos. No lo sé, a lo mejor era un estafador desde entonces.

Linda debió haberse enfadado, pero no lo hizo. La cerveza, el fuego, los recuerdos de Matt, todo funcionaba junto para suavizar sus nervios más efectivamente de lo que lo había hecho el baño.

—Una vez, no sé cómo lo hizo, averiguó que mi nombre

estaba en un listado. Me habían asignado a lo que terminó siendo una misión suicida. Los nombres se eligieron al azar y yo terminé allí. Gary se movió, hizo tratos y habló y lo siguiente que supe era que mi nombre salió de la lista.

—¿Entonces te salvó de una misión peligrosa?

—¿Peligrosa? Cada soldado de esa lista regresó a casa siendo una estadística. Si no hubiera sido por Gary «Matthew Calloway» habría sido sólo otro número.

Matt se quedó un minuto callado, sumido en sus pensamientos, y cuando volvió a hablar, lo hizo con tono pensativo.

—Era un negocio extraño, Linda. Es difícil explicárselo a alguien que no estuvo ahí, pero… Cuando estás allí, gastas toda tu energía haciendo apuestas con la suerte. No tiene nada que ver con la habilidad, inteligencia ni nada de eso. Sobrevivir es sólo una cuestión de lotería.

Matt bebió más cerveza, y entonces dejó la botella sobre la mesa.

—Allí quisimos servir a nuestro país, quisimos luchar por la libertad y todo eso. Pero después de unas semanas, todos cambiamos. Todo lo que importaba era sobrevivir y regresar a casa. No tenía nada que ver con el patriotismo. Era todo cuestión de suerte. Y Gary… Había algo en él, tenía una forma de mover las cartas de forma que se ganaba más que se perdía.

Linda digirió las palabras de Matt. Era cierto, Gary siempre había tenido talento para solucionar las cosas. Después de regresar a casa de la guerra, había sido el aliado de Linda en sus constantes batallas con sus conservadores padres. Por entonces habían tenido casi sesenta años, con sus manías, quejándose perpetuamente de los toques de queda y de la música alta, y después, negándose rotundamente a que Linda se marchara a la universidad. Pero Gary había arreglado las cosas, sacó unos cuantos trucos de su sombrero y convenció a sus padres de que dejaran a Linda ir a la universidad de Boston.

—¿Qué más? —preguntó Linda, acurrucándose en la esquina del sofá, enroscando las piernas bajo ella y poniéndose un cojín en la espalda—. Cuéntame más.

Matt pareció darse cuenta de que ella necesitaba aferrarse a algo positivo sobre su hermano.

—Bueno, hay más de un modo de salvar una vida. La mitad del tiempo que estuvimos allí hubiéramos muerto por puro aburrimiento o por lo irracional de lo que estábamos haciendo. Pero los cuatro, Jimmy y Darryl y Gary y yo… Nos manteníamos cuerdos los unos a los otros, y eso era parte importante de mantenerse vivo.

Linda se sintió como si tuviera once años de nuevo,

muriéndose por compartir las aventuras dramáticas de Gary.

—Las cartas de Gary siempre eran alegres y optimistas —dijo Linda—, llenas de noticias sobre viajes a Saigón o descripciones de la comida nativa… y descripciones de ti y de los otros. Las cosas tuvieron que ser muy duras para él, pero nunca se quejó ni dijo que estaba asustado. La única forma por la que yo supe la verdad fue por lo que escribió sobre ti.

—¿A qué te refieres?

Cerró los ojos y recordó los papeles arrugados con la letra desordenada de Gary. ¿Dónde estaban sus cartas? ¿Dónde las había guardado?

No importaba. Ella recordaba lo suficiente.

—Me contó que si alguno veía fantasmas, tú eras el hombre que les hacía poner los pies en la tierra. Me contó que si alguno tenía pesadillas, tú eras quien le sacudía para despertarle y hablabas para calmarle. Él nunca me dijo directamente que él veía fantasmas y tenía pesadillas, pero yo asumí que era él.

—Todos veíamos fantasmas.

—Tú no —insistió Linda—. Tú eras la roca.

—A lo mejor era porque me guardaba mis demonios para mí mismo mejor que los otros.

—Él dijo que tú siempre interpretabas a los nativos mejor que los otros. Si algún vendedor ambulante se acercaba intentando vender bobadas, tú siempre sabías si el vendedor era auténtico. Me escribió que una vez pensaste que un vendedor era realmente era un enemigo intentando pasar clandestinamente explosivos al campamento. Gracias a ti le arrestaron antes de que pudiera hacer ningún daño.

Matt se encogió de hombros. Aparentemente, él no recordaba su vida tan bien como Linda recordaba las cartas que había recibido. Sin sonreír, terminó su cerveza y la dejó sobre la mesa.

—A lo mejor era bueno leyendo a la gente. Pero obviamente ya he dejado de serlo.

Linda pensó que se refería a Gary. Habían vuelto al presente, a la amargura. Ella deseaba volver al pasado, oír a Matt contarle más cosas sobre lo bien que habían ido las cosas entre él y su hermano. Pero el pasado había dejado de ser relevante. La nostalgia había desaparecido, dejando sólo furia y dolor.

—¿Quieres otra cerveza? —preguntó Linda.

—No, tengo que irme.

Ella quería suplicarle que se quedara, que la ayudara a olvidarse del presente, de la verdad.

—¿Adonde irás?

—Al motel de la ciudad.

—De acuerdo.

Linda se recordó que sería mejor que él se marchara. Si se quedaba, ella querría acurrucarse entre sus brazos y escuchar todas las historias felices que él pudiera recordar. Querría que le rozara la frente con los labios de nuevo, y decirle que todo estaba bien.

Él no podía hacer eso. Ella no podía permitirse desearlo.

—¿Sabes cómo llegar? —preguntó Linda.

—Pasé por ahí de camino a la pizzería —contestó poniéndose de pie—. ¿Quieres que te ayude a recoger primero? —preguntó haciendo un gesto hacia la pizza y los platos sucios.

Linda se puso de pie también.

—No.

—Bueno —dijo él dirigiéndose a la cocina y regresando al instante con su cazadora—. ¿Me avisarás si aparece Gary?

Ella lo miró. Sin el fuego para iluminarlos, sus ojos le parecieron infinitamente oscuros.

—No lo sé —murmuró.

Una sonrisa triste cruzó los labios de Matt y desapareció. Pareció apreciar su honestidad, aunque no le hubiera gustado la respuesta.

—Cuídate, Linda —murmuró saliendo por la puerta.

Linda tenía que cuidarse sola, porque nadie iba a cuidarla. Nadie iba a ayudarla a soportar su tristeza. Nadie iba a cogerla entre sus brazos y a decirle que todo estaba bien.

Nada estaba bien. Y ella iba a tener que enfrentarse sola a la realidad.

Cuando ella le había dicho que el Braxton Motor Inn no era el Ritz, no había estado bromeando. La habitación era triste y sin vida, decorada con muebles contrachapados y con el suelo de moqueta color mostaza con quemaduras de cigarros. El radiador hacía un ruido metálico y el espejo sobre la cómoda estaba agrietado, deformando todo lo que reflejaba. Matt se felicitó por haber tenido la idea de ir a la tienda de licores antes de ir al motel. La botella de whisky que había comprado le iría muy bien.

Ya había llamado a Jean en Portland, pillándola justo antes de que se marchara de la oficina al final de su jornada. Ella le aseguró que la compañía marchaba bien. Habían recibido los últimos pagos del hospital. Pero ella seguía sintiéndose culpable por haber aprobado accidentalmente la transferencia de fondos para cubrir el cheque que Gary Villard había falsificado.

Matt le había dicho que dejara de ser tan dura consigo misma, después colgó y se sirvió medio vaso de whisky en uno de los vasos envuelto en plástico sanitario que había en el lavabo. Dio

un sorbo, sintió el líquido entumecer su garganta y se puso a mirar por la ventana al aparcamiento. Las farolas daban un resplandor anaranjado al asfalto y a la pared del taller de coches que había enfrente del motel. Estiró el cuello para ver si el sonido de goteo que oía era causado por nieve derretida cayendo del tejado del motel, y se dio cuenta de que procedía de su cuarto de baño. Entró en la minúscula habitación, que olía un poco a desinfectante y descubrió que el grifo de la ducha goteaba. La apretó tanto como pudo, pero continuó cayendo agua.

Salió del cuarto de baño y se tumbó en la cama. Dio otro trago de whisky y dejó el vaso en la mesita de noche. Miró hacia el techo con manchas de humedad y pensó en la casa de Linda, la cómoda habitación de invitados, la vista bucólica desde la ventana. Pensó en el papel de la pared color miel, las cómodas alfombras, las molduras antiguas que enmarcaban cada pared.

Pensó en poner la mano en la moldura de la puerta de su dormitorio y verla.

Era una tortura, pero no podía dejar de imaginarse su piel suave y cremosa, sus curvas femeninas, sus pezones rosados antes de que ella se tapara con la toalla. No podía borrar de su mente los contornos de sus muslos…

Soltó una palabrota y cogió el whisky.

«Piensa en Gary» se ordenó. La única forma de contrarrestar las visiones eróticas de Linda era revivir su furia con su hermano.

Pero cuando intentaba pensar en Gary, su furia era apartada por otras emociones. No debió haberle hablado a Linda de los buenos momentos que había compartido con Gary. No debía haber cedido a recordar el pasado. Pero esos recuerdos habían sido anulados por la traición de Gary. Habían dejado de importar.

Aún así, una vez despiertos, no podía ponerlos a dormir de nuevo. Le perseguían.

—Tienes que salir de esa lista, Calloway —había dicho Gary —. No puedes ir a esa misión.

Matt se había reído. El acento de Gary siempre le hacía pensar en los Kennedy. Tenía calidad y riqueza.

—No te rías. En ese viaje va a morir gente. ¿Quieres que saque tu nombre de la lista?

—Suponiendo que tengas razón y sea un viaje sin retorno, ¿cómo vas a quitar mi nombre?

—Magia, Calloway. ¿Recuerdas esos puntos en la planta de tu pie?

Matt sintió cierta aprensión. Había oído cosas de tipos que se herían seriamente para evitar el combate, pero él no iba a sacrificar su pie por una premonición de Gary.

—¿De qué puntos hablas? ¡Yo no tengo nada en el pie! No te inventes algo así y no te atrevas a cortarme el pie, Villard. Si lo haces, te juro que te cortaré partes del cuerpo sin las que no querrías vivir.

—Tranquilo, Matt. Tus puntos están en el pie de Rusty Becker.

—¿Qué?

—Sólo tengo que cambiar de sitio un par de archivos médicos y ¡ya está! Tu archivo tendrá dentro los daños de Rusty metidos por error, aunque nadie sabrá eso último claro, y los médicos harán que te quedes cuando la misión tenga lugar.

—Gary, te van a ahorcar si te pillan jugando con los archivos médicos.

—Bah, O'Reilly me debe un favor. Le pasé clandestinamente una botella de tequila. Me debe una.

—No deberías gastar tus favores conmigo.

—¿Como que no? Somos hermanos. Todos para uno y uno para todos. Te sacaré de ese listado, Matt.

«Somos hermanos», pensó Matt contemplando el techo y escuchando el goteo continuo del grifo. Habían sido hermanos, y Gary había sacado a Matt de esa lista.

¿No valía su vida dieciocho mil dólares? ¿No podría perdonar a Gary?

No era el dinero. Darle diez dólares a un pobre en la calle no le habría preocupado más que darle dieciocho mil dólares a Gary. El dinero nunca le había importado tanto como la confianza. La confianza rota.

Después de haber regresado a su casa de Vietnam, había sido muy difícil confiar en alguien. Ellie se había echado sobre él, charloteando sobre su boda, la casa que comprarían en la ciudad, el modo en que Matt volvería a encajar en la comunidad. Cuando él intentó describirle lo que había visto, por lo que había pasado, ella no había querido escuchar. Él no pudo confiar en ella para compartir su dolor, para ayudarle a reajustarse al mundo real.

Pero nadie más había querido escucharle. Ni su familia, ni sus vecinos. Ni sus compañeros de estudios cuando había empezado la universidad, esos muchachos que lo miraban horrorizados, como si él hubiera pasado todo el tiempo en Vietnam matando niños y quemando aldeas. Ni sus profesores, que se aferraban a sus teorías y no querían oír nada contradictorio. Y tampoco Ellie con el tiempo, que estaba demasiado preocupada con sus propias quejas para preocuparse por las de Matt de un modo u otro.

Él no había empezado a confiar de nuevo hasta que había fundado las Tres Ces. Al final pudo confiar en su jefe porque él era

el jefe. Nadie más hablaba por él, nadie más tomaba decisiones por él. Él nunca más terminaría en la lista equivocada debido a un accidente del destino.

Había necesitado mucho tiempo. Mucho tiempo para recobrar su fe. Y de nuevo la había perdido.

Llenó de nuevo el vaso con whisky, apagó la luz de la mesilla y dejó que la luz salmón del aparcamiento entrara en la habitación. Por lo que él sabía, Gary podría estar con Linda en ese momento. Ella había sido honesta y había admitido que no estaba segura de avisarle si Gary aparecía en Braxton. Podía confiar en ella lo suficiente para saber que no podía confiar en ella.

Pero ella tampoco confiaba en él, al menos no en lo referente a su precioso hermano. Ella confiaba en Matt lo suficiente para llorar entre sus brazos y para prestarle la llave y para dejarle vagar por su casa mientras ella se bañaba. Ella confiaba lo suficiente para permitir que le llevara una pizza y encendiera un fuego en su chimenea. Confiaba en él lo suficiente para quedarse sola en la casa con él, incluso a pesar de que en eso no debiera haber confiado.

Los problemas que él podría causarle a Linda eran mucho peores que cualquier cosa que él pudiera hacerle a su hermano. ¿Estaba ella más ansiosa de proteger a Gary que a sí misma? ¿Por qué no era lo suficientemente inteligente para entregarle a Gary y salir de su vida?

¿Por qué no podía confiar en él un poco más… o un poco menos?

Capítulo 7

Linda llegó a su trabajo a las once y media, sintiéndose pachucha. El día estaba nublado pero era cálido. A pesar de las temperaturas suaves, ella se había puesto pantalones de pana y un jersey gordo.

Los jueves los pasaba visitando a sus cuentes en sus casas. Por las mañanas se dedicaba a las madres solteras que estaban bajo la asistencia social; las inspecciones obligatorias para asegurarse de sus apartamentos eran limpios y seguros para sus bebés. Las tardes las dedicaba a internos: dos ancianas que necesitaban bastones para caminar y un hombre en silla de ruedas.

Normalmente, Linda disfrutaba de los jueves al aire libre. Le gustaba ver clientes en el césped. Ellos se sentían normalmente más relajados lejos de la burocracia del centro, y ella podía recoger más datos sobre sus vidas.

Pero esa mañana no había disfrutado en sus visitas. Había dormido muy poco y estaba demasiado tensa, y le suponía un gran esfuerzo apartar las preocupaciones de su cabeza y prestar total atención a sus clientes.

Gary aún no había aparecido. Ella había esperado la mitad de la noche despierta a que llegara, y cuando llegó a la conclusión de que no iría, era demasiado tarde para llamar a Steve en Somerville.

Antes de haber sabido lo que había hecho su hermano, a Linda no le habría importado su inexplicable ausencia. Pero en ese momento, todo lo que hacía, como no ir a Braxton después de decirle a Steve que iría, le parecía una monstruosa evidencia que le condenaba.

Estaba enfadada con Steve, y con Matt por llevar esa tristeza a su vida. Y sobre todo estaba enfadada consigo misma por no odiar a Matt. Por no ser capaz de echarle con sus papeles incriminatorios. Por permitir que menguara el amor por su hermano. Estaba molesta consigo misma por seguir despierta mucho después de que hubiera decidido que Gary no iba a aparecer, reviviendo el modo en que Matt la había abrazado, la forma en que sus labios habían rozado su pelo y su frente. La forma en que la había mirado… como si supiera lo mucho que le atraía él a Linda.

A lo mejor, haber estado sola durante tanto tiempo aumentaba el atractivo de Matt a sus ojos. A lo mejor había estado demasiado tiempo sin que la tocara un hombre y el abrazo más

inocente despertaba todo tipo de pasiones dormidas dentro de ella. Gary no dejaba de decirle que tenía que conocer más gente, apartar a Andrew de su cabeza, y permitirse algo de diversión despreocupada.

Pero ella no podría tener eso con Matt. No cuando él estaba detrás de cazar a su hermano.

Aparcó su coche en el aparcamiento adyacente a la clínica y se dirigió a la acera, intentando animarse. Tenía que poner cara alegre delante de Kay, o ella le haría preguntas que Linda no quería responder. De todas formas no estaría mucho tiempo en la oficina. Sólo quería recoger el correo, sus mensajes y su calendario de citas y…

¡Oh, no!

Matt estaba de pie en el último escalón, delante de la puerta de cristal. Tenía el cuello de la cazadora subido y las manos en los bolsillos, y estaba mirándola.

Ella no quería verlo. No sabía qué decirle. No había duda de que él sólo estaba interesado en si su hermano había llegado o no a la ciudad.

Matt estaba usándola. Ella lo sabía y no le gustaba.

Matt llegó al escalón más bajo al mismo tiempo que ella y los dos se quedaron mirándose bajo el cielo gris.

—Hola —dijo él—. La recepcionista me dijo que a lo mejor venías a la hora de almorzar.

—Bueno, pues aquí estoy.

—¿Tienes tiempo para comer en un lugar mejor que esa cafetería del otro día?

Linda no se esperaba una invitación para comer, y no supo cómo reaccionar. Hubiera preferido que él simplemente se hubiera ceñido a lo que le interesaba, le hubiera preguntado por Gary y se hubiera marchado, antes de que ella se derritiera bajo sus ojos y su sonrisa.

—Tengo una bolsa con comida en mi coche —dijo Linda.

—Entonces cogeremos el mío —dijo él sacando su mano del bolsillo y poniéndola en su brazo.

El cuerpo de Linda respondió al gesto natural con demasiada fuerza, pero apartar el brazo revelaría lo mucho que le afectaba él. Se mordió el labio y mantuvo su mirada fija en la acera.

—Tendrás que decirme cómo ir —dijo Matt una vez estuvieron los dos sentados en su coche alquilado.

Ella no quería decírselo. No quería estar sentada tan cerca de él, oliendo su aroma.

—Baja hasta el semáforo y gira a la izquierda —murmuró.

Él la miró de reojo y entonces arrancó. Linda intentó no

estar seria, pero ni apenas pudo fingir alegría con sus clientes de la mañana, ciertamente no podía fingir con Matt.

Esperó que él le preguntara por su malhumor, sus ojeras, su ropa tan poco apropiada, la trenza mal hecha en que se había recogido el pelo esa mañana… y por su hermano.

—¿Sigo recto en la intersección? —fue todo lo que dijo Matt.

—Sigue las indicaciones de la carretera 63 —respondió ella.

Y durante la siguiente media hora, se sentaron en silencio, Matt concentrándose en la carretera y Linda esperando a que saliera el tema de Gary para que cayera una sombra fría y oscura sobre ellos.

Debido a la presencia de la Universidad de Massachusetts y a dos colegios importantes dentro de sus fronteras, la ciudad de Amberst tenía una gran variedad de agradables restaurantes para elegir. Matt condujo despacio por la calle principal, pasando por modernas *boutiques* y bulliciosas librerías y tiendas de artículos deportivos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Matt.

Linda hizo un gesto hacia un restaurante de paredes de cristal. Había cenado allí un año antes, cuando ella y Phil Richards habían ido a ver la representación en la universidad de *Romeo y Julieta*. La obra y la comida habían sido excelentes, pero el intento de Phil de transformar una vieja amistad en algo romántico había sido un desastre. La había llevado a casa y la había besado… y ella no había sentido nada.

Matt aparcó el coche y los dos entraron al restaurante. Linda se preguntó cuándo iba a preguntarle por su hermano. Sabía que lo haría; sólo deseaba que acabara de una vez. La anticipación estaba hirviendo dentro de ella, y se sentía a punto de reventar.

Una camarera les llevó a una mesa entre unas macetas. Linda pidió una tortilla y Matt un sándwich de carne y café para los dos.

—Pareces cansada —dijo él.

—Lo estoy —admitió Onda.

Ése era el momento. Matt había hecho una apreciación. Y pronto cambiaría la discusión al tema de su hermano.

Matt se echó hacia atrás en la silla y sonrió.

—Yo también estoy cansado. Me costó mucho dormirme anoche. El Braxton Motor Inn es una basura.

Ella no quería compartir su opinión; de algún modo les unía. Pero no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Ya te lo dije.

—No tengo muchas alternativas. No debo quedarme en tu

casa, Linda, pero si me la ofrecieras no podría negarme. Así que, por favor, no me lo ofrezcas.

Ella lo miró sorprendida. La camarera llegó con el café y Linda se aprovechó de la interrupción para ordenar sus pensamientos. Quería mantenerse a distancia de él, pero en cuanto habló, ella se dio cuenta de que había estado a punto de decirle que podría usar la habitación de invitados de su casa.

Ella sintió sus ojos mirándola, intentando descifrar su humor.

—El motel está bien —dijo al fin—. Sobreviviré.

—¿Entonces te quedas en Braxton?

—¿Quieres que me marche?

—No sé lo que quiero —respondió Linda sin preocuparse de ocultar su desesperación.

—Sí que lo sabes. Quieres despertarte y descubrir que todo ha sido un sueño.

Pero no había sido un sueño. Ella había conocido a uno de los «cuatro valientes». Había llegado a sentir de nuevo algo por un hombre.

—Desear que las cosas sean diferentes es una pérdida de tiempo —dijo ella—. Todo lo que deseo es… Que pudiera haber algún modo pacífico de arreglar las cosas —terminó suspirando.

—¿Pacífico?

—¿Por qué piensas que no deberías quedarte en mi casa? —preguntó antes de poder darse cuenta.

Él no respondió de inmediato. La camarera llegó con su comida, pero Matt sólo miraba a Linda.

—Quiero hacerlo —dijo con mirada implacable y palabras firmes.

Ella tragó saliva y miró el queso que salía del centro de su tortilla.

—No hay ningún modo pacífico de arreglarlo —añadió Matt —. Te deseo y no puedo tenerte.

—¿Entonces por qué me invitas a comer?

Él se rio con amargura.

—Para atormentarme.

—No me lo creo —dijo cogiendo un poco de tortilla y probándola—. Creo que me has invitado para averiguar si Gary ha venido.

Si él no iba a decirlo, lo diría ella.

Matt dio un mordisco a su sándwich.

—No quiero hablar de él.

Tampoco ella. Pero si no hablaban de Gary terminarían hablando de que Matt la deseaba.

—Sinceramente no sé dónde está —dijo Linda—. Su amigo Steve me dijo que venía para acá, pero el mismo Gary me dijo que no vendría hasta el fin de semana, así que realmente no…

Matt extendió la mano y la puso sobre la suya. Hasta ese momento, Linda no se había dado cuenta de que le temblaba la mano.

—No quiero hablar de él —repitió.

—¿Por qué no?

—Sólo me enfurece. Estoy cansado de estar enfadado, Linda. Estoy cansado de hacer daño. Sólo… sólo quiero comer con alguien que me gusta.

—No sé por qué te gusto —murmuró Linda apartando la mano de él.

Él sonrió.

—Eres inteligente, bonita, comprensiva, generosa… ¿Sigo?

Ella se sintió enrojecer.

—Oh, no. A lo mejor debiera entrenarme para un halo y unas alas.

—A lo mejor sí —dijo él, llevándose el sándwich a los labios —. Si fueras un ángel no te desearía como te deseo.

—No digas eso.

—Olvídalo —dijo él dejando de sonreír—. A mí tampoco me gusta desear cosas que no pueden ser, así que disfrutemos del almuerzo. ¿Has pensado en lo que te dije de reparar el porche?

Ella se mantuvo ocupada con la tortilla durante un rato, intentando seguirle. ¿Cómo podía esperar Matt que ella conversara normalmente después de haber expresado tan claramente su deseo por ella? ¿Tenía él alguna idea de que ella también lo deseaba?

—No puedes reparar el porche hasta que lo haya consultado antes con Gary. Es su casa.

—Entonces debería repararlo él. ¿A qué espera?

—Yo no le he contado lo mal que está. Me figuraba que cuando el tiempo mejorara, pediría algún presupuesto y lo discutiría con él.

—Yo lo haría gratis.

—¿Por qué? Eres un profesional. Deben pagarte por tu trabajo.

—¿Qué tiene de malo hacer un favor?

—A lo mejor esperas algo a cambio.

Él la miró pensativo y bebió café.

—Yo no espero nada de ti —dijo con voz baja e intensa—. Lo que deseo y lo que espero conseguir son dos cosas diferentes.

—¿Qué esperas conseguir?

Él la miró con intensidad.

—Tu perdón.

—No has hecho nada que yo tenga que perdonar —dijo ella, sabiendo en cuanto habló que no era cierto.

Él le había hecho daño. Había destrozado sus ilusiones. Había estado muy cerca de estropear su relación con su hermano.

Deseaba su perdón. La deseaba a ella.

Su vida estaba en el oeste, y su meta era destruir a su hermano. No había sitio para ella en ninguna de esas cosas, no había espacio para que floreciera el amor, ninguna oportunidad para que ella y Matt pudieran descubrir lo que podría existir entre ellos. No había solución pacífica.

Así que él pasaría esa noche en el Braxton Motor Inn, y la noche siguiente, y cuantas noches hiciera falta hasta que encontrara a Gary o hasta que se rindiera. Y ella pasaría las noches sola.

Mientras la miraba, Matt pensó que era un tormento haberle causado problemas, y un tormento saber que si alguna vez él conseguía lo que él realmente quería de ella, sólo le causaría más problemas.

Pero no podía estar apartado de ella.

Mientras él se comía su sándwich, ella le habló de uno de los clientes que había visitado esa mañana, una chica de diecinueve años con un hijo de dos, otro bebé de camino y un novio en la cárcel. A Matt le sonaba deprimente, pero Linda se mostró optimista. La muchacha estaba trabajando duro para conseguir un diploma de estudios, y Linda la había metido en un programa para mujeres embarazadas.

—Este embarazo está yendo mejor que el anterior —le contó Linda—. Su mejor amiga la acompañará a las clases del parto sin dolor. Realmente su vida está cambiando.

A Matt le gustaba oír historias de finales felices cómo a todo el mundo. Pero ese final feliz era sólo una posibilidad. Lo que le cautivaba era la seguridad de Linda. Ella estaba cambiando la vida de la muchacha, no sólo por meterla en un programa adecuado de salud y educación, si no teniendo tantas esperanzas. Simplemente hablar de los proyectos para la muchacha, llenaba sus ojos de felicidad. Su voz se hacía melódica, sus labios se curvaban en una sonrisa.

Ése era el auténtico problema, por supuesto. No que su hermano se interpusiera entre ellos sino que Linda aún sabía cómo preocuparse y creer en la bondad de la gente. Matt no. Nunca más.

La vuelta a Braxton fue tan silenciosa como había sido el viaje a Amberst. Mientras llegaban, ella le daba señas, le dijo dónde girar, qué carretera tomar. No era el mismo camino que habían cogido al dejar Braxton.

—¿Es un atajo? —preguntó Matt.

—Más o menos se tarda igual. Justo después de esta curva, gira a la izquierda.

Entonces, Matt reconoció dónde estaban. La curva de la carretera, el camino serpenteante hasta su casa.

—¿Necesitas algo de tu casa? —preguntó Matt.

Ella no dijo nada, sólo se echó hacia delante cuando apareció su casa. La parte delantera estaba vacía y las luces apagadas.

—No —respondió finalmente—. Podemos regresar a la ciudad.

—¿Buscando a Gary? —dedujo Matt.

—De verdad, no sé dónde está.

—Te creo.

—No es que quiera protegerle, Matt, pero… no sé, me siento como uno de esos jóvenes Nazis entregando a sus padres.

—Tú no tienes que entregar a Gary —dijo Matt con cuidado, ya que tampoco quería animarla a que no lo hiciera.

—Es mi hermano.

—Lo sé.

La tensión que él había notado cuando la había encontrado ese mediodía estaba regresando. Sus ojos perdieron el brillo, sus labios la suave sonrisa. Su pose se puso rígida. Parecía a punto de decir algo, y él tenía miedo de lo que pudiera ser.

Antes de que pudiera hablar, Matt estiró el brazo y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Está bien, linda. Yo me ocuparé de él. Tú puedes mantenerte aparte.

—No puedo. Ya estoy en medio de todo.

No era una acusación, era simplemente un hecho. Un triste hecho.

Arreglar su porche no empezaría a compensar lo que él le había hecho. Disculparse no arreglaría las cosas. Dejar que su mano descansara otro instante en su hombro pondría las cosas peor de lo que ya estaban. Le llevaría a parar en la cuneta y abrazarla, y besarla, y hacer promesas que no podría cumplir.

Puso la mano de nuevo en el volante y mantuvo la mirada fija en la carretera.

—Ya es tarde para mis citas —dijo ella cuando llegaron al Centro de Salud—. Mejor déjame en mi coche.

Ella le indicó dónde estaba y él paró junto al vehículo.

—Gracias por el almuerzo —murmuró Linda, abriendo la puerta.

Una vez más, él se contuvo del deseo de tocarla.

—¿Estás libre para cenar esta noche? —preguntó Matt, sabiendo que no debería hacerlo.

Los ojos de Linda brillaron de nuevo, pero fue algo fugaz.

—No —dijo saliendo deprisa del coche—. No estoy libre.

Cerró la puerta de golpe. Matt dio la vuelta y salió del aparcamiento. Cuando miró por el retrovisor, la vio de pie junto a su coche, mirando hacia él, y pareciendo tan atormentada como él se sentía.

Gary oyó los sonidos ahogados del coche a través de la ventana de su motel: un coche, una moto, sonido de frenos…

La habitación olía a moho. Estaba solo. Era tarde. Estaba echado en la cama que chirriaba, desnudo excepto por su pendiente, arropado entre las sábanas y sus recuerdos.

El dinero. Veinticinco mil dólares en metálico. Como un mensaje de Dios, enviado directamente a él, sólo para él.

«Toma, Gary. Has trabajado duro. Lo mereces».

Él no había pretendido gastarlo todo. Si alguien lo hubiera reclamado en seguida, él no hubiera gastado nada. Pero nadie lo había reclamado, nadie podía. Todo ese dinero en metálico significaba que era dinero sucio. ¿Qué criminal podría preguntarle al jefe de Gary si uno de sus conductores se había encontrado un fajo de dinero ilegal?

Él había esperado, sentado en el dinero, pacientemente. Y entonces, pasadas unas semanas, había decidido que podía quedárselo.

Había desaparecido rápidamente en diversión, comidas y risas. Excepto por la televisión y el anillo que le había comprado a Debbie con la intención de dárselo el día de San Valentín. Todo ello, las cenas, las carreras del hipódromo, los espectáculos, los bailes, la televisión y sobre todo el anillo había sido por Debbie, porque la amaba. Había elegido una piedra muy grande, una esmeralda de dos kilates y medio incrustada en un anillo genuino de oro dieciocho kilates. Lo había comprado porque la amaba.

Había robado a Matt Calloway porque la amaba. Porque una tarde, después de terminar de limpiar su limusina y dejarla en el garaje, dos hombres le habían abordado. Uno de ellos había sido su pasajero el día que había encontrado el dinero en el suelo del asiento trasero. El otro parecía King-Kong después de afeitarse.

—¿Dónde está? —le había preguntado su pasajero.

Gary había hablado con inocencia y educación.

—Discúlpeme, señor. ¿De qué habla?

—Mi dinero —había dicho el pasajero—. Lo quiero. Explícale lo mucho que lo quiero —le había ordenado a King-Kong.

—Él quiere su dinero —había explicado King-Kong.

—No sé de qué hablan —había mentido Gary.

—Piensa en ello esta noche —había dicho el pasajero—. A lo mejor lo recuerdas. Volveremos mañana.

Regresaron, como prometieron. Gary se había hecho el tonto de nuevo. Y ellos habían regresado de nuevo, esa vez con un arma, y una amenaza.

—Ni siquiera te has casado aún —había dicho el pasajero mientras King-Kong había subido el arma desde sus costillas hasta su barbilla y de nuevo al estómago—. Debbie Montoya podría ser tu viuda antes de ser tu mujer. Podríamos encargarnos de ello.

—Y a lo mejor —había añadido King-Kong entusiasta—, podríamos cortarle la cara o algo así, para que nadie quisiera nunca casarse con ella. ¿Te gustaría? Podríamos hacer que nadie la quisiera después de que tú murieras.

—Le daré su dinero —había dicho Gary—. Pero no la toquen.

—De acuerdo —había dicho el pasajero haciendo un gesto a King-Kong para que bajara el arma—. Volveremos mañana a por él.

—¿Mañana? Necesito algo de tiempo para reunirlo. Por favor, necesito una semana como poco…

—Una semana —había dicho el pasajero—. Una semana. Volveremos dispuestos a hacer negocios —añadió haciendo un gesto a King-Kong para que Gary entendiera exactamente qué negocios eran—. No hables con esto de nadie, porque sabemos dónde vive Debbie Montoya, dónde trabaja. Trae el dinero, cierra la boca y Debbie vivirá una larga vida con una cara bonita. ¿Está claro?

—Sí, está claro.

Gary había tenido que conseguir el dinero. Si no lo hubiera hecho, le habrían matado. Si hubiera desaparecido, hubieran ido detrás de Debbie. Si hubiera hablado con la policía, ellos hubieran hecho daño a Debbie, o algo peor…

Él habría hecho cualquier cosa, incluso engañar al hombre que le salvó la vida en Vietnam, por Debbie.

El reloj digital de su mesilla de noche marcaba la una en punto. La última vez que Gary había hablado con ella, ella había parecido realmente enfadada con él.

Gary no la culpaba. Poner pies en polvorosa después de haber dado el dinero a los matones no había sido lo más noble que había hecho en su vida, pero no se atrevió a decirle a Debbie la verdad. Después de arriesgar tanto para protegerla, no podía contarle lo que había hecho y esperar que lo amara. Y Gary no podía soportar el pensar en perder su amor.

La una de la mañana en Nashua, New Hampshire, eran las diez de la noche en el Pacífico. En ese momento, Debbie estaría

probablemente bebiendo un refresco y ojeando una revista, con la televisión de fondo. A lo mejor estaría un poco adormilada, un poco romántica, un poco receptiva a él. La llamaría, le susurraría que la amaba y le prometería que volvería pronto a casa… en cuanto pudiera ver a Linda y hablar con ella de cómo podía reunir el dinero para pagar a Matt.

No le contaría todo eso a Debbie, por supuesto. Simplemente le diría que la quería.

Sin molestarse en encender la lámpara, cogió el teléfono y marcó el número de su apartamento. Escuchó el ring rítmico sonar una vez, dos… Tres veces, cuatro.

Doce veces.

Mientras colgaba se dijo que Debbie podía estar en cualquier parte. A lo mejor había ido a bajar la basura. A lo mejor había ido a decirle algo al vecino. A lo mejor había ido a casa de su amiga Rosie y estaban las dos viendo una película de video, una de esas películas sensibleras que le gustaban a Debbie.

Eso era. Ella estaría viendo una película sentimentaloide con Rosie. Al día siguiente tenía que trabajar, así que llegaría pronto a casa.

Marcó de nuevo, por si acaso. Sonó diez veces y colgó.

Media hora después, lo intentó de nuevo. Escuchó el sonido quince veces antes de colgar. Incapaz de dormir, se levantó de la cama, se puso los vaqueros y paseó en círculos por la habitación. Después salió al pasillo y fue a la máquina de bebidas, sacó una cola, volvió a su dormitorio y se la bebió tan despacio como pudo. La cafeína no le pondría más nervioso de lo que estaba.

Cuando terminó la lata, se tumbó en la cama y marcó el número una vez más. Otros quince rings. Colgó dando un golpe y soltó una palabrota. Entonces se dejó caer contra la almohada, y con un dedo acarició la letra dorada que colgaba de su oreja, mientras intentaba suavizar el pánico que amenazaba con apoderarse de él.

¿Por qué no respondía el teléfono? ¿Por qué no estaba en casa?

¿Dónde estaba? ¿Y si se había marchado para siempre?

Él estaba solo en un motel olvidado en medio de New Hampshire. La mujer a la que amaba se había ido de su casa, estaba fuera de su alcance. Su hermana vivía su vida tranquila y pacífica en Braxton, sin saber que Gary estaba a punto de agarrarse a ella y suplicarle que le salvara, que le ayudara, que vaciara su cuenta bancaria por él y, si eso no era bastante, que abandonara la casa y así él pudiera venderla para conseguir el dinero que necesitaba para hacer bien las cosas.

Si es que era posible en ese punto hacer bien las cosas. No sabía si podía hacerlo. Pero sabía que si no podía, pasaría el resto de su vida escapando de Matt Calloway… y de sí mismo.

Capítulo 8

En el espacio tranquilo entre la hora del desayuno y el mediodía, la cafetería que había enfrente del Centro de Salud de Braxton estaba casi vacía. La camarera charlatana que le había servido cuando había ido allí a almorzar con Linda, lo reconoció en cuanto entró. Al ver que esa vez estaba solo, sonrió de forma coqueta y le llevó a una mesa apartada en la parte trasera.

—Hola —dijo arreglándose los rizos rubios—. Veo que aún no te has marchado.

Matt no estaba de humor para ser agradable, pero se esforzó.

—Supongo que no.

—¿Qué puedo traerte?

—Sólo café.

Ella pareció un poco decepcionada de que no pidiera más, pero su sonrisa permaneció en su lugar mientras se marchaba a la barra.

Los ojos de Matt siguieron sus movimientos, pero su cabeza permanecía en el edificio público que había al otro lado de la calle. En la mujer de pelo rojizo que había dentro, la de ojos verdes y pequeña nariz y el cuerpo precioso que ni siquiera pesadas ropas de invierno podían ocultar.

Después de haberla dejado en su coche la tarde anterior, él había pasado algún tiempo conduciendo por la ciudad, pasó por el instituto, el cementerio, la biblioteca, el ayuntamiento, la comisaría… sin estar seguro de qué estaba buscando. Al final regresó al motel, donde pasó una hora al teléfono hablando con su secretaria, Jean, de la empresa.

A las seis en punto, había dejado el motel y había ido a De'Vito para comer algo. Pero su coche había parecido tener ideas propias, y antes de que pudiera evitarlo, estaba por la carretera serpenteante que llevaba a casa de Linda.

Las ventanas delanteras habían estado encendidas, y en el barro de la entrada parecían haber huellas frescas de neumáticos. El garaje estaba cerrado. Si Gary había llegado, no había aparcado en la entrada.

Pero Matt no había ido buscando a Gary.

Se había quedado sentado en su coche a un lado de la carretera, mirando las ventanas, rezando para poder ver la silueta de Linda contra las cortinas. Había estado ahí sentado más tiempo

del que quería admitir, vigilándola, deseando tener menos escrúpulos. Si no le hubiera importado el hacerle daño, habría ido a la puerta y habría llamado al timbre, y cuando ella hubiera abierto, él la habría cogido y habría hecho lo que fuera necesario para apagar el fuego que rugía en su interior. Habría tomado sus labios y su cuerpo, e incluso su amor si ella quisiera dárselo.

Pero tenía escrúpulos. Así que había dado la vuelta con su coche y había regresado a la ciudad.

La camarera regreso con su café.

—Aquí tienes —dijo eficiente mientras le llenaba la taza.

Él la miró, fijándose en su sonrisa, en las líneas que rodeaban sus ojos, en la suavidad de su piel bajo la barbilla. Posiblemente era casi de su edad… y de la de Gary.

—¿Cómo están los narcisos? —preguntó antes de que ella se marchara.

Ella pareció momentáneamente confundida. Entonces recordó su conversación del día anterior y sonrió.

—Es difícil de decir. Necesitaré un par de semanas para estar segura.

Matt se dio cuenta de que su pronunciación era idéntica a la de Gary.

—¿Tienes un minuto? —preguntó, haciendo un gesto hacia la silla frente a él.

La expresión de la camarera se animó.

—Voy a llevar esto —dijo señalando la cafetera.

Corrió a la barra, y entonces regresó, jugando de nuevo con su pelo amarillo.

—Ahora está tranquilo —dijo sentándose enfrente de él—. Si entra más gente tendré que irme, pero será agradable sentarme un rato. Lo he estado deseando desde el desayuno. Y no veas, el desayuno es lo peor para las propinas. La mayor parte de los tíos están demasiado cansados para pensar en ello.

Realmente era una parlanchina.

—¿Eres de por aquí?

—Nacida y criada.

—Yo he venido a ver a un viejo amigo —se atrevió a decir observando su reacción—. Se llama Gary Villard. ¿Lo conoces?

—Gary Villard… —repitió frunciendo el ceño y asintiendo —. Estuvimos juntos en el instituto. Él estaba un año detrás de mí. No… un año por delante —corrigió, como si temiera que Matt la considerara demasiado mayor.

—¿Entonces lo conoces?

—Lo conozco. Era conductor de la empresa de repartidores Killbrun. Venía siempre aquí a tomar café.

—¿Ha estado aquí últimamente?

—¡Oh, no! Ya no vive por aquí. No desde que Killbrun quebró. Echaron a todos los conductores. Fue muy triste. Las cosas van mal en todas partes. ¿De dónde eres tú?

—De Oregón —respondió Matt, que no quería hablar de sí mismo.

—En, estás muy lejos de casa. ¿Qué te ha traído a Braxton?

—Sólo vengo de visita. ¿Entonces Gary no está en la ciudad?

—No lo he visto desde el desastre de Killbrun. Supongo que se marchó a hacer fortuna a otro lugar. El dinero —dijo con un suspiro—. ¿No es todo por dinero?

Matt le dio la razón interiormente. Él hubiera preferido que Gary hubiera hecho fortuna en lugar de robarla, pero la cuestión era la misma: dinero.

—Bueno, ¿cuánto tiempo vas a estar en la ciudad?

—No mucho —dijo él, dándose cuenta de lo cierto que era.

Si no podía encontrar a Gary par el fin de semana, tendría que regresar a Portland. Llevaba fuera casi una semana. No podía quedarse en Braxton para siempre.

—¿Estarás por aquí esta noche? Porque yo puedo arreglarlo para librar.

Matt recordó que su primera impresión de la camarera había sido que era demasiado directa. Pero directa era poco. Ni siquiera se habían presentado y ella ya estaba intentando quedar con él para esa noche.

No era que le importara. Él no pensaba que hubiera nada malo en que fuera la mujer la que empezara esas cosas. Pero si él iba a pasar la noche con una mujer, sería con Linda.

Lo que significaba que pasaría la noche solo.

—Lo siento —dijo él con una sonrisa amable.

La camarera le devolvió la sonrisa.

—Bueno, merecía la pena intentarlo.

—A lo mejor en otra ocasión —dijo Matt.

Ella se encogió de hombros y se puso de pie.

—Tengo clientes —dijo haciendo un gesto a un par de tipos que entraron en la cafetería—. No olvides la propina.

Y se marchó, guiñándole un ojo, para atender a los recién llegados.

Todo era por dinero… Matt se dio cuenta de que había sacrificado el placer de una noche con una mujer sin complicaciones que tenía el buen sentido de común de saber de lo que trababa la vida.

Pero Gary en ese momento no sentía nada, ni siquiera furia.

La duplicidad de Gary era para enfurecerse, igual que su hipocresía.

Pero Matt se sentía como entumecido.

Gary prácticamente gritó al teléfono.

—¿Dónde estuviste anoche?

Debbie estaba en el teléfono del almacén del piso superior de la tienda y gruñó.

—Te llamé un montón de veces. Eran las once y media allí, ¿dónde estuviste?

Debbie respiró profundamente.

—Vamos, cariño —rogó Gary—. Me estoy volviendo loco aquí.

—Seguro que sí. ¿Esperas que te diga dónde estaba cuando yo no sé dónde estás tú?

—Estoy en Nashua. Te lo dije.

—No sé dónde está Nashua… y además no es el lugar donde deberías estar. ¿Por qué no estás con Linda?

—Debbie…

—¿Sabes lo que he decidido? He decidido que me gusta tu hermana más que tú. Puedo confiar en ella.

—También puedes confiar en mí.

Gary parecía desesperado. Si ella permitía que su corazón se resquebrajara un poco, estaría perdida. Sentiría pena por él, se preocuparía por él y le juraría con toda su alma que claro que le amaba y estaba deseando que regresara a casa. Pero Debbie no iba a permitir que sucediera eso.

—¿Dónde estuviste anoche? —volvió a preguntar Gary—. ¿Con Rosie?

Si ella le decía la verdad, él podría no regresar jamás. Si no le decía la verdad, ella no sería mejor de lo que era él, con sus juegos y sus engaños.

—Salí —contestó Debbie.

—¿Con quién? ¿Con un hombre?

—Sí, con un hombre. ¿Qué pasa?

Debbie oyó un sonido a través del teléfono, un cruce entre una palabrota y un sollozo. Funcionó en ella automáticamente, destrozando su coraza.

—¿Quién? —preguntó Gary con tristeza—. ¿Un nombre rico? Alguien mejor que yo, ¿verdad?

—Oh, Gary, no lo sé…

—¿Quién? ¿Era Matt Calloway? ¿Ha ido a Los Ángeles?

Matt Calloway. ¿Por qué Gary no dejaba de mencionar ese nombre?

—¿Quién es, el tipo de Portland?

—Sí —contestó Gary—. Dijiste que estaba buscándome.

¿Fue a verte a ti?

—Gary, no hablemos de esto ahora, ¿vale? Estoy en el trabajo.

—Era él —dijo Gary suspirando—. Sé que es un buen hombre, Debbie. Un hombre mejor que yo. Es rico. Tienes su propia compañía, construye casas. Lo tiene todo, Debbie. Yo no tengo nada.

—Él no me tiene a mí.

Hubo una pausa, antes de que Gary hablara en tono bajo.

—¿Te tengo yo?

—No lo sé, Gary. No sé nada más. Voy a volver al trabajo.

—Te quiero, Debbie.

—Adiós.

Debbie colgó y se apoyó contra la pared.

Matt Calloway, quien fuera ese hombre, no la tenía a ella. Y tampoco Gary. Y tampoco el hombre que ella había conocido en el bar después de trabajar con Rosie. Había sido atento, había ido a bailar con ella, y después, cuando él la había acompañado a su coche, se había convertido en un pulpo y ella había tenido que forcejear para liberarse.

¿No quedaba un solo hombre decente en el mundo, alguien que cortejara a una dama, la tratara con respeto, le dijera que la amaba y lo dijera en serio?

¿Quién era Matt Calloway de todos modos?

Si era tan estupendo como había dicho Gary, le gustaría conocerlo.

¿Y después qué? ¿Qué si ese Matt Calloway era el Señor Perfecto? ¿Qué si era rico y lo tenía todo? Debbie apostaría cualquier cosa a que no se haría un agujero en la oreja y se pondría un pendiente con forma de D. En toda su vida, ella sólo había conocido a un hombre que haría eso por ella.

Pero él estaba en un lugar llamado Nashua, y ella no confiaba en él.

Esa tarde, una vez más, él fue en coche hasta su casa e intentó convencerse de que sólo estaba buscando a Gary. Estaría bien encontrar a su presa esa noche. Quería volver a sentir furia. Quería sentir algo real y fuerte, algo tan vigorizante como la emoción que le había hecho cruzar el país.

En el momento en que vio la casa de Linda, sintió emociones reales y fuertes: soledad, deseo… Un hambre por algo que no tenía ningún parecido con la venganza.

Las luces estaban encendidas, como habían estado la noche anterior. La luz del porche también estaba encendida. Al acercarse con el coche, vio a Linda fuera inclinada en el borde del porche y

mirando a las maderas.

Al ver su figura en sombras, con la luz del porche cayendo sobre su pelo rojo, y la cabeza inclinada a un lado, no sólo despertó en él el deseo esperado, sino también curiosidad. ¿Qué estaba haciendo?

Disminuyó la marcha y ella miró en su dirección. Matt frenó, y ella se enderezó, poniéndose las manos en las caderas. Evidentemente, no estaba feliz de verlo.

Entonces sus brazos cayeron a los lados y ella se agachó de nuevo.

Matt bajó la ventanilla y gritó.

—¿Qué sucede?

Ella lo miró de nuevo.

—Es *Dinah*.

—¿Puedo ayudar?

Ella vaciló antes de responder.

—A lo mejor.

Matt bajó del coche. Cuando llegó al borde del porche, Linda estaba de rodillas, arrullando suavemente a una raja entre dos maderas.

—Está bien, bonita. Voy a sacarte de ahí.

Matt se agachó a su lado.

—¿Qué ha pasado?

—De algún modo, *Dinah* se ha metido debajo del porche y ahora no puede salir. Llegué del trabajo hace media hora y no podía encontrarla. No estaba en la casa. La busqué por el jardín y entonces la oí. La verdad es que no sé cómo ha podido meterse ahí.

Matt retrocedió y estudió los tablones laterales del porche. Si la tierra era blanda, podía haberse metido bajo los tablones inferiores, pero él no vio ningún hueco o agujero.

Matt subió al porche y dio patadas, buscando maderas sueltas. La gata maulló asustada.

—Está bien —murmuró Linda entre las rajas—. Sé que suena alto, *Dinah*, pero no pasa nada. Vamos a sacarte.

—Esta —dijo Matt encontrando una madera floja.

Se arrodilló y dio un tirón. La madera podrida cedió.

—¿Cómo va a subir hasta aquí? No hay nada para que pueda apoyarse.

—Aquí, gatita —canturreó Matt, sintiéndose tonto—. Ven aquí, gatita, ven aquí.

La gata se acercó hacia la abertura por donde entraba la luz del porche y se quedó mirando a Matt.

—Aquí, gatita, ven —murmuró Matt.

Dinah se estiró hacia la abertura, pero no había sitio para

que se enganchara con las pezuñas. Maulló quejándose.

Matt tiró de la madera tanto como pudo, haciéndose un poco de espacio. Entonces metió la mano por la abertura y palpó a la gata. Al principio ella se apartó de su mano, pero después de lamer sus dedos, enterró la cabeza contra su palma. Incluso con un espacio mínimo para maniobrar, Matt consiguió pellizcar un poco de su cogote entre sus dedos.

Dinah maulló disgustada e intentó soltarse.

—Cógela —le dijo a Linda mientras él hacia movimientos con la muñeca intentado levantar a la gata hacia la estrecha abertura.

Linda preparó las manos cuando Matt sacó los hombros de la gata por la abertura y la cogió.

Matt sacó la mano y colocó la madera en su sitio.

—Hay que arreglar este porche —murmuró frotándose la muñeca.

—Lo sé —dijo Linda acariciando a *Dinah*, aunque sus ojos estaban mirando la mano de Matt—. ¿Estás bien?

Él examinó las marcas rojas de su muñeca y no vio ningún daño serio. Descubrió un trocito de madera metida en la piel.

—Es sólo una astilla —dijo Matt, intentando sin éxito sacársela con los dedos.

—Yo te la sacaré —dijo Linda levantándose y abriendo la puerta de la casa.

Dejó a *Dinah* en el felpudo de la entrada y entonces se volvió y espero a que Matt entrara.

La belleza de Linda le abrumó, y su confianza. A pesar de lo que él le había dicho el día anterior, ella le permitía entrar en su casa.

Para quitarle una astilla… sólo porque él se la había clavado mientras intentaba rescatar a su estúpida gata.

Aún así, era un acto de confianza por parte de Linda dejarle entrar. Matt juró que no permitiría que ella se arrepintiera de hacerlo.

Matt entró y Linda le hizo un gesto para que la siguiera a la cocina. *Dinah* estaba bebiendo agua de su plato. Linda se agachó y la acarició.

Matt envidió a la gata. Se acercó a la pila y se lavó las manos con jabón. Linda le dio una servilleta de papel.

—En seguida vuelvo. Quítate la cazadora.

No era exactamente la graciosa hospitalidad que había recibido la primera vez que había estado en su casa. Pero entonces, para ella él sólo había sido uno de los cuatro valientes, no había conocido sus verdaderas intenciones. Y no había sabido lo que él

sentía por ella.

Cuando Linda regresó a la cocina, llevaba un frasco de antiséptico, otro de alcohol, una caja de tiritas, una aguja y pinzas.

—¿Estás pensando operarme? —bromeó Matt.

Ella apenas sonrió.

—Siéntate —dijo dejando todos los utensilios y llevando su cazadora al armario. Regresó, sacó una caja de cerillas de un cajón y entonces se sentó enfrente de él. El intentó concentrarse en sus manos mientras ella limpiaba la zona alrededor de la astilla con alcohol, encendía una cerilla y quemaba la punta de la aguja Matt intentó no responder al tacto sedoso de sus palmas, la suavidad de sus dedos y los óvalos limpios y rosados de sus uñas. Intentó no pensar en lo que sería sentir esas manos acariciando su pecho, su espalda, sus muslos, su…

—¡Ow!

El pinchazo de la aguja le devolvió a la realidad.

—Perdona. Es profundo.

Él apretó los dientes para evitar gritar mientras ella le clavaba la aguja. Ella movió la punta de forma fastidiosa, rasgando su piel y limpiando con algodón la sangre que salió.

Aunque le encantaban sus manos, no le gustaba que le clavara un objeto punzante. Levantó la mirada hacia su cara. Linda tenía la mirada solemne, prestando total atención a la tarea de quitarle la astilla. Tenía los ojos brillantes y los labios apretados.

—Lo siento, Matt —dijo clavando más hondo.

Matt se aguantó una palabrota mientras la aguja se clavaba en su carne.

—Eres una sádica —murmuró.

Ella no dejó de hurgar.

—Si fuera una sádica habría dejado ahí la astilla para que se infectara.

—Una infección no me parece tan malo comparado con esto.

—No seas crío. Casi la tengo… No te muevas.

Él se quedó mirando su pelo. Se lo había recogido en una coleta, pero se le estaban soltando mechones largos y sedosos rodeando su rostro. Tenía las fosas nasales apretadas por la concentración y le pinchó de nuevo.

—¡Ow! La próxima vez la gata se queda debajo del porche.

—Tienes la piel llena de callos, Matt. Es muy difícil… ¡Aha! ¡La tengo! —dijo cogiendo las pinzas y sacando la astilla como si fuera un trofeo sangrante.

Él movió la mano.

—¿Esto lo paga mi seguro médico o debo pagarte yo?

—Debes quedarte quieto. Aun no he terminado —dijo frotando la zona con alcohol de nuevo, echándole antiséptico rosa y cubriéndola con una tirita—. Ya está —añadió sonriendo orgullosa —. Es gratis. Invita la casa.

—Realmente tienes que hacer algo con ese porche, Linda.

—Incluso los porches nuevos tienen astillas —dijo limpiando la aguja y las pinzas y tapando los frascos.

—Los porches nuevos no tienen tablas sueltas bajo las que pueden meterse los gatos.

—Lo discutiré con Gary.

Gary. El supuesto motivo por el que Matt había ido esa noche.

No había señal de que Gary estuviera en la casa. No se oía nada, aparte del sonido lento de *Dinah* tomando su cena. No había evidencias de que Gary hubiera llegado y se hubiera marchado. La cocina tenía el mismo aspecto con que Matt la recordaba. Los mostradores estaban limpios, el suelo fregado, los cajones, en los que había hurgado Matt, todos cerrados.

—Él no está aquí —dijo Linda.

—No he preguntado.

—Pero lo estabas pensando.

Matt suspiró y contempló su mano herida.

—Será mejor que me vaya.

—Aún me queda algo de pizza del otro día.

Ella lo dijo con tanta tranquilidad que Matt no estuvo seguro de haber oído correctamente.

—¿Es eso una invitación? —preguntó con cuidado.

Ella evitó su mirada.

—No quiero que me interpretes mal, Matt. Pero has salvado la vida de mi gata, y de todos modos es tu pizza. Tú la compraste.

Él la había comprado la última vez que había estado allí. La noche que ella se había bañado, y él había visto su cuerpo, y se había ganado su confianza… al menos durante unas horas preciosas.

Si él hubiera sido un poco inteligente, hubiera tenido algún sentido del honor, se habría marchado. En ese mismo momento. Antes de darse una oportunidad para pensar lo mucho que deseaba quedarse.

—Me encantaría cenar pizza.

Capítulo 9

Ella debería haber sabido que terminarían bebiendo brandy en el salón después de cenar. A lo mejor fue por eso por lo que le pidió que se quedara.

Él había hecho un fuego en la chimenea mientras ella había fregado los platos de la cena, y en ese momento estaban sentados en el sofá, separados por el cojín del centro. *Dinah*, que se había recuperado de su trauma por haberse quedado atrapada bajo el porche, estaba tumbada delante del fuego, ronroneando y lamiéndose las patas.

Durante la cena, Matt y Linda habían evitado hablar sobre nada personal. Linda le había hablado de una desalentadora reunión a la que había ido esa mañana, en la cual el personal del centro de salud había sido puesto al día sobre los cortes en el presupuesto.

—De momento mi trabajo está más o menos a salvo —le había dicho—. Aunque podemos olvidarnos de los aumentos del coste de la vida. Y como todo ha subido, desde la comida hasta la contribución territorial, es como si nos recortaran el sueldo.

—¿Por qué pagas la contribución territorial?

—Yo vivo aquí sin pagar alquiler —había explicado Linda —. Es justo que yo pague los impuestos, ya que soy la que vive aquí.

Linda se había preguntado si Matt le hablaría de su hermano, ya que poco a poco se había ido acercando al tema. Para su alivio, no siguió por ese camino.

—La economía es aún fuerte en el noroeste —le había dicho —. Algunas personas piensan que es demasiado fuerte y está atrayendo demasiados trabajadores de otras zonas del país.

Así que hablaron de Portland, de su eficiente sistema de ferrocarriles, de las fuentes de la plaza en el centro de la ciudad, de su clima húmedo, tan diferente de los extremos de Nueva Inglaterra con veranos de calor pegajoso e inviernos helados.

Evitaron hablar de Gary… y también evitaron el tema más peligroso de qué estaba sucediendo. Y el único contacto físico que había habido entre ellos había sido cuando ella le había quitado la astilla.

Linda no necesitaba tocarle para sentir la corriente sensual. Mientras estuvieran en la misma habitación, había algo que les conectaba.

Ella no debería haberle dicho que se quedara a cenar. Y después no debería haberle pedido que se quedara a tomar un brandy con ella. Pero había estado sola e intranquila desde que él la había abrazado.

Necesitaba tener una aventura. En cuanto Matt y Gary solucionaran sus problemas y se marcharan a sus respectivas casas hacia el oeste, se prometió que intentaría con más fuerza conocer hombres y divertirse.

—Esto está bueno —dijo Matt.

Linda estaba mirando al fuego, y lo miró sólo el tiempo suficiente para entender que estaba refiriéndose al brandy. Asintió con la cabeza y volvió a mirar el fuego.

—Puede que a mí me ayude a dormir —murmuró Linda—. Últimamente he tenido insomnio.

—Yo también.

Linda se estremeció. ¿No podía dormir él por la misma razón que ella?

Sin pensarlo, Linda se apoyó en el brazo del sofá, lejos de él.

—Yo no distingo el brandy bueno del malo —admitió—. Apenas lo bebo. Esta botella lleva años en el armario.

—Por eso es bueno. Cuantos más años lleve, mejor.

Sin mirarlo, ella podía imaginarse su sonrisa. Podía oírla en su voz.

—Me resulta difícil que me hable sobre la edad del brandy un granjero de una pequeña ciudad de Missouri.

Él la miró con ironía.

—Eres tan mala como tu hermano.

Ella no se dejó desconcertar por su mención de Gary.

—¿En qué aspecto soy tan mala como él?

—En vuestro esnobismo de Boston.

Linda soltó una carcajada.

—¡Espera un momento! Yo viví en Boston algunos años, pero eso no significa…

—Gary siempre se burlaba de mí diciéndome que era un paleto. Pero si no te importa yo no soy exactamente de Missouri… Soy de los Boothel.

—¿Los Boothel?

—La parte más al sur del estado. Es una pequeña franja de Missouri donde prácticamente se unen Arkansas y Tennessee.

—Por supuesto. La capital del brandy del estado, ¿correcto?

A Linda le gustaba bromear con él. Y le gustaba la forma en que se le notaba más el acento cuando hablaba de su región natal.

—Es la capital de los paletos del estado —admitió—. Tu hermano solía acusarme de ser un montañés de «Ozahks»…

Supongo que así se dice Ozarks en bostoniano. Los Ozarks están más hacia el oeste, lejos de los Bootheel. Pero de cualquiera que los pronuncie Ozahks no puede esperarse que sepa nada sobre geografía al oeste del río Hudson.

Linda soltó una risita.

—Aquí no hablamos en bostoniano. Es un acento completamente diferente.

—Cierto.

—No espero que lo entiendas. Pero es muy típico de los montañeses pensar que si eres de Massachusetts, debes ser de Boston.

Él sonrió.

—En la guerra solían burlarse del lugar donde yo era. Especialmente Gary. Solía decirme que tenía heno entre los dedos de los pies. Decía que había crecido recogiendo estiércol con la pala.

Linda hizo una mueca.

—La verdad es que eso fue bastante parecido a la realidad —continuó Matt—. Una de mis tareas cuando era un muchacho era estercolar los establos.

—¿Estercolar los establos? —repitió Linda con tanto desdén bostoniano como pudo conseguir.

—Eso es, señorita finolis. Estercolaba los establos, daba de comer a los cerdos y masqué tabaco hasta que cumplí dieciséis años y leí que causaba cáncer. Podía desmontar un tractor y volver a montarlo con un ojo cerrado y una mano atada detrás de mi espalda. El tractor de mi padre era tan viejo que casi pasábamos más tiempo desmontándolo que conduciéndolo.

Fascinada, Linda lo miró.

—Suena como una cultura extranjera.

Matt echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Y tú suenas a provinciana.

—En serio, Matt… ¿cerdos y mascar tabaco?

—Adelante, dime que soy como los «Rústicos en Dinerolandia». Eso solían hacer mis amigos. Incluso le pusieron un mote a mi novia, Ellie-Mae, como el personaje.

—¿Tuviste una novia? —preguntó Linda.

Ella quería saberlo todo sobre Matt, no sólo sobre su trabajo y hábitos de niño, sino sobre sus experiencias amorosas.

Él sonrió por su curiosidad, pero sus ojos se quedaron pensativos mientras recordaba. Dio un trago de brandy, y apoyó el vaso en su rodilla.

—Tuve una novia. Se llamaba Ellie, no Ellie-Mae.

—¿Qué pasó?

Matt dio otro trago de brandy. Entonces se volvió hacia el fuego, evitando la mirada de Linda.

De repente, Linda se arrepintió dé haberle preguntado.

—No tienes que responder. No es asunto mío.

—No, no pasa nada —dijo Matt, dirigiéndole una sonrisa rápida—. Lo que pasó fue que me casé con ella.

Linda frunció el ceño. La primera vez que él había estado en Braxton, cuando se había quedado en su casa, él le había dicho que no estaba casado. Y desde entonces, le había dicho cosas que un hombre casado no debería decirle a una mujer soltera.

—Ahora estamos divorciados —le aclaró—. Desde hace diez años.

—Oh, lo siento.

Él se encogió de hombros y sonrió.

—Ellie era una buena mujer. A su modo me salvó la vida en Vietnam tanto como mis tres amigos.

—¿Cómo?

—Las cartas de casa eran esenciales para mantenerse vivo. Especialmente las cartas de una chica. Ellie me escribió cada semana, igual que tú a tu hermano. Esas cartas de casa eran algo para lo que vivía un soldado.

—Estoy segura de que mis cartas tontas no eran nada por lo que vivir —discutió Linda.

—Todos vivíamos por las cartas de casa. Cartas de mujeres. Incluso nuestras madres y hermanas. Había algo en toda la suciedad y muerte y horror que nos rodeaban… Una carta de una mujer nos limpiaba. Te hacía pensar en personas de voz, manos y corazones suaves. Te recordaba todas las cosas buenas y sanas a las que regresaríamos después de haber cumplido allí.

Sus palabras conmovieron a Linda. Igual que la emoción reflejada en sus ojos y la gravedad de su voz. Sin pensarlo, ella se cambió al cojín central y le cogió la mano. Él la miró con cuidado, y entonces giró la muñeca y entrelazó sus dedos con los de ella. La mano de Matt era fuerte y dura contrastada con la suya. Ella nunca había pensado en sus manos, ni en ella misma, como suaves. Pero comparado con Vietnam, con el horror que habían pasado allí…

—Yo recibía las cartas de Ellie y leía todas esas cosas mundanas de las casas, quién se enamoraba de quién, qué ganado ganaba en la feria local… No importaba lo que ella escribiera. Lo que importaba era que estaba sujetando la hoja de papel que ella había sujetado y leyendo las palabras que ella había escrito. Ella estaba lejos del infierno, tan intacta de todo ello. Tener noticias suyas me ayudaba a seguir vivo de alma.

—¿Entonces… regresaste a casa y te casaste con ella?

—Sí —dijo suspirando y acariciando con su pulgar los dedos de Linda—. Le estaba agradecido por ayudarme a soportarlo. Así que me casé con ella. No te cases nunca con nadie por gratitud, Linda. Es la peor razón del mundo.

Linda estudió su perfil sobre la luz dorada del fuego. Su nariz era recta, prominente, tan fuerte como su barbilla. Su frente era ancha. Él apartó la mirada del fuego y la sorprendió mirándolo. Sus ojos parecían no tener fondo, oscuros y turbulentos de recuerdos.

—¿Quién soy yo para dar a nadie consejos sobre el matrimonio? —dijo medio sonriendo—. El mío fue un auténtico desastre.

—Debiste haber intentado con fuerza que funcionara —observó Linda—. Si te casaste en cuanto regresaste de la guerra y no te divorciaste hasta hace diez años…

—Duró mucho tiempo. Yo quería que funcionara. Pero… pero regresé a América siendo una persona diferente. Había visto y hecho demasiado. Había cambiado —dijo volviendo a mirar al fuego y estudiándolo, como si estuviera ausentemente organizando sus pensamientos.

Linda recordó que Gary también había cambiado. Antes de marcharse a la guerra, ella había sido para él su hermanita molesta, pero cuando regresó, Linda se había convertido para él en su aliada, su amiga. La novia del instituto de Gary se había ido a la universidad de Massachusetts y se había liado con otro chico, y sus padres habían envejecido tanto durante su tiempo fuera que Gary había vuelto dependiendo de Linda para amor y apoyo.

—Es muy duro ajustarse a la vuelta —dijo Linda.

Matt asintió, con la mirada cada vez más distante. Se echó adelante y apoyó sus brazos en las rodillas, y Linda se acercó más hacia él para que no tuviera que soltarle la mano. Pero Matt no la soltó y además le pasó el otro brazo alrededor de los hombros.

No hubo nada seductor en el gesto. Era simplemente un reflejo físico de la intimidad de sus palabras, de sus confesiones. Él estaba compartiendo algo muy personal, revelándole que el hombre que ella siempre había considerado una roca era en realidad un ser humano, alguien que había sobrevivido primero a una guerra y después a un matrimonio fracasado. Ella se sintió honrada de que él confiara en ella lo bastante para contarle esas cosas.

Linda descansó su cabeza sobre su hombro.

—Debió haber sido duro para Ellie también. Posiblemente ella esperaba que regresaras a casa siendo el mismo hombre del que se despidió.

—Fue muy duro para ella —le confirmó Matt, jugando con

las puntas de su pelo—. Desde el mismo comienzo, estuvimos volando en órbitas diferentes. Yo quería salir de Missouri y usar mi subsidio de veterano para ir a la universidad. Ellie quería ser la esposa de un granjero y tener muchos niños, igual que su madre y mi madre y todas las mujeres de nuestro pueblo. Continuamente íbamos de un lado al otro, a su modo y al mío. Nos trasladamos a Michigan porque yo entré en la universidad allí, y entonces ella echó de menos su hogar, y entonces volvimos una temporada a Missouri, y después otra vez a Michigan porque yo conseguí un trabajo en la construcción y no podía encontrar trabajo en nuestro pueblo. Y continué estudiando en clases nocturnas, y Ellie continuó yendo y viniendo de Missouri sola. Nos estábamos apartando en muchos aspectos.

Matt hizo una pausa antes de continuar.

—Ella continúo yendo y viniendo y diciendo que yo me pondría mejor, como si tuviera algún tipo de enfermedad. Mi idea de mejor era soñar con prosperar, trabajar duro y subir en el mundo. Su idea era regresar a lo que habíamos sido antes de la guerra. Eso fue todo lo que ella quiso siempre.

—¿Tuvisteis algún niño?

—No. Yo no podía meter a un niño dentro de algo que estaba desmoronándose… Quería que ella fuera feliz, quería darle lo que ella quería. Pero no pude hacerlo.

Linda se acercó más a Matt. Por alguna razón, él parecía aceptar toda la culpa del fracaso de su matrimonio. A Linda le parecía que ninguno tuvo la culpa.

—El destino le juega malas pasadas a todo el mundo —dijo Linda con suavidad—. Tu divorcio no es más culpa que tuya que la enfermedad de Andrew la suya. La gente se ama y espera que las cosas funcionen. Pero algunas veces la suerte no está de su lado. No es culpa de nadie, Matt.

Matt la miró y sonrió un poco.

—¿Es eso lo que dicen las asistentes sociales a sus clientes?

—No. Eso es lo que te estoy diciendo a ti.

Matt se echó hacia atrás en el sofá llevando a Linda con él, y se quedó observando las llamas en la chimenea.

—Rara vez hablo del divorcio —le confesó—. No es algo que me guste. No sé por qué estoy hablando ahora.

«Porque confías en mí», quiso decir Linda. «Porque somos amigos. Porque la suerte nos ha jugado a los dos una mala pasada y los dos hemos luchado. Porque hay mucho más entre nosotros que no tiene que ver con Gary y el dinero robado».

«Porque vas a besarme», pensó mientras él giró la cabeza para mirarla. Igual que sabía lo demás, sabía que Matt iba a besarla.

Y sabía que quería que lo hiciera.

Matt lo absorbía todo de ella. La forma natural en que encajaba su cuerpo dentro de la curva de su brazo. Sus dedos contrastando con los de él, delgados y claros comparados con sus manos llenas de callos y rugosas. Su piel suave y cremosa, salpicada de las pecas justas en el puente de la nariz para recordarle que era imperfecta, humana y real. Sus ojos brillantes, esmeraldas perfectas formaban círculos plata y oro.

Pensó en todas las diferencias que había entre ellos. Ella había perdido a casi toda su familia, pero se aferraba con fuerza a la poca que le quedaba. Toda la familia de Matt estaba viva, pero eran extraños que le entendían tan poco como él a ellos. Ella se había entregado constantemente en un amor condenado a morir, mientras que él había huido de su matrimonio desastroso, primero espiritualmente, después emocionalmente y finalmente físicamente.

Tantas diferencias entre ellos y aún así ella agarraba su mano con tanta fuerza como él la suya. Matt podía ser grande y de aspecto duro y ella delgada y delicada, pero él no podía dominarla. Sus dedos podían ser de apariencia tan delicada como la más fina porcelana, pero eran fuertes.

Durante un breve momento, él la vio no como estaba en ese momento, con vaqueros claros y un jersey grande, sino como había estado aquella noche después de su baño un instante antes de que se cubriera con la toalla blanca, como un ángel sin alas ni halo desapareciendo dentro de una nube esponjosa.

Pero en ese momento estaba más irresistible de lo que había estado entonces. Podía estar completamente vestida, pero el deseo de sus ojos estaba desnudo. Ella lo deseaba tanto como él a ella.

Si él tuviera la más mínima decencia, se habría comportado como aquella noche, cuando accidentalmente vio su cuerpo preciosos a través de la puerta abierta de su dormitorio. Se había retirado, pretendiendo no haber visto nada.

Pero en lugar de eso, bajó sus labios hacia los de ella.

Intentó apartarse, pero era difícil. Ella era tan suave, tan flexible, susurrando cosas contra él, calentando su sangre. Él cerró los ojos para saborear la sensación.

Se atrevió a chupar su labio inferior con la lengua. Ella suspiró y abrió la boca. Como un tonto… como un hombre, él tomó lo que le ofreció, presionando, entrando más hondo. La puso encima de su regazo y le cogió la barbilla con la mano, echándole la cabeza hacia atrás mientras metía su lengua en la boca dulce con sabor a brandy. Estaba yendo demasiado rápido, queriendo demasiado. Pero no podía parar.

Ella levantó las manos y las puso a los lados de su cabeza,

metiendo los dedos entre el pelo de su sien. Los músculos de los muslos de Gary se tensaron bajo ella, tenía calambres en los brazos por contenerse cuando todo lo que quería era quitarle la ropa y hundirse dentro de ella.

Y después abandonarla. Marcharse de su casa, terminar con la caza de su hermano, coger su dinero y marcharse a Portland.

No podía hacerle eso a Linda. Ya le había hecho mucho daño mezclándola en su batalla con Gary.

Tomar lo que quería y después marcharse sin mirar atrás sería una traición incluso peor que la que Gary le había hecho.

De mala gana, se separó de ella y se echó hacia atrás.

—Será mejor que me vaya —murmuró.

—¿Irte a dónde?

—Al motel. No puedo quedarme aquí.

Ella lo miró, con los ojos más brillantes que antes, relucientes, atrayentes. Tenía los labios húmedos y enrojecidos del beso. Deslizo las manos desde su pelo hasta sus hombros y dibujó círculos diminutos contra su camisa con la punta de sus dedos, y no le dijo nada.

—No puedo quedarme, Linda. Sabes lo que pasará si lo hago.

—Sí.

Sus ojos eran tan preciosos. Demasiado ingenuos. Demasiado confiados.

—No está bien, Linda. Tú sabes la realidad.

—Sí, sé la realidad.

Él sentía la redondez femenina de sus nalgas contra sus piernas. Vio la elevación y descenso de sus pechos bajo el amplio jersey.

—Si me quedo esta noche, me iré mañana. O al día siguiente.

—Lo sé —dijo ella apartando la mirada al fin y librándole de la magia de su mirada—. Yo no te he pedido que te quedes.

Con palabras no, pero sus manos sí se lo habían pedido. Sus labios, su lengua respondiendo con tímida honestidad a su agresión.

Ella lo miró de nuevo. Entonces se bajó de su regazo. Su marcha le dejó frío por todas partes. Aunque no tan frío como se sentiría cuando ella se marchara de su casa.

Linda se levantó y se acercó al fuego moribundo. *Dinah* estaba roncando. Pasó sobre ella y cerró la puerta de la chimenea, cortando el suministro de aire.

Matt la observó, rezando para que se hubiera olvidado del sentido común y se echara a sus brazos, se abriera a él. Ella simplemente dirigió la mirada de la chimenea a las copas de cristal

del brandy, con los labios apretados y evitando su mirada.

Con un suspiro, él se puso de pie. Se dirigió hacia el vestíbulo y ella le siguió. No hablaron, no se tocaron. En la puerta de la calle, él se detuvo.

—Necesito mi cazadora.

Ella lo miró. Sus ojos brillaban esperanzados, o quizás eran lágrimas.

—Ahora te lo estoy pidiendo —susurró—. Si dices que no, no te lo pediré de nuevo.

Él sabía qué era lo correcto y decente que debía hacer.

Pero la abrazó y la besó.

Los besos de Matt la inundaron, la llenaron de profundas sensaciones. No podía respirar, estaba ahogándose en su beso y no le importaba.

Hubo una vez en que dependió de Gary para mantenerse a flote. Pero nunca más podría ser así. Sus padres estaban muertos, su novio también, su hermano era poco limpio. No tenía a nadie.

Pero no se sentía sola, no con Matt abrazándola, protegiéndola mientras ella se sumergía en el placer de su beso. Ella no lo tenía. Él había ido a Braxton por una sola razón y él se iría antes de que consiguiera su objetivo. Pero le tenía para esa noche, para ese precioso momento en su vida. Tenía a alguien en quien podía confiar.

Sintió que él la levantaba, cogiéndola en brazos y subiéndola por la escalera. No se detuvo hasta que llegó a la puerta abierta del dormitorio de Linda. Allí la dejó con cuidado en el suelo, como si fuera muy frágil, y él se quedó ahí quieto, en la puerta, como si estuviera evitando entrar al dormitorio.

—Linda…

Era una pregunta, un lamento.

—Por favor, Matt —dijo ella dándole la mano y sabiendo que si decidía marcharse, no le volvería a pedir que se quedara, como le había avisado antes.

Pero Matt cruzó el umbral, la abrazó y la besó. No había nada delicado ni amistoso en ese beso. Sus labios la forzaron a abrir la boca y su lengua entró, llenándola, tomándola, conquistándola con empujones fuertes.

Ella no podía respirar, no podía moverse. Sólo podía entregarse al poder brutal de su boca y de sus brazos. Matt puso una mano en su nuca, manteniendo firme su cabeza. La otra mano subió por su brazo hasta el hombro y bajó por la espalda, dibujando los huesos de su espina dorsal hasta su cintura, antes de alcanzar las caderas y apretarla contra él, obligándola a notar su dureza.

Ella se tambaleaba bajo el torrente de sensaciones, sintiendo

un deseo que apenas podía identificar. Sentía demasiado. Matt estaba pidiéndole demasiado.

Y ella quería dárselo, y sentirlo todo.

Tan repentinamente como la había besado, la separó y habló con respiración entrecortada.

—Linda, no debería…

—Te deseo —dijo ella, dando al fin voz a la fuerte necesidad que crecía dentro de ella.

—Me iré al motel —dijo intentando controlar su respiración —. Ahora mismo.

—No te escapes.

Él la miró con ojos ardientes.

—Si me quedo, Linda… Es sólo esta noche. No puedo prometerte…

—No quiero promesas. Sólo quiero esta noche.

Si Matt le hacía una promesa y luego la rompía, ella no podría soportarlo.

Él la abrazó de nuevo, con más suavidad esa vez. Sus labios se besaron jugando con provocadora ternura. El último beso de Matt la había abrumado, pero ése la excitó poco a poco, enviando oleadas calientes a su garganta y por su espalda hasta que le temblaron las piernas.

Había pasado mucho tiempo, muchísimo tiempo desde que un hombre le había hecho el amor. Muchos años desde que la habían besado así, desde que ella había deseado tales besos, desde que ella había soñado con sentir tal deseo.

Matt levantó las manos y le cogió la cabeza, besándola con más fuerza, enroscando su lengua con la de ella. Metió los dedos en su pelo, acarició sus pómulos y sienes con los pulgares, le besó la frente, el puente de la nariz, la barbilla la garganta. Llevó las manos hasta los botones bajo el cuello de su jersey y los abrió, uno y luego otro. Abrió el cuello, y se inclinó para besarle el escote.

A Linda seguían temblándole las piernas mientras cada gota de energía formaba un calor bajo su estómago. Había pasado demasiado tiempo. A lo mejor no recordaba lo que debía hacer, cómo agradar a Matt. Había pasado demasiado tiempo desde que ese calor le había quemado las entrañas, desde que sus caderas y pechos le habían dolido de semejante placer.

Debía avisarle de su falta de experiencia.

—Matt…

Cogiéndola de la mano, él la llevó a la cama. La hizo sentarse, y entonces, empezó a desabrocharse la camisa, casi rompiéndola por su ansiedad. Linda le desabrochó el último botón, y él aguantó la respiración cuando sus dedos rozaron la piel de su

abdomen.

Matt tiró la camisa al suelo. Con la luz de la luna que entraba por la ventana, ella vio los músculos marcados, su piel bronceada y la masa de rizos oscuros que se formaban alrededor de sus pezones y bajaban hasta su abdomen. Vio sus brazos, donde se marcaban los músculos y los tendones y la mano que ella había curado; la venda se veía como una raya blanca sobre su piel.

Él se sentó a su lado y le sacó el jersey por la cabeza. Y después, el sujetador.

Se quedó mirando sus pechos unos segundos; tenía los pezones de punta. Él la echó contra la almohada y le quitó los vaqueros, los calcetines y las braguitas.

El examen atento de su cuerpo le hizo avergonzarse. Para evitar que la mirara, Linda le hizo tumbarse a su lado y le acaricio los hombros, y su espalda. Oía su respiración entrecortada y sus manos se posaron en su pecho, acariciando los rizos oscuros y los pezones se le endurecieron, haciéndole gemir de placer.

Él le apartó las manos con facilidad, cogiendo fácilmente sus dos muñecas con una mano.

—No —susurró él.

Ella se puso colorada. Realmente le faltaba práctica, hizo todo de forma tan inepta que Matt había sentido necesario pararla.

—No soy muy buena en esto —confesó.

Él sonrió.

—Eres demasiado buena. Si me tocas así de nuevo, perderé el poco control que tengo.

Matt la besó suavemente la punta de la nariz y se echó hacia atrás. Su sonrisa se desvaneció al ver su expresión de ansiedad.

—¿Te lo has pensado mejor, Linda?

—No. Es sólo que no he estado con un hombre desde… desde hace mucho tiempo.

Él continuó mirándola con ojos misteriosos y bellos y con la sonrisa tan intensa que ella deseó besarlo de nuevo.

—¿Estás segura de que no quieres que me vaya?

—No.

Matt le levantó la mano y le besó la palma.

—No te preocupes. Iré despacio.

Soltando sus muñecas, Matt se puso boca abajo y cogió sus pechos. Ella se arqueó hacia él, apretando sus pechos en sus manos. El calor emanó desde la punta de los dedos de Matt hasta sus entrañas, mientras él acariciaba sus pezones hinchados. Sin pensarlo, ella le puso las manos en la cabeza y le hizo bajar. Él frotó su diente sobre la punta rosada de un pezón y lo lamió, y después se lo metió en la boca.

Las caderas de Linda se arquearon y se contonearon. Estaba increíblemente excitada. Quería rogarle que fuera más rápido, pero se perdería eso, la tensión escalofriante en sus pechos y caderas, el pulso febril en su garganta, el deseo enloquecedor que se infiltraba a cada célula en su cuerpo.

Ella le tocó de nuevo, y esa vez él no la paró. Las manos de Linda acariciaron su espalda, llegaron al borde de sus vaqueros y las puso delante. Le desabrochó el botón y le bajó la cremallera.

Una vez que Matt se hubo quitado los vaqueros, ella le tomó en su mano. Su dureza llenó su palma, y Linda cerró los dedos alrededor.

Una risa escapó de Matt.

—Linda. Linda… —dijo quitándole la mano de mala gana—. Eres imposible.

—Te deseo.

—Estoy aquí.

Matt bajó su mano por la pierna a la rodilla, a la espinilla, y de nuevo subió. Acarició la rodilla y la piel sedosa de la parte interna de su muslo. Su deliberada lentitud le hacía a Linda gemir de frustración. Cuando alcanzó los rizos suaves en el triángulo entre sus muslos, ella estaba retorciéndose desesperada.

Despacio, muy despacio, los dedos de Matt separaron los pliegues húmedos, se deslizaron sobre ellos, entraron y se deslizaron de nuevo.

El cuerpo de Linda se estremecía por el placer. Cerró los ojos. Él metió más los dedos y el corazón de Linda se detuvo.

—No —jadeó demasiado tarde—. No…

Un espasmo caliente se apoderó de ella, entrando hondo y produciendo más espasmos, una cadena interminable de ellos. Se sentía muy bien, increíblemente bien… pero cuando su cuerpo finalmente se tranquilizó, ella estaba sola.

Abrió los ojos. Los dedos de Matt continuaban moviéndose dentro de ella, muy suavemente.

—Te quería a ti —dijo Linda.

—Me tienes —dijo él, mirando hacia la mesilla de noche y luego a ella—. ¿Tienes protección?

—Oh.

Linda se sentó y sacó del cajón la caja de preservativos que le había dado Gary. Intentó quitar el plástico.

Matt le quitó la caja de las manos temblorosas y se inclinó para besarla.

—Yo lo haré —murmuró.

Mientras abría la caja, ella contempló su cuerpo largo y atlético tumbado a su lado en la cama, su pecho duro, su estómago

plano, sus muslos musculosos y llenos de vello. Miró su excitación, y entonces extendió la mano y acarició la carne palpitante y rígida. Él hizo una mueca, tiró la caja y aguantó la respiración.

—No me pares esta vez —dijo Linda.

—No lo haré.

Ella le rodeó con los dedos, recordando como agradar a un hombre, como volverle loco de deseo. Apretó su mano y él respondió con un gruñido bajo, moviéndose con ella, levantándose sobre ella, poniéndose entre sus piernas y apartándole la mano. Le levantó a Linda las piernas y entró en ella.

La penetración fue casi dolorosa, pero ella nunca se lo diría. Y entonces, gradualmente, el dolor cesó. Su cuerpo se relajó, se ablandó y se amoldó a él. Ella levantó las caderas, haciéndole entrar más.

Matt empujó una y otra vez, con ritmo cada vez más salvaje. Ella le agarró de los hombros.

Los espasmos se apoderaron de ella una vez más, consumiéndola. Linda se oyó gritar y entonces oyó el gemido ronco de Matt cuando estalló dentro de ella.

Lo abrazó y él cayó encima de ella, con la respiración entrecortada, la piel empapada de sudor.

Al final, él se apoyó en un codo y ella le soltó. Él la miró, examinando su rostro.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó ella, sonriendo.

—He sido un poco brusco…

—Estoy bien —murmuró ella—. Más que bien.

Una sonrisa vacilante apareció en las esquinas de su boca. Él le dio un beso y entonces se quitó de encima de ella y cogió una almohada. Colocando la almohada contra el cabecero, se apoyó en ella y cogió a Linda entre sus brazos. Le besó la cabeza.

Ella se sintió infinitamente en paz. Las angustias del pasado se habían olvidado de momento. Sólo existía el presente, bajo la protección de los brazos de Matt.

Matt extendió sus piernas junto a las de ella y chocó con la caja de preservativos que estaba medio escondida entre las sábanas. Sin soltar a Linda, se inclinó y cogió la caja. La miró unos instantes y entonces la puso sobre la mesita.

—Para una mujer que no ha hecho esto desde hace tiempo estás bien preparada.

—¿Estás quejándote?

—¡Dios no! —exclamó él, besándole la frente—. Estoy tan agradecido como puedo estarlo.

Ella se acurrucó más, pasando un brazo sobre su pecho, y

una pierna sobre las de él.

—Ahórrate las gracias para Gary. Él me dio la caja.

Matt se quedó perplejo.

—¿Tu hermano?

—Fue un regalo de cumpleaños. Me dijo que había pasado demasiado tiempo de luto. Y que aunque no estuviera preparada para enamorarme de nuevo, pensó que necesitaba algo de diversión en mi vida.

Matt le acarició el pelo.

—¿Y qué piensas?

Cuando Gary le había dado los preservativos, él había pensado en que ella se divirtiera un poco tras su largo período de dolor. Lo que ella y Matt habían compartido era enteramente diferente. Era demasiado íntimo, demasiado intenso, demasiado emocional.

—Esto no ha sido diversión, Matt —dijo y entonces se dio cuenta de que podría tomarse su comentario como un insulto—. Quiero decir…

—Sé a qué te refieres —le aseguró él.

Él no podía hacerle promesas, y ella lo aceptaba. Pero mientras lo abrazaba y cerraba los ojos, deseó que las cosas hubieran sido diferentes.

Separarse de Matt iba a romperle el corazón. Y antes o después, antes de lo que a ella le gustaría, iba a tener que dejarle marchar.

Se dijo que era un tonto, un irresponsable, un insensato. No debería haber hecho eso.

Había ido a Braxton en busca de venganza, no de sexo.

Lo que había sucedido entre él y Linda Villard no fue sólo sexo. Y él lo sabía. ¿Cómo había dicho ella? «Esto no ha sido diversión».

En verdad, no lo fue.

Bueno, sí lo había sido, admitió con una sonrisa traviesa, mirando a la mujer que dormía entre sus brazos. La tranquilidad de su respiración profunda le recordaba al ronroneo feliz de un gato.

Por supuesto, los gatos no lo excitaban. Nada lo excitaba como Linda.

Pero eso no tenía que ver con la diversión.

Hacer el amor con Linda había sido el resultado natural de una relación larga, no iba a llevar a nada real. Era sólo ese momento fugaz, y la corta duración de ello le entristecía de un modo profundo e inexplicable.

Él no podía darle nada más de lo que ella había pedido, nada más que esa noche. Ojalá le hubiera pedido más, ojalá hubiera

confiado menos en él, ojalá ella no hubiera abrigado una fe tan profunda en él y en la magia de esa noche…

Él quería darle todo. La luna, las estrellas, su alma…

Pero al día siguiente, su pasión se transformaría en furia dirigida a Gary. Al día siguiente, la luna y las estrellas desaparecerían, y bajo la clara luz del día, él recordaría por qué había ido a Braxton.

Linda murmuró algo ininteligible, y su mano se movió en sus costillas. Su tacto era como una chispa. Matt sintió su cuerpo encenderse de nuevo.

Ella no estaba despierta, pero eso no detuvo a Matt. Rodeando su pequeña cintura con las manos, la levantó hasta que su rostro estuvo frente al de él, y entonces bajó su boca a la de ella.

Los ojos de Linda se abrieron y se cerraron de nuevo. Un suspiro escapó de sus labios cuando sus pechos frotaron su pecho y su pelo cayó alrededor de ellos. Ella se movió despacio, aún más dormida que despierta, pero sus labios se separaron y su lengua recibió a la de Matt. Sus dientes se cerraron sobre el labio inferior de Matt en un jugueteo amoroso. Él gimió.

No se hartaba de ella. Ella era demasiado encantadora, su piel demasiado suave, su pelo demasiado fragante.

Rodeó su trasero con sus manos, apretó y acarició sus muslos, y entonces la cogió de nuevo de la cintura y la levantó más, hasta que pudo besarle los pechos, y lamerlos y chuparlos.

Queriendo más de ella, la levantó más. Ella pareció confundida al principio, insegura, y sus dedos se agarraron a las barras de metal del cabecero mientras él besaba su estómago y después más abajo, bebiéndose la miel dulce de su excitación, devorándola. Ella se quedó rígida sobre él, gimiendo de placer.

Él quería satisfacerla de todos los modos posibles. Quería darle todo esa noche, antes de que fuera demasiado tarde.

—Matt… oh, Matt…

El nombre salió de sus labios temblorosos. Temblando, bajó la cabeza hacia su hombro y su cuerpo hacia él, con los ojos brillantes de lágrimas.

Entonces ella empezó a bajar por su cuerpo, chupando sus minúsculos pezones con la punta de la lengua, trazando líneas con sus uñas sobre su abdomen. Siguió bajando, repartiendo besos por su estómago y llevando sus dedos más abajo, hasta que la llama que ella había encendido amenazaba con incinerarle. Sus labios siguieron el sendero de sus dedos, explorándole con timidez y ternura. Cuando rozó con la lengua la parte más sensible de su cuerpo él tuvo que apretar los dientes para evitar gritar.

—Ven aquí —gruñó él, cogiéndola del brazo y subiéndola.

La besó con pasión y deseo, olvidando ser suave y lento. Estaba ardiendo, fuera de control, no podía pensar.

Ella fue la que le detuvo, la que cogió la caja.

Por un instante, él deseó que ella no lo hubiera hecho. Una fantasía apareció en su cerebro, un eco de algo que Linda había dicho antes… su pregunta sobre si había tenido niños.

Él no había querido niños con Ellie. Pero con Linda, con esa mujer de pelo rojo y ojos verdes, todo confianza y bondad, amor y amabilidad…

Dios le ayudara, si su vida no fuera lo que era, si él fuera otra persona, viviendo otra existencia, hubiera plantado su semilla dentro de ella. Hubiera tenido su hijo con ella. En ese momento. Esa misma noche.

Pero ella le había detenido a tiempo, y él intentó convencerse de que se alegraba. Cuando la bajó hacia él y sus manos sujetaron con fuerza sus caderas mientras entraba en ella, se dio cuenta de que no tenía derecho a tener esas esperanzas.

Y cuando terminó, cuando su cuerpo estaba saciado y oyó los suspiros de placer de Linda, se dijo que tenía suerte de tener tanto como ella le había dado.

Tenía suerte de tener cualquier cosa.

Capítulo 10

La casa en sí era el problema. Era sólo un edificio con tres acres de tierra, demasiado lejos de la ciudad para ser cómoda y demasiado cerca para ser auténticamente rural. Tenía ochenta años de antigüedad, e indudablemente había sido construida por alguien que buscaba una vivienda cómoda por la mínima cantidad de dinero.

La verdad era que si Gary la vendía, no conseguiría mucho dinero. La economía no era precisamente floreciente en Braxton, Massachusetts.

Por supuesto, conseguiría veinte mil dólares por el lugar. Podría conseguir tres o cuatro veces esa cantidad. Y tendría suficiente dinero para cubrir su deuda con Matt Calloway, pagar sus tarjetas de crédito y comprar un anillo de diamante más modesto para Debbie… si ella seguía amándolo.

Seguro que podía vender la casa. ¿Pero qué sucedería con Linda?

Entre los impuestos y los gastos, ella estaba gastándose entre trescientos o cuatrocientos dólares al mes. Tenía que haber algún lugar en la ciudad que pudiera alquilar por ese dinero.

A lo mejor un apartamento sobre la tienda de licores.

¿Cómo podía Gary echarla? Para él era sólo una casa, una propiedad que podía vender para conseguir dinero que necesitaba desesperadamente. Pero para ella era un hogar, su hogar. Ella había regresado a Braxton hecha pedazos y se había curado allí. Había encontrado allí un trabajo, sirviendo a los ciudadanos de Braxton por un sueldo mísero porque creía en lo que estaba haciendo. Se había creado una vida tranquila y aparentemente plena, y Gary no podía soportar la idea de arrebatársela.

Aunque no tenía muchas opciones. Si ella no podía dejarle el dinero que necesitaba, él tendría que vender la casa o pasar el resto de su vida huyendo de Matt Calloway.

Estaba cansado de esconderse. Quería solucionar las cosas y volver con Debbie antes de que la perdiera para siempre. No dejaba de pensar en ella. Tenía que volver con su novia.

Pero antes debía ver a Linda.

El sol había llegado a lo más alto cuando llegó a la carretera del oeste. Tendría que ir con el poco coraje que tenía y el que pudiera conseguir en la hora y media que tardaría en llegar a Braxton.

Sólo esperaba que Linda no lo odiara.

Lejos en la distancia, ella oyó el ruido de una puerta de coche cerrándose.

Abrió los ojos. La luz del sol entraba por la ventana. Quería mirar la hora en el despertador, pero hacerlo significaba soltarse del abrazo de Matt, y no tenía prisa por abandonar sus brazos. En lugar de eso, miró el ángulo de la luz del sol y calculó que era media mañana. Dado que la noche anterior ella y Matt no habían dormido mucho, merecían dormir hasta tarde.

El hombro de Matt era firme y su pecho cálido. Linda pasó suavemente los dedos por su superficie, enroscándolos en el pelo, admirando sus músculos marcados en su torso.

Era perfecto. Su cuerpo le había hecho a ella cosas que ella apenas podía llegar a comprender. Su cuerpo, sus manos, su lengua traviesa… Sus ojos. Su calor, su pasión y su alma.

Y en pocas horas o días, él iba a salir de su vida para siempre.

Cerrando los ojos, Linda se acurrucó más contra él y se juró que nunca se arrepentiría de haber pasado una noche con él. No importaba si nunca volvía a verlo después de ese día, si nunca experimentaba algo tan magnífico de nuevo. Se juró que siempre estaría agradecida por haberlo experimentado una vez, una noche sublime y milagrosa.

La mano de Linda bajó más y él se estiró, poniendo su mano sobre la de ella antes de que Linda alcanzara su meta. Matt abrió los ojos y la miró.

—No me tientes —murmuró con una sonrisa somnolienta.

Ella sonrió también.

—¿Por qué no?

Él le dio la razón con un suspiro. Linda puso la cabeza encima de la de él y se besaron. Antes de que ella se perdiera del todo en el beso, oyó un golpe en la distancia… no la puerta del coche esa vez, sino el maletero de un coche.

Linda se separó de él, luchando por aclararse la cabeza. Sus vecinos más cercanos vivían demasiado lejos para que ella pudiera oírles abrir y cerrar las puertas de sus vehículos. Los sonidos que oía, aunque ahogados, llegaban de cerca.

Alguien estaba en su casa.

Evidentemente, Matt había llegado a la misma conclusión. De repente alerta, con la visión clara y aguda, rozó con sus dedos suavemente los labios de Linda para evitar que hablara. Juntos escucharon pasos en la entrada de la casa, después silencio mientras el visitante cruzaba la hierba hasta el porche, y luego los pasos en el porche de madera.

—Es Gary —susurró Linda con el corazón acelerado.

Mientras oían el sonido de sus pasos en el porche justo delante de la ventana, Matt mantenía los ojos fijos en los de Linda. Seguro que en breve escucharían el sonido metálico de una llave entrando en la cerradura.

—Escúchame —dijo Matt en voz muy baja, rozándole los labios con los dedos para avisarla que no la interrumpiera.

Ella asintió.

—Hazle entrar y que se quede contigo. Llévale a la cocina, quítale la cazadora, hazle café, lo que sea. Sólo asegúrate de que no tiene ninguna oportunidad de marcharse de tu lado.

Ella asintió de nuevo. Desde el vestíbulo, se oyó la voz familiar de tu hermano.

—¡Linda, despierta perezosa! ¡Estoy aquí!

—Lo que sea —continuó Matt con voz baja y aún más intensa—. No le digas que estoy aquí, ¿de acuerdo?

Una vez más, ella asintió.

—Si se entera de que estoy aquí…

—¡Eh, Linda! —siguió gritando Gary—. ¡Baja a dar la bienvenida a tu hermano!

—No quiero que escape de mí —continuó Matt—. Prométeme que no le darás la oportunidad de escapar.

Ella asintió una vez más, se sentó y sacó las piernas por el borde de la cama.

Matt la cogió del hombro y la volvió hacia él.

—¿Puedo confiar en ti, Linda?

—Sí, te lo prometo.

Satisfecho, la soltó. Linda sintió que la relación suya con Matt se había alterado. Ella había dejado de ser su amante, la mujer que había compartido su cama y su amor con él durante la noche y había pasado a ser la hermana de Gary Villard, y Matt había pasado a ser el enemigo de Gary Villard.

Una punzada de tristeza se apoderó de ella mientras entraba al baño, cogía su albornoz y se lo ponía. Habría sido mucho más agradable que ella y Matt hubieran vuelto a la realidad gradualmente, tumbados juntos y repartiéndose algunas caricias y besos. Hubiera sido agradable fingir, al menos durante unos minutos más, que la noche anterior no había sido algo aislado.

Pero incluso si ella hubiera querido saborear la magia durante un minuto más, obviamente Matt se había olvidado de ello con poco esfuerzo, regresando a su papel de hombre agraviado en busca de su compensación. Lo que había brillado con vida propia entre ellos la noche anterior, no le había dejado a él muy impresionado.

Pero ella no debería querer más. Él no le había prometido más.

¿Pero no podía haberle dado al menos un beso de despedida? ¿Una tierna caricia? ¿Unas palabras susurradas de que no importaba lo que sucediera a continuación, él siempre recordaría con afecto la noche que había pasado en su cama?

Evidentemente, la había abandonado en el mismo instante en que Gary había abierto la puerta.

—¡Linda! ¡Si no bajas subiré yo!

Matt se sentó en la cama y le hizo a ella un gesto hacia la puerta. Ella se puso las zapatillas y se ató el albornoz. Abriendo la puerta, echó una última mirada a su cama deshecha, las almohadas descolocadas, las barras del cabecero de metal, barras a las que se había agarrado extasiada la noche anterior.

Su recuerdo de la increíble sensualidad de Matt levantó una oleada de calor desde sus caderas hasta su corazón. Pero el verlo mientras él le hacía gestos para que se fuera, con la mirada implacable y la boca apretada, se llevó todo el calor de ella.

No debía odiarlo. No debía culparle. Debía envidiar su habilidad para apartar la noche anterior de su cabeza con tan poco esfuerzo.

Con un suspiro, ella empezó a dirigirse a las escaleras.

—¡Linda! —exclamó Gary en los pies de la escalera sonriéndola, con la cara brillante de alegría.

Incluso después de tantos años, Linda no se había acostumbrado a las tonalidades de su hermano por vivir en el sur de California; la piel dorada, las pecas y el pelo rubio por el sol. Llevaba una chaqueta de lana, vaqueros lavados a la piedra, mocasines de piel y su pendiente. Linda tampoco se había acostumbrado a eso.

—Vamos, hermanita, despiértate y vamos a tomar café. Son más de las nueve. Yo llevo levantado desde las seis y media. ¿De quién es el coche que hay fuera? ¿Tienes compañía?

Gary irradiaba energía, abrumándola con su alegría. Su torrente de preguntas hacía que le doliera la cabeza. Sólo el abrazo que le dio cuando ella llegó al último escalón, evitó que cayera al suelo.

—El coche tiene matrícula de Connecticut. ¿Quién está aquí? ¿Alguien que conozco?

—Es… es una amiga del instituto —mintió sin sentirse bien por ellos—. Ella… ella sigue durmiendo, así… ¿Por qué no entramos en la cocina y hago café? Así podrás contarme cosas de Somerville.

—Somerville estuvo bien —dijo Matt, siguiéndole a la

cocina y llevando una bolsa—. Steve sigue sin trabajar. ¿Hay más trabajo ya por aquí?

—Ya sabes que no.

—Eh —dijo Gary detectando su tensión—. ¿Qué sucede?

—Nada.

Ella ya había mentido una vez. ¿Por qué no mentir dos veces? Con los filtros de café en la mano, Linda soltó una palabrota cuando no pudo separar un filtro del montón.

Gary frunció el ceño.

—No me digas que nada, Linda. Tú no hablas así, no es tu estilo. ¿Qué sucede?

—Nada. Sólo que estoy medio dormida —dijo malhumorada —. Me has despertado.

—Y ya era hora. Bueno, hola, *Dinah* —dijo Gary agachándose para saludar a la gata, que había entrado en la cocina para examinar al invitado de Linda.

Cogiendo a *Dinah* del pellejo, Gary la levantó a la altura de sus ojos.

—*Dinah*, ¿qué le pasa a mi hermanita?

Linda sintió deseos de desmayarse por la angustia de la situación. ¿De todos modos cuánto tiempo pensaba Matt quedarse arriba? ¿Cuándo iba a tener lugar la gran confrontación?

—No me pasa nada —repitió Linda.

La tensión amenazaba con partirla en dos. Una parte de ella pertenecía a Matt, el hombre que había arriba, su amante. El hombre que estaba a punto de destruir a su hermano y después marcharse.

La otra mitad pertenecía a su hermano.

Las fibras más internas de su espíritu estaban estirándose y tensándose. Se estaba desmoronando, desintegrando.

Gary continuaba la entrevista con la gata.

—Cuéntame, *Dinah*. Linda nunca está de tan malhumor por las mañanas. ¿Tiene el síndrome premenstrual?

Dinah se lamió los labios y arrugó la nariz. Gary la dejó junto a su plato de agua y cruzó la habitación hacia el mostrador, donde Linda estaba inclinada sobre la cafetera.

—¿Vamos, Linda? ¿Qué es?

—Nada —murmuró ella.

Gary se puso detrás de ella y le dio otro abrazo.

—No soy ningún extraño. Soy yo. Sé que algo no va bien. Puedes contármelo.

—No hay nada que contar.

—Pues a mí no me pareces muy feliz.

Ella se dio la vuelta en sus brazos y escondió la cara contra

su hombro. Él seguía con la cazadora puesta. Matt le había ordenado que se la quitara para que no pudiera escapar.

Pero más importante que su chaqueta era su familiar cariño fraternal. Ese era Gary, su campeón en lo bueno y en lo malo, en la infancia y la adolescencia. Ése era el hombre que la había liberado de la tiranía de sus padres. Ése era el hombre que había seguido visitándola a ella y a Andrew cuando la mayor parte de sus amigos se habían alejado, sin ser capaz de soportar lo destrozado que estaba Andrew. Ése era el hombre que se había acercado a ella poco después de morir Andrew y le había dicho:

—Él ya no está sufriendo, pero tú sí. Vamos a casa a que te pongas bien.

Durante todos sus treinta y tres años, Gary había estado a su lado, tomándole el pelo, peleándose con ella, preocupándose por ella, apoyándola, amándola. Nada de lo que pudiera hacer haría nunca que ella lo quisiera menos. Y tampoco nada de lo que había hecho podía hacer que disminuyera su amor por él.

—Tienes problemas, Gary —murmuró Linda.

Aflojando su abrazo, él dio un paso atrás y la miró con cautela.

—¿Qué quieres decir?

—Sé lo que hiciste —dijo acelerada—. Sé lo que le hiciste a Matt Calloway. No sé por qué lo hiciste, pero estoy segura de que tenías una razón.

Gary perdió algo de su porte californiana. Sus ojos se encontraron, y ella parecía estar mirándose en un espejo. Sus ojos brillaban con la misma multitud de colores, el mismo caleidoscopio de emociones.

—Tuve una razón, Linda. Quiero explicártelo todo.

—Ahora no. Tienes que marcharte. Matt está aquí.

—¿Aquí? —dijo con voz baja, pero horrorizada—. ¿Está aquí ahora?

—Sí, el coche es suyo. Gary, por favor, márchate antes de que baje.

Ella no podía soportar ver a los dos hombres pelearse. Estaba segura de que Matt ganaría. Él tenía la justicia de su lado, y era más fuerte que Gary, física y mentalmente. Pero no podía soportar ver perder a su hermano. Él y Matt deberían tener su confrontación en otro lugar, lejos de ella.

—Vete —dijo Linda, empujándole hacia la puerta—. Hablaremos más tarde. Vete de aquí.

—¿Está aquí? ¿Calloway está aquí? ¿Ha pasado la noche contigo?

¡Menudo momento para que Gary se hiciera el hermano

mayor ofendido! Ella sabía que sólo quería protegerla, demasiado. Él podía darle una caja preservativos de regalo de cumpleaños porque sabía que ella no era el tipo de mujer que podía usarlos ocasionalmente.

Pero no era el momento para que Gary defendiera el honor de su hermana pequeña. Tenía que preocuparse de su propio pescuezo.

—Gary, no pierdas tiempo. Vete.

Pero él se quedó en el vestíbulo.

—¿Calloway? —rugió poniendo el pie en el primer escalón —. ¡Baja aquí, bastardo! ¡Si has tocado a mi hermana te mataré! ¡Si has tocado un solo pelo de su cabeza…!

—¡Gary! —gritó Linda, corriendo hacia él—. Para.

Pero él no tenía intención de parar. Al menos no era el cobarde que había pensado Matt cuando le había dado a Linda instrucciones para evitar que escapara. Era lo contrario, Gary estaba cargando contra Matt, con sed de sangre.

Matt pareció preparado para enfrentarse a él. Apareció en lo alto de las escaleras, vestido y compuesto, sin afeitar pero peinado, con los ojos tan duros y negros como carbones. Bajó hasta el último escalón con paso lento, una mano en la barandilla y la otra cerrada en un puño contra su muslo. Su respiración era profunda y regular.

Ni siquiera miró a Gary. Su mirada estaba fija en Linda.

—¿Has dormido con mi hermana? —rugió Gary.

Matt ignoró a Gary.

—Le has dicho que estaba aquí —le dijo a Linda con voz suave pero helada.

—Matt…

—¿Se lo has dicho?

Tragando saliva, ella asintió.

—Y le has dicho que se fuera. Querías que desapareciera antes de que yo lo encontrara. Intentaste ayudarle a escapar de mí.

—Matt —dijo ella, sintiendo una furia repentina hacia él, y pensando que la promesa que le había hecho hacer no había sido justa—. Es mi hermano, Matt.

—Así que intentaste ayudarle a escapar.

—Lo quiero, Matt. Es mi hermano. ¡Yo nunca pedí estar en medio de esto!

Gary cogió la manga de Matt, decidido a ser oído.

—¿Qué le has hecho a Linda?

Algo murió en los ojos de Matt, la última chispa de luz. Sus ojos estaban vacíos cuando se volvió a mirar a Gary.

—Si le has hecho algo a mi hermana…

—Yo no me le he hecho nada —le aseguró Matt con tono

tan frío como acalorado el de Gary—. He dormido con ella.

Gary dijo una palabrota.

—De acuerdo, Matt. Vamos fuera. Arreglaremos esto solos.

—Gary —protestó Linda.

Su caballerosidad estaba fuera de lugar. No estaban en la Edad Media. Y si Matt había hecho algo a su corazón, su mente y su alma, no había nada que Gary pudiera hacer al respecto, ni fuera ni dentro.

—Lo que sucedió anoche es irrelevante —dijo Matt con el mismo tono vacío—. No tiene sentido. Devuélveme mi dinero y mantente alejado de mi vida y yo me mantendré fuera de la tuya.

¿Irrelevante? ¿Sin sentido? El dolor se acumuló en el pecho de Linda, y deseó darle una paliza a Matt. Ella no necesitaba a Gary para luchar sus batallas; se ocuparía sola de Matt. Si él podía hacer lo que había hecho con ella la noche anterior y decir que había sido algo sin sentido…

Quería matarlo.

—El dinero —le dijo Gary—. Eso es todo lo que importa, ¿verdad? Eso es a todo lo que has venido, ¿cierto?

Un músculo se tensó en la mandíbula de Matt.

—Eso es lo que he venido a buscar —dijo.

—Así que te acostaste con mi hermana para cogerme. Viniste a su casa, te metiste en su vida, te ganaste su confianza y te acostaste con ella. La has usado… sólo para conseguir tu dinero. Eres escoria, lo peor y lo más bajo. Un gusano tendría que bajar la cabeza para mirarte.

El dolor de cabeza de Linda se trasladó a su nuca. Sabía que Matt estaba enfadado, ella sabía lo que Gary le había hecho, ¿pero por qué se había vengado en ella? ¿Qué le había hecho ella a él?

Ella había confiado en él, como había dicho Gary. Le había abierto su vida. Le había recibido en su casa y en su cama.

Y cuando Gary había aparecido, ella había intentado alertarle, salvarle. Había sido una hermana leal.

Una promesa imposible de mantener no era suficiente para provocar la ira de Matt, ¿verdad?

¿O era, como había dicho Matt, que él simplemente había estado usándola para llegar a Gary? ¿Que simplemente había entrado en su vida y su corazón sólo para atrapar a Gary?

¿Era el dinero, como él mismo había dicho, todo lo que importaba?

Linda se sentía desesperada, ahogada, a punto de gritar. Matt y Gary apenas se dieron cuenta, tan concentrados estaban insultándose. Linda pasó junto a ellos hasta la puerta de la casa y salió al porche, cerrando la puerta detrás de ellos y rezando para

que ninguno saliera tras ella.

El sol estaba alto y brillante, secando los últimos restos de humedad del jardín delantero. Linda se sentó en el último escalón del porche y se apretó con más fuerza el albornoz a su alrededor, tragándose las lágrimas.

No iba a llorar. Ni por Matt ni por Gary. Ellos solucionarían sus diferencias una vez hubieran dejado de insultarse. Lo arreglarían sin su ayuda. A lo mejor, Gary le ponía a Matt un ojo morado por el honor de Linda y Matt le hacía sangrar la nariz por su precioso dinero, y después, harían una tregua. Matt regresaría a Oregón, Gary a California y Linda…

Bueno, ella tenía a *Dinah*.

A través de la puerta, ella oyó los gritos de Matt y Gary. Cerró los ojos e intentó imaginar recuerdos de la noche anterior, de la ternura de las manos de Matt sobre ella, la dureza moviéndose en su interior, llevándola más y más alto hasta que el mundo sólo le había parecido pulsaciones de energía, de amor.

La noche anterior se había sentido como si fuera parte de él, unida a él. Y en ese momento se sentía más sola que nunca.

Oyó la puerta abrirse detrás de ella y se encorvó, apretándose más la bata. No quería saber quién de los dos era. No le importaba. Les despreciaba a los dos.

Los pasos se acercaron a ella y Linda cerró los ojos. Por encima del olor a tierra húmeda olió a Matt. Sólo había pasado una noche con él y estaría condenada a recordar su aroma masculino para siempre.

Él empezó a rodearle los hombros con el brazo, pero cuando ella se encogió, se lo pensó mejor y apartó la mano.

—Debes de tener frío aquí fuera.

—Vete.

Pero se quedó sentado a su lado. Ella abrió los ojos sólo lo suficiente para mirarlo de reojo y vio que tenía los codos apoyados en las rodillas. Llevaba el jersey que había tenido el día anterior, con las mangas subidas. Para distraerse de la forma viril de sus brazos, Linda se fijó en las maderas viejas de los escalones.

—Mira, Linda… —dijo suspirando—. Siento que haya terminado así.

—De un modo u otro tenía que acabar —dijo ella con tono mordaz que ocultaba el dolor que sentía—. Parece que al menos tú y Gary habéis despejado el aire.

—¿Bromeas? El aire está intoxicado ahí dentro.

—Bueno, los dos habéis gritado mucho.

—Sí, y nos hemos insultado. Le dije que era un bastardo por robarme y él me dijo que era un bastardo por acostarme contigo.

Eso es lo más lejos que hemos llegado.

—A mí me parece bastante exacto —murmuró Linda—. Los dos sois unos bastardos. Gracias a Dios que yo sólo estoy emparentada con uno de vosotros.

—Te has puesto de su parte.

—Tú no tenías ningún derecho a pedirme que me pusiera de ninguna parte.

Matt miró hacia el frente, guiñando los ojos por la luz del sol.

—Pensé que podía confiar en ti. Pensé que la noche anterior había valido para algo.

Ella se estremeció, no por el viento frío, sino por la pérdida y la traición, al darse cuenta de que nada de lo que hubiera podido hacer Gary le habría hecho tanto daño como comprender que Matt la había usado.

—Tú eres el que ha dicho que la noche pasada ha sido irrelevante —le recordó Linda, incapaz de contener su amargura—. ¿Cómo has podido decirle esas cosas a Gary? ¿Cómo has podido hacer que sonara tan barato?

—Oh, Linda, Linda… Estaba herido. Tú me habías prometido…

Si ella hubiera tenido algo de fe en él, hubiera creído que estaba angustiado.

—Tú me forzaste a prometerlo. No fue justo, Matt. Me obligaste.

—Entonces debiste haberme dicho algo antes de bajar con Gary. Debiste avisarme de que ibas a decírselo.

—No sabía qué iba a hacer hasta que lo vi.

Matt se quedó callado un rato.

—Entonces lo viste —dijo con tranquila resignación—. Y tú hiciste lo que hiciste.

Suspiró, se puso de pie y se dirigió hacia su coche alquilado.

Verle marcharse en el coche sería ver su peor pesadilla hacerse realidad. Antes de que arrancara, ella se levantó y entró en la casa.

Encontró a Gary sentado a la mesa de la cocina, echado hacia delante, con las manos alrededor de una taza de café. Parecía agotado. Tan agotado como se sentía Linda.

Sin hablar, ella sacó otra taza del armario, la llenó con el café recién hecho y la llevó a la mesa. Se sentó enfrente de él y lo miró.

—¿Bien?

—¿Bien qué? —gruñó Gary.

—¿Por qué lo hiciste?

Él respiró profundamente. Durante toda su vida, la gente le había echado a Gary menos años de los que tenía realmente. Pero en ese momento, parecía tener más de sus reales cuarenta años. Bajo su bronceado, su piel se veía pálida, su pelo muy débil alrededor de su estrecho rostro. Sus ojos parecían decaídos y sin brillo.

—Ocurrió.

—Las cosas así no ocurren simplemente, Gary. Robar a tu amigo de la guerra no es algo que ocurra.

—De acuerdo, de acuerdo.

Gary dio un sorbo de café, se enderezó en la silla, estirando las piernas por debajo de la mesa y echando la cabeza hacia atrás.

—Este enero pasado, yo tenía mi trabajo. Algún bruto de fuera de la ciudad había venido en avión a hacer negocios, y alquiló una limusina para el día. Era muy callado, muy arisco. No era ostentoso ni nada así.

Linda dio golpecitos impacientes con los dedos en su taza.

—Hizo negocios en la parte trasera de la limusina durante todo el día. Me pedía que le llevara a alguna dirección, alguien subía con él detrás, me pedían que les llevara a otro sitio y el tipo que había subido se bajaba. Dejaron subido el cristal interior, así que yo no tenía idea de qué estaban hablando. El caso es que al terminar el día, dejé al cliente en el aeropuerto y llevé el coche de vuelta al garaje. Mientras estaba limpiando la parte trasera, me encontré veinticinco mil dólares.

—¿Qué?

—Te lo juro, Linda… Fue como en la televisión, esos fajos envueltos en papel. Cinco fajos, cada uno de cinco mil dólares. Estaban en el suelo, bajo la bandeja de las bebidas. Me imaginé que debían haberlos olvidado.

—¿Veinticinco mil dólares?

—Yo trato con personalidades continuamente, ya lo sabes. Veinticinco mil dólares es la paga de un día de algunos actores.

—Pero sigue siendo mucho dinero.

—Dímelo a mí —dijo Gary, terminándose el café.

Se levantó y se echó más. Regresó a la mesa y se sentó de nuevo para continuar con su historia.

—Debería haberlo devuelto en mi oficina pero, pero… era mucho dinero. No sé qué me pasó, Linda, pero… pero quería tener todo ese dinero, sólo por una noche. No iba a quedármelo ni nada. Sólo quería tenerlo conmigo durante una noche. ¿Lo entiendes?

—Entonces te llevaste el dinero a casa contigo —dedujo Linda.

—Sí —confesó Gary, mirándola avergonzado—. Pensé que

el tipo llamaría a mi jefe al día siguiente y le informaría del dinero desaparecido, y yo diría que lo había encontrado y eso sería todo. Pero el tipo no llamó. Pasaron los días y no llamó. Y yo empecé a pensar que a lo mejor ni se había dado cuenta de que le faltaba el dinero. A lo mejor tenía tanta pasta que podía perder veinticinco mil dólares sin darse cuenta.

—Gary…

La compasión era una cosa, pero oír a su hermano inteligente racionalizar su comportamiento tan estúpidamente, le hacía perder la paciencia.

—De acuerdo, de acuerdo, me lo fundí, ¿vale? Por una vez en mi vida, Linda… por una vez en mi vida quería algo. Tengo cuarenta años, ¿y qué hago? Llevo en coche a gente importante. Soy un conductor de limusina. He trabajado durante toda mi vida y no he llegado a ninguna parte. Conduzco todo el día por quinientos a la semana, y casi la mitad de eso se va en el alquiler. Tengo una mujer a la que quiero y ni siquiera puedo permitirme comprarle un anillo de compromiso.

—Debbie no quiere un anillo de compromiso —dijo Linda.

—Pero yo quiero regalarle uno. ¿No lo entiendes? Guardé ese dinero durante un mes y nadie lo reclamó, y me dije que por tanto iba a comprarle un anillo a mi mujer.

—No pudiste gastar veinticinco mil dólares en un anillo.

—No, gasté el resto en otras cosas.

—Oh, Gary.

—Por una vez en mi vida viví a lo grande. Le dije a Debbie que me habían pagado unas gratificaciones atrasadas y comimos en sitios elegantes, compramos una tele y otras cosas. No sé cómo se gastó todo… salas de fiesta, el hipódromo un par de días. No lo sé, pero se gastó. Y fue divertido, Linda. Fue divertido tener todo ese dinero para gastar. No lo negaré.

—Pero no era tuyo.

—No me hables de moral. Me preguntaste qué sucedió y te lo estoy contando —suspiró bebiendo café de nuevo—. Sí, no era mío. Bueno, el tipo del dinero apareció en la ciudad con un amigo justo el día antes de San Valentín, cuando había planeado darle el anillo de compromiso a Debbie. Contactó con mi jefe y averiguó que yo fui el conductor que le llevó a él. Me encontraron después del trabajo un día. El tipo me dijo que se había dejado el dinero en mi limusina y lo quería. No era dinero limpio, Linda. Estoy seguro.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Si el tipo hubiera hecho negocios legales, no estaría pasando de unas manos a otras fajos de dinero en el asiento trasero de una limusina alquilada. Nadie hace ese tipo de negocios en

efectivo a menos que sea ilegal. De todos modos, yo fingí no saber de qué hablaban, pero me amenazaron. Con un arma. Incluso peor… amenazaron a Debbie. Sabían su nombre. Júrame que nunca se lo dirás, Linda.

Linda estaba demasiado espantada para responder de inmediato. El pensar en Gary y su novia siendo amenazados por criminales con armas era demasiado horrible. Pasado un minuto, se recuperó lo bastante para hablar.

—Es cosa tuya lo que quieras que sepa Debbie.

—Me dijeron que tenía que darles el dinero inmediatamente. Querían darme sólo un día, pero les convencí para que me dieran una semana. Yo no tenía el dinero. Necesitaba tiempo para reunir toda esa cantidad.

—Así que robaste al hombre que había sido tu mejor amigo en Vietnam.

—No quería hacerlo, pero esos hombres me asustaron. Yo no tengo el tipo de trabajo para que un banco pueda prestarme esa cantidad de dinero. La única propiedad que tengo para que me concedan el préstamo es esta casa, pero no podía conseguir que un banco en Los Ángeles aceptara una casa en Massachusetts como garantía. No sabía qué hacer.

—¿Qué hiciste?

—Devolví el anillo y conseguí cinco mil con eso. Tenía unos dos mil en el banco. Pero seguía necesitando mucho.

—Entonces fuiste a ver a Matt.

—Sí. Sabía que a él le iba bien. Jimmy Green me había dicho que tenía su propia compañía constructora en Portland, una gran casa en las colinas, sin esposa, niños, ni obligaciones. Pensé que podía pedirle prestado dinero.

—O eso o falsificar un cheque.

—No empecé pensando en eso —le juró Gary—. Pero mientras llegaba a Portland…. pensé, bueno, si podía conseguir que funcionara… Linda, estaba desesperado. Esos hombres me habían amenazado con hacer daño a Debbie. Pensé que después podría arreglar las cosas con Matt. Primero tenía que pagar a los matones, después tenía que salir de la ciudad hasta que decidiera qué hacer, y después solucionaría las cosas con Matt.

—¿Cómo piensas arreglar las cosas con él? ¿Cómo vas a juntar el dinero para pagarle?

—Lo único que tengo de valor es esta casa —dijo Gary, despacio.

Iba a venderla. Ella lo supo sin oírselo decir. La casa en la que ella y él habían crecido, la casa que era tanto de ella como de él. Pero él había sido el hijo mayor, y su madre había pensado que

ella se casaría con Andrew y se quedaría en Boston, así que Gary la había heredado.

Pero iba a venderla.

Linda se quedó mirando la taza. Su reflejo temblaba en la superficie negra. Sólo cuando vio una lágrima en el centro de esa imagen se dio cuenta de que estaba llorando.

No por ella. Había cosas peores que perder su hogar. Seguro que podía alquilar algo en alguna parte con su corto presupuesto. Tendría que librarse de algunos muebles, y un ático lleno de cosas, pero lo haría.

Tampoco estaba llorando por Gary. Él había hecho algo inexcusable al quedarse un dinero que no era suyo, y después lo había agravado estafando a Matt. Él dolor que estuviera sufriendo, era bien merecido.

Sus lágrimas eran por Matt. No sólo había sido estafado, sino que había sido específica y deliberadamente provocado. Su propio hermano había encontrado su diana, planeado el acercamiento y disparado directamente al corazón de Matt.

No era extraño que hubiera estado furioso y amargado. No era extraño que hubiera tenido sed de venganza. Ya era malo ser engañado, pero mucho peor ser elegido para el engaño por un amigo de confianza. Linda olvidó momentáneamente el rencor de esa mañana mientras su corazón comprendía a Matt.

—¿Por qué le mentiste? —preguntó Linda sin molestarse en ocultar su disgusto—. No fue sólo que le robaras el dinero lo que le hizo tanto daño, sino que le engañaras. ¿Por qué no le pediste directamente la cantidad que necesitabas?

—Claro. ¿Crees que me la hubiera dado? Si le hubiera pedido tanto me hubiera ido a casa con las manos vacías. Y eso habría sido mi sentencia de muerte, Linda, para mí y para Debbie. Tuve que hacerlo así. La verdad es que sólo necesitaba dieciocho mil, pero no pude encontrar otro modo de falsificar los números. Dos podían ser convertidos en veinte mucho más fácilmente.

—Oh, Dios.

Linda apartó la taza, demasiado asqueada para beber. Lo poco limpio de Gary la enfermaba tanto como la frialdad de Matt hacia ella. Se merecían el uno al otro, dos hombres egoístas y despiadados.

—Soluciónalo con él —dijo Linda, levantándose con piernas temblorosas, y agarrándose a la mesa hasta que estuvo segura de que no se caería—. Soluciónalo con Matt como quieras. A mí ya me da igual.

Gary la miró preocupado.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a subir a mi dormitorio y cerrar la puerta. No saldré hasta que tú te hayas marchado. Tú y Matt, los dos. Así que arréglalo deprisa, ¿de acuerdo? Hazlo y márchate de aquí.

Con eso, ella subió a su dormitorio y se encerró dentro.

Capítulo 11

La ferretería de Braxton le recordó a Matt la ferretería de la plaza de su pueblo cuando era niño, aunque ésa un poco más pequeña, con pasillos más estrechos y estanterías más abarrotadas. Pero como tantas pequeñas ferreterías de ciudades y pueblos pequeños, tenía una increíble variedad de mercancía, desde cacharros de cocina de Pyrex hasta clavos minúsculos, desde cadenas de bicicletas hasta agujas de coser, desde mangueras hasta cubos de basura.

En ese sábado por la mañana, los pasillos estaban llenos de clientes, igual que habrían estado en el pueblo donde había crecido Matt. Pero a diferencia de su pueblo, las personas se movían más deprisa y hablaban con un acento distinto, un acento que él hubiera malinterpretado llamando bostoniano si Linda no le hubiera indicado que había una diferencia entre ellos.

Linda…

Agarrándose al borde de una estantería de metal llena de cajas de bombillas, cerró los ojos y dijo una palabrota con los dientes apretados.

Linda, Linda, con su piel de terciopelo y su pelo salvaje, con sus pechos firmes y redondos y sus muslos delgados, y su oscuridad, prieta y húmeda, hirviendo alrededor de él… Linda, con sus frágiles suspiros y sus gemidos, con sus ojos luminosos mirándolo, expresándole amor, y pasión y confianza…

Linda le había traicionado, y él la había traicionado a ella.

Realmente, ella no había causado un daño irreparable al decirle a Gary que Matt estaba en la casa. No había supuesto mucha diferencia que le dijera a Gary que se marchara, ya que él no le había hecho caso. Por supuesto, había roto una promesa. Pero al final, había dado igual.

El enfado de Matt no tenía nada que ver con promesas rotas. Tenía que ver con ponerse del lado de alguien. Linda le había dicho a Matt que él no tenía derecho a hacerle elegir entre él y su hermano, pero de algún modo, Matt había pensado que la noche anterior le había dado cierto derecho.

¿A quién quería engañar? Él no tenía ningún derecho en lo referente a Linda. Nunca debió haberse acostado con ella. Que lo hubiera hecho, que hubiera perdido el control, no significaba que pudiera exigirle cosas. En cualquier caso, debería ser ella la que le exigiera cosas a él.

La exigencia número uno sería posiblemente que él saliera de su vida.

Pero ella no se lo había exigido, así que él había ido a la ciudad a comprar lo que necesitaba para reparar el porche. Por alguna razón, hacerle ese favor a Linda parecía tener preferencia sobre todas las cosas en la vida de Matt; conseguir que Gary le devolviera el dinero, volver a Portland y reanudar su rutina habitual.

Estaba programado que su compañía comenzara con un trabajo nuevo la semana próxima, para un balneario en el suroeste de Portland. Él había planeado regresar a Oregón a tiempo para dirigir el proyecto. Si se pasaba todo el día en el porche de Linda, conducía hasta el aeropuerto de Hattford esa misma noche, y cogía el primer avión con un asiento disponible, podría aparecer en su oficina el lunes por la mañana.

Si no le arreglaba el porche antes de marcharse… no podría vivir.

Un empleado se acercó a él, sonriendo amablemente.

—¿Puedo ayudarle?

—¿Dónde tienen la madera?

—En la parte trasera. Venga.

El empleado llevó a Matt a un pequeño almacén. Matt eligió las tablas que necesitaba y las cargó en su coche. Las tablas sobresalían del maletero. El empleado se ofreció a atarlas y a colgar un trapo rojo en los extremos.

Matt regresó a la tienda para buscar las otras cosas que necesitaba; clavos, un poco de cemento para reforzar los pilotajes, una lata de barniz impermeable y protector de madera para que lo aplicara Linda cuando el tiempo mejorara, una brocha, un martillo y un serrucho.

Al dejar los artículos sobre el mostrador para pagar, intentó imaginarse a Linda usando el serrucho, la brocha. Intentó imaginarse sus dedos delgados y finos alrededor del mango de goma del martillo. Pero en su lugar, su mente evocó una imagen de sus dedos agarrados a la barra del cabecero de la cama mientras ella se arqueaba sobre él, mientras su cuerpo sucumbía a sus besos…

Un estremecimiento de deseo sacudió su ingle, y permaneció ahí.

Daba las gracias de que el cliente delante de él estuviera tomándose su tiempo, charlando con el cajero. Cuando por fin pagó todo, Matt se sentía mejor.

El cliente cogió su cambio y su bolsa y se volvió para saludar a Matt con una sonrisa. Bajo su cazadora abierta, llevaba una camiseta blanca con unas cintas amarilla y palabras

serigrafiadas: *Bienvenido a casa. Guerra del Golfo*.

A él nadie le había dado una camiseta de bienvenida con una cinta amarilla veinte años antes. Y las pocas medallas que había ganado se las habían mandado por correo después de haber regresado a Estados Unidos, no habían sido clavadas en su pecho, y con los años las había perdido. A lo mejor las tenía su madre. O a lo mejor las había guardado Ellie.

Se dijo que no importaba, que él estaba por encima de todo eso, lo había superado y le daba igual. Se dijo que esa parte de su vida había finalizado años antes.

Aún así, la amargura brotó en su interior, no sólo la amargura de una camiseta de bienvenida sino la de haber sido traicionado por uno de los pocos hombres en el mundo que podían entender ese tipo de resentimiento, que podían compartirlo.

Matt se dio cuenta de que no debió haber ido a Braxton. Veinte mil dólares no merecían la pena para que las viejas heridas se le abrieran, o se le abriera una nueva.

Linda. La herida más dolorosa de todas.

Al llegar a la casa, Matt vio a Gary en el porche, apoyado contra una de las columnas y bebiendo de una taza. El sol estaba alto y un vistazo a su reloj le informó que eran las once y media. Su falta de hambre le sorprendió.

Su mirada pasó de Gary a la puerta, y entonces subió a la ventana del segundo piso, al dormitorio de Linda.

¿Estaba ella allí? ¿Había echado a Gary al porche y había cerrado la puerta? ¿O se habría marchado ella en cuanto Matt se fue?

¿Vería de nuevo a Linda? Y si era así, ¿habría algún modo de que las cosas mejoraran?

El porche. Reparar el porche y después salir de Braxton… Eso era lo que tenía que hacer. Abrió la puerta del coche y salió.

—¿Qué pasa? —le gritó Gary.

—Voy a arreglar el porche.

—¿Estás loco?

Comparado con lo que Gary le había dicho antes, eso era casi un cumplido. Sacó la bolsa de su compra del asiento trasero del coche y se acercó al porche.

—Le dije a Linda que lo haría.

—Eh, mira —dijo Gary con expresión mezcla de culpa de esperanza—. Deja que yo lo arregle, ¿de acuerdo? Hace mucho que debía haberlo hecho, pero no vengo mucho por aquí para ocuparme de esas cosas.

—Lo voy a hacer yo —repitió Matt.

No iba a permitir que Gary le robara eso también.

Gary no dijo nada mientras Matt dejaba las bolsas en el primer escalón y después volvía a su coche a buscar las tablas. Cuando se volvió hacia la casa con las tablas apoyadas en su hombro, vio a Gary mirando dentro de las bolsas, inspeccionando sus contenidos.

El verlo le enfureció. ¿Cómo se atrevía Gary a tocar sus cosas? Matt dejó las tablas en el suelo dando un golpe.

El sonido sobresaltó a Gary y dejó de curiosear.

—Hay café en la cocina si quieres uno —le ofreció.

Matt sintió que la rabia llenaba su cuerpo, que estaba tenso por el esfuerzo por no reventar. Miró a Gary, después sacó el martillo de una de las bolsas y lo usó para arrancar los clavos de la tabla floja por la que había caído *Dinah*.

Gary lo miró unos segundos y entonces se acercó a la puerta.

—Te traeré café —dijo antes de desaparecer dentro.

Matt descargó su furia en su ataque a los clavos. Era una labor sorprendentemente terapéutica. Cada clavo necesitaba ejercicio; sacarlos estiraba sus brazos y espalda. Cada clavo era un problema a resolver, y con cada extracción, sentía cierta satisfacción.

No era un logro como conseguir su dinero, dar un puñetazo a Gary o redimirse ante los ojos de Linda, pero al menos estaba haciendo algo.

Pasaron diez minutos antes de que Gary saliera con una taza de café para Matt. Salió llevando no sólo el café sino también una pesada caja de herramientas.

—No sabía si necesitabas algo de esto. La he traído por si acaso.

Matt miró brevemente a Gary, entonces cogió el café y se dio la vuelta. Simplemente mirarlo le irritaba. Aunque no había hecho la conexión la primera vez que había visto a Linda, en ese momento vio el parecido con su hermano claramente. El color claro, los huesos finos, el pelo liso y sedoso, la cara estrecha y la nariz pecosa. Gary era más alto y desgarbado que Linda, y sus facciones eran más duras, pero el parecido estaba ahí. Mirar a Gary obligaba a Matt a reconocer el lazo de sangre entre él y Linda.

—¿Dónde está Linda? —preguntó Matt, reacio a hablar a Gary pero sin soportar no saberlo.

—Dentro. En su cuarto.

—¿Cómo está?

—No muy bien. ¿Por qué tuviste que tocarla, Matt? ¿Por qué no has podido dejar tus manos quietas?

Matt apretó los dedos alrededor del asa de la taza,

imaginándose que era el cuello de Gary. Si fuera el granuja que Gary pensaba, le diría que él había querido dejar las manos quietas, pero que Linda no le había dejado. Y que cuando él había intentado marcharse, ella le había pedido que se quedara.

Pero no podía hablar así de ella. No podía dejar caer que ella le había seducido. La noche anterior no trató de agresión y sumisión, de una persona dirigiendo y la otra siguiendo. Matt y Linda habían encontrado algo intermedio, un instante compartido de necesidad y deseo. Y los dos estaban pagando el precio por ello esa mañana.

Aunque Gary no quería abandonar el tema.

—El dinero es una cosa —dijo desabrochándose la cazadora a medida que el sol calentaba más—. ¿Estás furioso conmigo? Bien, pues ven a por mí, no a por mi hermana.

—Cállate —dijo Matt, dejando la taza sobre la hierba y siguiendo con los clavos.

Gary y él habían intercambiado esa mañana demasiadas acusaciones y amenazas. Matt no quería empezar de nuevo.

—Yo no sé qué ha pasado entre vosotros —insistió Gary—, pero ella está herida. Me odia por lo que hice, y no la culpo. Pero también te odia a ti, tanto como me odia a mí. Así que tengo que suponer que lo que le hayas hecho a ella es tan malo como lo que yo hice.

—No hice nada —dijo Matt, respirando profundamente y dándose cuenta de que era una mentira.

Sacó otro clavo y lo puso en el montón de clavos rotos que había en los pies de los escalones.

—Hicimos el amor, ¿de acuerdo? —añadió—. Ella quería. Yo quería y eso es lo que pasó.

—Y después me lo dijiste —le acusó Gary—. Como si pensaras que fue un modo de vengarte de mí. Como si eso fuera todo lo que significó para ti… te acostaste con mi hermana y entonces me lo restregaste por la nariz. La última venganza, ¿correcto?

Matt dejó el martillo en el suelo y se dio la vuelta, con las manos apretadas en puños.

—No ha sido así.

—¿Entonces por qué me lo dijiste? ¡Justo delante de ella! Dios mío, pude ver el dolor en su rostro cuando me lo dijiste. Pude sentirlo. Mi hermana es más importante para mí que tu dinero para ti, Calloway. Y tú estuviste ahí de pie y le hiciste daño, justo delante de mí.

«Porque ella se puso de tu lado», quiso gritar Gary. «Porque yo también estaba herido».

Matt bajó los brazos, abrió las manos y respiró profundamente. Gary estaba equivocado al decir que Matt había herido a Linda para vengarse de su hermano, pero tenía razón al decir que le había hecho daño a Linda.

¿Cómo podía corregirlo?

Si fuera a verla, se pusiera de rodillas y le suplicara su perdón, ¿qué bien haría? Incluso aunque ella fuera lo suficiente generosa para perdonarle, al final él terminaría dejándola. Le diría que la noche anterior había significado más para él de lo que posiblemente ella podía imaginar, y le estaría diciendo la verdad. Pero al final, cuando terminara de hablar, se marcharía y le daría un beso de despedida.

¿Qué sentido tenía eso?

Cogió la tabla de la que había estado sacando los clavos y tiró hacia arriba con toda su fuerza. La madera crujió y entonces salió. Matt la puso sobre la hierba y se dispuso a atacar la siguiente tabla, decidido a trabajar hasta que estuviera dolorido y sudando, hasta que estuviera demasiado cansado para pensar.

—He traído un metro —dijo Gary.

Matt ni se molestó en mirarlo.

—También un lápiz. Podría empezar con las tablas nuevas, midiéndolas y marcándolas.

—No me hagas ningún favor.

—No es un favor, Calloway. Yo debería haber reparado esto hace un año. ¿Qué tal si tú mides y marcas y yo sacó todas las tablas viejas?

Sacar las tablas viejas era la parte más dura. Matt la quería para él.

—Yo me ocuparé de las tablas viejas —gruñó—. Tú marca las nuevas.

Terminaría el trabajo antes con la ayuda de Gary, y cuanto antes terminara, antes dejaría Nueva Inglaterra y regresaría a Portland.

Antes se olvidaría del daño que había causado.

A través del cristal de su ventana, Linda oyó actividad en el porche; el sonido de una sierra, de una madera golpeando otra, los sonidos ocasionales de la voz de Matt o de Gary, gruñéndose órdenes de pocas palabras el uno al otro.

Si miraba por la ventana, posiblemente no vería mucho: el tejado del porche le taparía la vista. Pero no había problema ya que no quería ver ni a Matt ni a Gary. No le importaba lo que hicieran, si se arreglaban o se golpeaban con tablas hasta que los dos cayeran inconscientes al suelo.

Le daba igual.

Si había una cosa que realmente aborrecía era estar de malhumor. Cada día de trabajo, veía a clientes a los que tenía que animar para que dejaran de estar de malhumor, para que se deshicieran de su basura emocional y siguieran con sus vidas. Algunas veces les aconsejaba que se dejaran absorber por su trabajo, otras que se tomaran unas vacaciones y se alejaran de todo. O que leyeran una novela y se perdieran en otro mundo durante un rato.

Miró el libro que tenía en la mesilla. Lo último que le apetecía era perderse en el mundo de los inmigrantes europeos a Nueva York a principios de siglo.

Se había metido un rato en la bañera. Había querido borrar las marcas de haber hecho el amor con Matt. Había querido tacharlo de su piel, frotar y frotar hasta que dejara de recordar cómo le había sentido contra ella, dentro de ella.

Pasado un rato, las puntas de sus dedos se le habían arrugado y había salido de la bañera, sabiendo que un baño, o miles de baños, no serían suficientes para borrar sus recuerdos de él.

Se había puesto vaqueros y un jersey. Cuando oyó a Gary caminar fuera, había bajado al salón a buscar su libro. *Dinah* había estado acurrucada en el sillón, pero cuando vio a Linda se levantó y acompañó a su ama arriba.

En ese momento estaba echada en la cama de Linda, bostezando. Linda paseaba por la habitación, demasiado nerviosa para sentarse. Realmente, estaba agotada. Nada le gustaría más que tumbarse junto a la gata y descansar durante unos minutos. Pero se había echado una vez e instantáneamente había olido el aroma de Matt en la almohada y en las sábanas. Había sentido su calor cerrándose a su alrededor, el ritmo tranquilo de su respiración cuando dormía… las caricias de sus manos, sus labios, su lengua…

Por eso estaba paseando, evitando la cama todo lo posible.

No estaría de mal humor. Matt era un imbécil, y no merecía la pena enfadarse por él. Claro que había estado dolorido por la traición de Gary. ¿Pero le daba eso derecho a hacerle daño a ella?

Ella era la víctima de una traición. Matt había roto su confianza. La había usado para vengarse de Gary. Se había acercado a ella, animado su amistad, había aceptado todo lo que ella le había dado y después había saludado a Gary con las noticias de que se había acostado con su hermanita.

Bueno, pues ella se alegraba de haber roto la promesa hecha a Matt. Si él podía usarla para vengarse de Gary, entonces la única promesa que ella le haría sería un juramento de odio eterno.

Oyó más sonidos de la sierra debajo, sonidos que despertaron la curiosidad de *Dinah*. La gata saltó graciosamente de

la cama a la mesilla y de ahí a la repisa de la ventana.

—Es sólo el porche —dijo Linda, acercándose a la ventana y acariciando el suave pelo negro de *Dinah*—. Son sólo hombres. Sólo tontos.

Aparentemente convencida, *Dinah* se apartó de la ventana y se frotó la nariz en la mano de Linda. Entendiendo, Linda cogió a la gata en brazos y se acercó a la mecedora. Se sentó con *Dinah* acurrucada en su regazo. Y empezó a mecerse.

—Son sólo hombres —murmuró acariciando a la gata—. Esperemos que se marchen pronto.

Los pilotajes no estaban muy mal. Matt echó un poco de cemento en las rajas, y colocó un par de ellos mejor en su lugar. Gary terminó de cortar la última tabla y dejó la sierra en el suelo.

Aunque no podía hacer más de quince grados, los dos estaban sudando. Matt se había quitado su jersey un rato antes; la cazadora de Gary colgaba del pomo de la puerta.

—¿Tienes sed? —preguntó Gary—. Me pareció ver un par de cervezas en el frigorífico.

—Sí —gruñó Matt sin preocuparse de añadir que él había sido el que había comprado la cerveza.

Gary entró en la casa. Matt estaba mirando el cemento, comprobando continuamente su dureza. El estómago le hizo ruidos de hambre.

Pero seguía demasiado enfadado para hacerse algo de comer. Demasiado enfadado. Con Gary y con Linda, pero sobre todo con él mismo.

Gary regresó pronto con dos botellas de cerveza y una bolsa de patatas. Le dio una botella a Matt, se sentó en el más alto de los escalones reparados y abrió la bolsa.

Matt abandonó los pilotajes y cogió un puñado de patatas. Se resistía a sentarse con Gary, pero entonces decidió no ser tan infantil y se sentó.

—Te agradezco que hagas esto —dijo Gary.

—No es para ti. Lo estoy haciendo para Linda.

—Sí, bueno… Yo debería hacer más por ella, pero es difícil viviendo en Los Ángeles. Además, a ella le gusta pensar que es independiente.

—Lo es —señaló Matt.

Se bebieron la cerveza. Una brisa fría secó el sudor de la frente de Matt.

—Algunas veces olvido lo independiente que es —dijo Gary —. Supongo que siempre ha sido mi hermana pequeña, y siempre lo será. Eso es algo que nunca va a cambiar, ni importa lo mayor e independiente que se haga.

—Incluso lo pensabas así en Vietnam.

—¿Qué?

—Le compraste una muñeca. Ella quería unas medias negras.

—¿Ella te contó eso? —dijo Gary, mirando a Matt con un escepticismo que gradualmente pasó a aceptación—. Medias negras… Pero si sólo era una niña.

Y Matt pensó que en ese momento era una mujer. Más joven que los dos hombres que estaban bebiendo cerveza en su porche a medio arreglar, pero infinitamente más madura.

—Esta mañana vi algo en la ferretería —dijo Matt sorprendiéndose.

Había llegado a un alto en sus emociones, que le permitía responder a los intentos de conversar de Gary, pero no se había dado cuenta hasta ese momento que había llegado lo suficiente lejos para iniciar él mismo la conversación.

—¿Sí, el qué?

—Un hombre con una camiseta de la Guerra del Golfo con un lazo amarillo. Hace una par de años que no veía ninguna. Me dejó algo impresionado.

—Oh, no sé… Bueno, supongo que ellos también tuvieron momentos duros. No fue lo que pasamos nosotros, y no fue justo que tuvieran todos esos desfiles.

—Lo sé.

Gary vaciló antes de hablar.

—Ha sido demasiado para mí. Siento mucho haberlo descargado sobre ti. No debió haber sucedido. Tú eras mi compañero, Matt. Mi hermano. No sabes cuánto lo siento.

Matt le creyó honestamente, pero no estaba dispuesto a perdonarle. No con veinte mil dólares pendientes. No con Linda en el piso de arriba, aborreciéndole.

—Fue muy duro cumplir cuarenta años y averiguar que no estaba ni siquiera cerca de donde quería estar. Estoy arruinado, no puedo cuidar a mi mujer de la forma que quiero… Hay demasiado que quiero de la vida y que no está sucediendo. En Vietnam arriesgamos nuestras vidas, Matt, día tras día. ¿Y quién se preocupó nunca de lo que nos pasó? ¿Quién se preocupó de si llegamos a casa de una pieza?

—Algunas personas sí.

Matt miró al sol guiñando los ojos, recordándolo todo. Linda le había hablado de su fijación juvenil por la guerra y los amigos de su hermano. Tantos años después ella seguía recordando las cartas que había escrito y las que había recibido de Gary. Había recordado que Matt y Gary se salvaron la vida el uno al otro, que la confianza

surgida entre ellos había evitado que se volvieran locos.

—Linda estaba aquí —le recordó Matt a Gary—. Estaba aquí, esperándote, rezando por ti.

Gary soltó un triste suspiró.

—Ahora posiblemente estará rezando para que tenga una muerte dolorosa. Nunca me perdonará por lo que hice.

—Es una buena persona. Te perdonará.

—¿Por desplumarte? Nunca. Posiblemente la he perdido para siempre.

Matt pensó que también él la había perdido. Había visto el dolor y la furia en sus preciosos ojos después de que él hubiera dado a entender que conseguir su dinero era más importante que ella.

La había perdido para siempre. No había duda al respecto.

Los dos hombres reanudaron el trabajo. De vez en cuando, Matt le gritaba alguna instrucción a Gary, que parecía bastante dispuesto a cumplir sus órdenes. A lo mejor era porque Gary sabía que Matt era el experto en lo referente a construcción, o quizás era simplemente la forma que tenía Gary de expiar sus pecados.

Y cuando Matt no estaba gritando órdenes, no hablaban nada. El silencio le daba a Matt tiempo para meditar. Deseó poder vaciar su cabeza, pero cada vez que lo intentaba, se le volvía a llenar con pensamientos de Linda.

La había perdido, pero a lo mejor eso no era algo tan terrible. ¿Qué hubiera sucedido si no la hubiera perdido? Habría pasado un día agradable con ella y, si tenía suerte, una noche igual de agradable. Y después se habría despedido. El final terminaba igual, con un adiós.

Braxton era el hogar de Linda. Matt vivía a cinco mil kilómetros de distancia. Hacer el amor con ella no podía cambiar eso.

Así que quizá fuera mejor que ella lo odiara. Haría su marcha más fácil para los dos.

—Escucha —le estaba diciendo Gary—. Estaba pensando…

—Pon el final de la tabla tan cerca de la otra como puedas. No se pueden dejar huecos entre las maderas, ¿de acuerdo? —le indicó Matt mientras Gary ponía el extremo de la madera pegada a la madera adyacente—. Eso es.

Gary colocó la madera y Matt la fijó, clavando los clavos con el martillo. Mientras Gary sujetaba su extremo con firmeza, Matt la fijó a cada viga. Cuando llegó al extremo de Gary, Gary dio un paso a un lado mientras Matt clavaba los dos últimos clavos.

—Escucha —empezó Gary de nuevo—. Necesito que las cosas estén bien entre nosotros.

Matt lo miró con cinismo.

—Las cosas nunca estarán bien entre nosotros, Villard.

Matt cogió un puñado de clavos de la caja y los fue clavando a lo largo de la madera, esperando que Gary no siguiera con ese tema. A pesar de lo que había dicho esa mañana, el dinero nunca había sido su motivación principal para buscarle. Devolverle a Matt el dinero sólo repondría una parte de lo que Gary había robado.

—Ya está —dijo Matt enderezándose y secándose las manos en los pantalones.

Él y Gary bajaron del porche, evitando los clavos y los restos de madera y observaron su trabajo. Las maderas estaban nuevas e igualadas, el porche se veía firme y resistente. En un par de meses, Linda podría echar un poco de barniz protector, y tendría un porche estupendo.

Algunas cosas eran más fáciles de arreglar que otras.

—No puedo recuperar tu amistad —dijo Gary—. Eso está fuera de mi alcance. De acuerdo. Lo siento, pero si así es como tiene que ser…

—Sí.

—Pero tengo que devolverte el dinero.

Matt empezó a recoger las herramientas y a meterlas en la caja.

Gary se tocaba el pendiente con nerviosismo.

—Esos tipos amenazaron mi vida y la de Debbie. Tuve que darles los veinticinco mil dólares y…

—Ahórrame los detalles sangrientos —le interrumpió Matt.

La verdad es que sentía un poco de curiosidad por saber el motivo de que Gary le hubiera robado, pero en ese momento no estaba de humor para oírlo.

—Estaba desesperado, Matt. No tenía muchos amigos ricos a los que recurrir.

—Tú no recurriste a mí. Tú me robaste.

—Bueno… porque creí que me dirías que no. Estaba asustado. No me porté honradamente.

—Eso está claro.

—Ahora estoy intentando portarme bien. Estoy intentando averiguar cómo voy a pagarte.

—Te escucho.

—La casa —dijo Gary haciendo un gesto hacia ella—. Es mía. Está a mi nombre.

Matt le prestó más atención. Sabía que Gary era el dueño de la casa. Lo que no sabía era si le iba a gustar lo que iba a decir a continuación.

—Si la vendo, estoy seguro de que podré conseguir más que suficiente para pagarte mi deuda.

—¿Venderla? ¿Por qué no pides simplemente una hipoteca sobre ella?

—No llego al salario que exigen —explicó Gary—. Y además, a un banco de California le da igual que yo posea una propiedad a cinco mil kilómetros de distancia.

Matt respiró profundamente.

—¿Qué pasa con Linda? Ella vive aquí.

—Lo sé.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Ponerla en la calle?

—La ayudaré a encontrar otro lugar donde vivir. Es la única forma que tengo de reunir el dinero, Matt. He intentado pensar en otro modo y no puedo.

—No vas a vender la casa —dijo Matt con tono amenazador —. No te permitiré que le hagas eso.

—Oh, bien. Después de lo que tú le has hecho…

—Ella fue leal a ti —le recordó Matt a Gary—. No voy a permitir que la apuñales por la espalda después de que ella estuvo a tu lado y te apoyó.

Gary levantó las manos en gesto suplicante.

—No puedo conseguir el dinero de otro modo.

—Hay otras formas —dijo Matt.

—Dime qué quieres que haga.

Matt no respondió de inmediato. Cogió la caja de herramientas y algunos trozos de madera y se dirigió al garaje. Cogiendo su indirecta, Gary recogió el resto de la madera y se unió a Matt en el garaje. Después regresaron a la casa y entraron en la cocina. Se lavaron las manos en la pila por turnos y Gary hizo café.

Mientras Gary estaba ocupado en la cocina, Matt se dirigió al salón. El sol entraba por la ventana donde una vez él había visto acumularse la nieve. Los cojines mullidos del sofá teman marcas de donde él y Linda se habían sentado la noche anterior. La chimenea contenía los restos del fuego que les había calentado.

Se sentía como si su alma estuviera en esa chimenea, quemada, negra y fría.

Regresó a la cocina y encontró a Gary llenando dos tazas de café. Se sentaron a la mesa, uno enfrente del otro. Matt bebió.

—Dime lo que quieres —dijo Gary.

Matt soltó una risa irónica. Lo que quería era tener a Linda en sus brazos.

Pero ésa no era la respuesta. Lo que se suponía que quería era que le pagara y la oportunidad de poder seguir con su trabajo en Portland sin estar enfadado todo el tiempo.

—Podríamos buscar una forma de que me pagues poco a poco. O al menos podríamos, si confiara en ti. Y no confío.

—¿Qué otra opción te queda? A mí me gustaría pagarte vendiendo la casa…

—No.

Matt vio los platos de agua y comida de la gata, las plantas en las ventanas, las cortinas. Linda vivía allí. Su vida estaba allí. En ese mismo momento, ella estaba escondida en su dormitorio, en su refugio. Gary no podía quitarle todo eso. Matt no lo permitiría.

Gary cruzó la habitación y abrió un cajón, el cajón en el que Matt había hurgado la primera mañana que había estado allí, y sacó un boli y un cuaderno.

—Mira —dijo regresando a la mesa—. Yo no gano mucho.

—Ése no es mi problema.

—Te pagaré todo lo que pueda conseguir. Qué quieres, ¿una vez a la semana? ¿Una vez al mes? Dilo, lo pondremos por escrito.

—Como si tu firma valiera de algo.

Gary siguió adelante valientemente.

—Cincuenta a la semana para empezar. ¿Te vale?

—Cincuenta dólares a la semana —repitió Matt—, para pagar veinte mil dólares… —dijo haciendo un rápido cálculo mental—. Sin contar intereses vas a tardar casi ocho años en pagar la deuda.

—¿Quieres intereses también? —preguntó Gary, horrorizándose ante la idea.

—¿Piensas que no los merezco?

Gary extendió las manos.

—Mira, suma lo que quieras. Yo puedo pagarte cincuenta dólares a la semana durante el tiempo que haga falta… suponiendo que no pierda mi trabajo u ocurra algún desastre. Cincuenta dólares a la semana. ¿Quieres intereses? Te pagaré durante nueve años. Diez. No me importa.

—¿Qué quiere decir que no te importa?

—Tu dinero debe ser muy importante para ti. Lo que es importante para mí es hacer bien las cosas. Si hacen falta nueve años, pagaré durante nueve años. Sólo dime lo que quieres y lo escribiré aquí —dijo señalando el cuaderno.

Matt se quedó mirando la hoja blanca de papel, el boli, las tazas de café. Sintió un gran dolor y una profunda agonía al darse cuenta de que fuera cual fuera la cantidad de dinero, no podría arreglar las cosas.

Cerró los ojos y se familiarizó con el dolor. Tenía la sensación de que iba a vivir con él durante mucho, mucho tiempo.

—Nueve años —dijo, sin preocuparse de cuánto sumaran los

intereses—. Escríbelo… cincuenta dólares a la semana durante nueve años. Escríbelo dos veces y fírmalo. Dios sabe si va a tener valor el papel en el que está escrito.

Mientras Gary escribía, Matt se bebió su café. Lo observó con curiosidad mientras Gary ponía la fecha en dos papeles, escribía el texto y firmaba al final de cada hoja.

Después le pasó los papeles a Matt para que firmara él.

Matt los miró, los leyó, y entonces el dolor que sentía aumentó.

¿Dónde estaba su furia? ¿Dónde estaba su indignación? ¿Dónde estaba su satisfacción al haber logrado su objetivo?

¿Por qué estaba allí, leyendo ese estúpido acuerdo cuando lo que quería era estar arriba, en los brazos de Linda, recibiendo su dulce amor una vez más?

Dejo la taza sobre la mesa y se levantó.

—Lo firmaré más tarde.

Con largas zancadas, salió de la cocina, subió las escaleras y se detuvo junto a la puerta cerrada del dormitorio de Linda.

No debía hacer eso. Debería marcharse. Verla antes de irse sólo iba a hacer la marcha mucho más dura.

Pero tenía que decirle que estaba dispuesto a ir mucho más lejos que Gary para ganarse su perdón. Tenía que decirle que iría al otro lado del mundo para arreglar las cosas con ella.

Tenía que asegurarse de que ella lo sabía.

Respirando profundamente, llamó a la puerta.

Capítulo 12

Ella llevaba horas escuchándolos. Había oído los ruidos continuos en el porche, la sierra, el martillo y los gritos, la puerta de la casa abriéndose. Les había oído entrar en la cocina. Había oído el agua corriendo en la pila, los pasos en el salón, el sonido de las sillas en la cocina.

No pudo distinguir sus palabras mientras conversaban en la cocina, pero ninguno parecía estar gritando. Sus voces eran bajas y tranquilas.

Estupendo. Estaban solucionando sus diferencias.

El golpe en la puerta de su dormitorio no la sorprendió, ya que había oído los pasos subiendo las escaleras y acercándose. Sabía quién estaba al otro lado de la puerta. Gary habría subido saltando las escaleras, y esos pasos que había oído fueron lentos.

—Entra —dijo Linda, meciéndose inconscientemente con más fuerza en la mecedora y apretando más a *Dinah*, que descansaba en su regazo.

La puerta se abrió y su visión se llenó con Matt. Parecía cansado, serio, con un poco de barba, el pelo despeinado, sin jersey y con la camisa arrugada, y los pantalones manchados de arena a la altura de las rodillas.

El cuerpo de Linda se puso tenso por las emociones reprimidas, sobre todo enfado y dolor. Un calor fluido creció en su interior, condensándose en algo fiero y tenso.

Se dio cuenta de que no era sólo furia y dolor. También se sentía sacudida por el deseo, el anhelo y… y el amor.

Linda dejó a *Dinah* suavemente en el suelo. Entonces respiró profundamente y miró hacia la ventana, intentando borrar con todas sus fuerzas cualquier afecto que pudiera sentir hacia él recordando las cosas que había dicho Matt esa mañana.

Pero cada vez que buscaba la rabia en su corazón, desaparecía y era sustituida por recuerdos de su amabilidad, su sensibilidad, la pasión de sus besos, la intimidad de su tacto. El sublime placer que él había sentido por su propio gozo y el de Linda. La rendición completa de Matt a algo mucho mayor y grandioso que el simple sexo.

Ella deseaba desesperadamente odiarlo. Pero cuando lo miró de nuevo y vio su postura cansada y desgarbada y sus manos fuertes, sus ojos radiantes de deseo y desesperación…

Al faltarle la gata, Linda se agarró a los brazos de la

mecedora y se meció con más fuerza, empujándose con los dedos de los pies contra la alfombra como si así pudiera empujarse lejos de él.

Matt traspasó la puerta. Ella abrió la boca y entonces la cerró, dándose cuenta de que si intentaba hablar diría las palabras erróneas. Apretando los labios, le vio incómodo mientras se atrevía a seguir entrando, rodeando los pies de la cama hacia la mecedora. Cuando fue a sentarse en el borde del colchón, ella sintió la necesidad de esconderse en el cuarto de baño.

Pero iba a ser valiente. Ella no había huido de su amor la noche anterior. Y no iba a huir en ese momento.

—Tu hermano y yo hemos llegado a un acuerdo.

Su voz afectó a Linda del mismo modo que su cuerpo. Era oscura y fuerte, excitante por su intensidad.

Linda se mecía a un ritmo regular, sin querer dejar que Matt se diera cuenta de lo mucho que le alteraba tenerlo cerca.

—Me alegra —dijo linda en tono seco.

—Linda —dijo Matt extendiendo la mano hacia ella, pero evidentemente sintió su alarma y la bajó—. Quiero arreglar también las cosas contigo.

—No tenemos nada que arreglar.

—Tenemos que arreglarlo todo.

Las lágrimas salieron a los ojos de Linda y ella intentó tragárselas. Tendría mucho tiempo para llorar una vez que Matt se hubiera ido. Pero en ese momento no, no delante de él. No podía permitir que supiera todo el daño que le había hecho, el daño que se había hecho ella a sí misma por haber confiado en él.

—Esta mañana dije algunas cosas que no debí decir —admitió Matt.

—Olvídalo —dijo Linda con ligereza forzada—. Yo ya lo he hecho.

Él sonrió con amargura.

—Eres la peor mentirosa del mundo. Supongo que tu hermano heredó todos los genes deshonestos de tu familia.

—No estoy mintiendo —dijo Linda, dándose cuenta de que eso era también una mentira—. Tú has resuelto tu problema con Gary. Él va a vender esta casa y devolverte el dinero. A mí me parece una buena solución.

—No permitiré que Gary venda esta casa. Eso te dejaría sin ningún lugar donde vivir.

—No te preocupes por mí. Vosotros encargaos de vuestros problemas. Yo me ocuparé de los míos.

—Linda, no va a vender la casa. Va a pagar su deuda con su sueldo, pagándome una vez a la semana.

Ella se encogió de hombros, como si no le importara.

—Sea como sea tú tendrás tu dinero. Eso es lo importante, ¿verdad? Vas a recuperar tu dinero. Debes de estar emocionado. Yo lo estoy.

Él intentó tocarla de nuevo, y esa vez ignoró su protesta muda y cogió su mano. Su mano dura se cerró sobre la de Linda y envió un temblor por su brazo. Durante un momento breve de locura, ella deseó que la abrazara, que acariciara su piel, que la llevara a la cima de las sensaciones.

Como si él pudiera leer su mente, movió un poco la mano y con los dedos empezó a acariciar su muñeca.

Un suave suspiro escapó de los labios de Linda antes de que ella pudiera sofocarlo.

—El dinero nunca fue importante para mí —murmuró Matt—. Tú lo sabes, Linda. Tú lo sabes.

Se sentía molesta porque él seguía acariciando su muñeca. Lo odiaba porque era capaz de excitarla tan fácilmente. Se odiaba a sí misma por responder, por ser tan vulnerable incluso a esa caricia sin propósito fijo.

—Debes de ser terriblemente rico si veinte mil dólares no son importantes para ti —dijo Linda con voz firme, aunque sus latidos se aceleraban y su carne seguía derritiéndose con el calor que se había extendido desde los dedos de Matt por su brazo y todo su cuerpo.

—Él dinero nunca fue tan importante como el hecho de que Gary lo hubiera robado —le recordó Matt—. Y nunca fue tan importante como tú.

Su uso del pasado hizo eco en su interior de forma aguda. Pensando racionalmente, ella sabía que lo que había sucedido entre ella y Matt había terminado. Pero en el momento en que él había entrado en su habitación, ella había perdido su habilidad para pensar racionalmente.

—No te creo —dijo, pareciendo terriblemente débil.

—Estás mintiendo de nuevo, Linda. Me crees. Sabes que el dinero no tiene nada que ver con nosotros. Y sabes que lo de anoche fue increíble. Fue demasiado especial para expresarlo con palabras.

—Entonces, por favor, deja de hablar de ello —le suplicó ella—. Tienes que regresar a Oregón, ¿no? Entonces, vete.

—No puedo irme hasta…

Se detuvo. Por primera vez desde que había entrado en la habitación parecía inseguro. Ella se aprovechó de ello.

—No importa lo que nos hayamos dicho, Matt. Tú vas a marcharte. Vas a volver a Portland y yo voy a quedarme en Braxton, y eso será el final. ¿Entonces por qué no te vas ya?

—Linda…

—Que tengas buen viaje —dijo ella, apartando la mano de la de él y levantándose de la mecedora—. Que tengas suerte. Ha sido un placer conocerte.

Antes de que ella se diera cuenta, tenía a Matt encima, obligándola a mirarlo y abrazándola. Sus labios se posaron sobre los de ella, obligándole a abrirlos. Su lengua empujó, encontró la de Linda y ganó.

Las lágrimas de Linda regresaron, no de furia ni miedo esa vez, sino al darse cuenta de lo indefensa que estaba ante él. Matt la había herido esa mañana, y la abandonaría esa tarde, y aún así, ella no podía dejar de amarlo.

Su lengua respondió a la de Matt. Sus dedos se hundieron en los músculos de sus brazos, empujándole o acercándole; Linda no lo sabía y no le importaba.

Las manos de Linda le apretaron más, su boca se fusionó más hondo con la de él en un beso explosivo y devastador.

Era un beso de despedida, y ella no podía soportar que terminara.

Pero tenía que terminar, y para su desolación, Matt fue el que lo finalizó.

Sus brazos siguieron abrazando a Linda, mientras respiraba deprisa y con dificultad. Matt apoyó la cabeza en su hombro y pasó sus dedos temblorosos por su pelo. Sus caderas continuaban moviéndose contra las de ella, suavemente, dejando que el fuego se apagara.

—Lo siento —susurró Matt—. Linda, lo siento muchísimo.

¿Tenía ella que perdonarle? ¿Tenía que decirle que no le guardaba rencor y que le deseaba una vida larga y feliz y que encontrara el verdadero amor en el futuro?

Un «lo siento» nunca sería suficiente. Ella nunca le daría la absolución por haberle roto el corazón.

Lo más que podía darle era la promesa de no odiarlo para siempre. Y ésa sería otra promesa más que no sería capaz de cumplir.

Gradualmente, los brazos de Matt la soltaron y dio un paso atrás. Linda se volvió hacia la ventana y apretó la frente contra el cristal frío. Debajo de ella, estaba el porche, arreglado gracias al trabajo de Matt. Se imaginó las tablas nuevas con su fragancia a pino, los clavos plateados brillantes, la superficie igualada y sólida.

A lo mejor, después de que Matt se hubiera ido, ella lo destruiría con un hacha.

—Tengo que irme —dijo Matt.

Ella se negó a mirarlo.

Pasó un momento, una eternidad, y entonces él se marchó.

—¿Qué quiere decir que estás en casa de Steve? —preguntó Debbie, secándose con la toalla el pelo negro mojado.

Había estado nadando durante una hora en la piscina de los apartamentos y después había ido dentro a ducharse. Era poco más de la una del mediodía. Ella había quedado con Rosie en Santa Mónica a las dos. Cerca de la playa había un bar donde servían fuertes daiquiris frutales y los hombres y las mujeres se miraban los unos a los otros.

Ir al bar había sido idea de Rosie. Rosie sabía lo enfadada que estaba Debbie con Gary, y quería demostrarle a Debbie que él no era el único hombre del mundo. Cuando Debbie le había contado su altercado con el pulpo, Rosie le había dicho que si ése había resultado un imbécil, no todos lo eran.

El problema no era la proporción de imbéciles que había en el sur de California. El problema era que Debbie no quería a nadie más. Ella quería a Gary Villard: un Gary Villard nuevo y mejorado. Uno que no le ocultara cosas; que no desapareciera, uno cuyo compromiso con ella no empezara y terminara con un pendiente llevando su inicial.

—Saldré a tomar algo contigo —le había prometido Debbie a Rosie—, pero no estoy buscando a otro hombre.

En ese momento estaba en la cocina, envuelta en una toalla mientras se secaba el pelo con otra toalla y escuchaba al único hombre a quien realmente quería decirle que no estaba donde ella pensaba que estaba.

—¿Por qué estás en Somerville? ¿No has visitado a tu hermana?

—Sí, la he visitado. Vuelvo a casa mañana, ¿de acuerdo? Cogeré el primer vuelo y estaré en casa a media tarde.

Debbie debía haber estado feliz, pero se sentía demasiado desconcertada.

—¿Por qué no te has quedado más tiempo con tu hermana? Has pasado todo el tiempo en New Hampshire cuando podías haber estado con ella. ¿Qué está pasando?

Él suspiró.

—Es una larga historia. Pensé que iba a vender la casa de Braxton. Pero no voy a hacerlo.

—¿Vender la casa? —preguntó decepcionada porque Gary no lo hubiera consultado con ella y preguntándose qué otras cosas no se había molestado en contarle—. ¿Quiere mudarse Linda?

—No, no voy a venderla. Ella se quedará donde está. No quiero hablar de esto por teléfono, Debbie. Sólo quiero que sepas que te quiero.

—Sí, seguro. ¿Por qué no me hablaste de la casa, Gary? ¿Hay algún problema con tu hermana?

—No, bueno, está enfadada conmigo pero… va a quedarse en la casa, entonces…

—¿Entonces qué? ¿Por qué querías venderla? ¿Necesitas dinero?

—Hablaremos cuando te vea.

¿Dinero? ¿Después de la gran gratificación que había recibido? ¿Después de la gran vida, las fiestas y la televisión?

—¿Por qué no me lo dices?

—Está bien, te lo diré. He dejado que se acumule una deuda y voy a poder pagarla sin vender la casa, ¿de acuerdo? Eso es todo lo que pasa.

Eso no era todo lo que pasaba. Lo que pasaba era que Gary tenía un problema de dinero y no lo había discutido con ella. Él había estado en apuros y no había recurrido a Debbie para pedirle ayuda. Fueran cuales fueran sus intenciones, le había ocultado algo importante. No confiaba en ella.

—Debiste decírmelo —dijo Debbie, pareciendo menos enfadada que triste.

—Es sólo una pequeña deuda, Debbie. Nada importante.

—Lo bastante importante para que vueles al otro lado del país y pienses en vender la casa.

—Había implicados algunos asuntos personales, ¿vale? ¿No podemos hablar cuando yo regrese?

—¿Qué asuntos personales? —preguntó Debbie, sabiendo que estaba poniendo gruñona y suspicaz, pero sin poder evitarlo—. ¿Qué asuntos personales que no podías contarme?

—No me gusta agobiarte con mis problemas personales, Debbie. Era una deuda a un viejo amigo. Lo solucionamos. Voy a devolverle el dinero. Estaré en casa mañana.

—Deberías haber pasado más tiempo con tu hermana —le reprochó Debbie.

—No estaba de humor para tener compañía. Tengo que irme, Debbie. Te veré mañana.

—Sí, ya —murmuró Debbie—. Deberías haberme contado tus problemas, Gary.

—Lo siento. No más mentiras entre nosotros. Lo prometo.

Ella le dijo que lo vería al día siguiente y le deseó buen viaje. Al colgar el teléfono, echó la toalla sobre el respaldo de una silla y suspiró.

¿No más mentiras? Ella quería creer eso más que nada.

El marido de Rosie solía salir con otras mujeres y Rosie se había divorciado. En ese tipo de engaños, Debbie confiaba

plenamente en Gary.

Gary no jugaba ni tonteaba, ni siquiera miraba a otra mujer.

Pero aunque no estuviera ocultándole una aventura con otra mujer, estaba ocultándole algo. Una pequeña deuda. Una pequeña deuda que le había llevado a pensar en vender la casa de su familia.

No más mentiras. Ojalá pudiera creerlo.

Matt oyó bromas y risas. Se levantó de la silla giratoria y se acercó a la ventana del remolque que le servía como oficina en la obra. Tres trabajadores se habían tomado un descanso para almorzar y estaban sentados en los escalones que llevaban al esqueleto de cemento y vigas del futuro balneario. Los hombres llevaban camisas de franela, vaqueros y cascos, bebían refrescos, devoraban sus sándwiches y se divertían bajo los rayos de sol que entraban entre los espacios entre las nubes.

Si Matt hubiera estado de mejor humor, habría salido y habría almorzado con ellos. Él también llevaba camisa de franela y vaqueros, y su casco estaba en una silla junto a la puerta. Él era el tipo de jefe que se encontraba a gusto con sus trabajadores, que disfrutaba trabajando con ellos y relajándose durante sus descansos.

Pero dado su humor, sabía que sería tan bien recibido como las nubes negras llegando del océano y tapando el sol.

Apartándose de la ventana, se quedó mirando el interior del remolque. Tenía una mesa y varios archivadores de metal, una máquina de botellas de agua y otra de café, unas pocas sillas con la tapicería de plástico y un teléfono con contestador. En las paredes había proyectos y listados. El color del interior del remolque era gris.

Demasiado a menudo durante las dos semanas anteriores, Matt había estado pensado en papel de empapelar. Papel color crema, con anchas bandas verticales y filas de diminutas flores. Gruesas alfombras. Un sofá y un sillón con cojines granates que envolvían a una persona cuando se sentaba en ellos. Una chimenea, un fuego encendido. Una cama con un edredón de colores y un cabecero de barras de metal.

Volvió a su mesa, cogió su sándwich y lo tiró a la papelera de metal de la esquina. Ciertos pensamientos tenían la habilidad de quitarle el apetito.

Oyó pasos en la escalerilla que llevaba a la puerta del remolque y entonces un suave golpe en la puerta.

—Adelante —dijo y la puerta se abrió entrando Jean, llevando una voluminosa bolsa de lona.

—Hola, Matt —dijo dejando la bolsa en su mesa—. ¿Cómo va todo?

Mientras Matt estaba trabajando en la obra, Jean se había

quedado en la oficina. Ella se ocupaba de casi todo el papeleo, recibiendo llamadas, ocupándose del correo, y llamando a Matt cuando era necesario. Pero todos los viernes al mediodía, ella iba a la obra para repartir los cheques a los obreros y evitar así que ellos tuvieran que ir a la oficina a recogerlos.

—Todo va bien —respondió Matt, cogiendo la bolsa.

—Deja las manos quietas —le reprendió Jean—. Aquí tengo cosas importantes —dijo metiendo la mano en la bolsa y sacando un montón de sobres grises sujetos con una goma—. De camino he parado para comprar dulces para la fiesta de cumpleaños de mi hijo. Y lo llevo todo bien organizado.

Matt sonrió. La idea de la organización de Jean variaba bastante de la suya. Pero él no se quejaba, aunque no entendía su sistema, y la mesa de Jean siempre estaba llena de papeles y sobres abiertos; pero ella nunca perdía nada, nunca traspapelaba un contrato ni descuidaba un recibo o un pago. Sólo una vez en cuatro años que llevaba trabajando para Matt, la confusión de su mesa le habían hecho cometer un error.

Un error de dieciocho mil dólares.

—Bueno —dijo Jean, dándole los sobres—. Los pagos. Y aquí hay unas cartas que llegaron esta mañana... —añadió rebuscando en la bolsa—. También te ha llamado Dick Lennert. Quiere hablarte de ese complejo en Beaverton.

—Bien, concierta una cita —dijo Matt, mirando ausente el correo.

—Parece que este trabajo va adelantado —observó Jean, haciendo un gesto al edificio.

—El tiempo está siendo bueno.

—Y mientras tanto, Matthew, tienes un aspecto horrible.

Matt sonrió a la pequeña mujer rubia, que estaba examinándole con el mismo ojo crítico que sin duda usaba con su hijo de ocho años.

—El cambio de horario —dijo, encogiéndose de hombros.

—Hace dos semanas que llegaste.

—Una reacción retardada.

Ella hizo una mueca.

—¿De cuánto retraso estamos hablando? Estoy un poco cansada de verte tan amargado.

—No seas madraza, Jean, ¿vale?

Matt se sentó en su silla y empezó a contar los sobres para asegurarse de que no faltaba ningún cheque.

Jean lo miró durante unos instantes. Él evitó mirarla, pero podía sentir su escrutinio, dispuesta a atacar.

—Matt aún me siento culpable por ello.

Él sonrió.

—Repito. No seas madraza. Olvídalo Jean. Eso ha terminado.

—Yo empecé todo con mi descuido…

—Tú no empezaste nada. Como mucho no lo detuviste. Ya estaba hecho cuando el banco llamó para pedir confirmación. Por favor, Jean… ha terminado. Olvídalo.

—Lo haré si lo haces tú.

Él la miró.

—Yo lo he hecho.

—Y por eso tienes un aspecto tan horrible.

Él suspiró y giró en su silla. Cerró los ojos, se imaginó un espejo de pie con el borde de roble, un edredón de colores, y después a Linda, con el pelo extendido sobre la almohada. Linda, con la piel tan suave y dorada como la piel de un melocotón, recibiéndole entre sus brazos, dentro de su corazón.

Pestañeó y la vio de nuevo, sentaba enfrente de él en una mesa, diciéndole que había sacrificado tres años de su vida para que el hombre que amaba pudiera morir en su propia cama. Pestañeó de nuevo y la vio en la mecedora, amargada, desolada, despreciándole.

Se estremeció.

—¿Matt?

Regresando al presente, giró en la silla para mirar a Jean.

—Cambio de horario —dijo él brevemente.

—Lo que tú digas —dijo ella, enderezándose y cogiendo la bolsa de la mesa y colgándosela al hombro—. Voy a saludar a los muchachos y después volveré a la cocina para concertar la cita con Dick Lennert.

—Gracias —dijo Matt, refiriéndose no a su trabajo, sino a su tacto al no insistir más en sus problemas personales.

Esperó hasta que ella se hubo marchado, y entonces buscó entre el correo que ella le había llevado. Jean siempre apartaba las facturas y la propaganda; lo que quedaba era una carta de su abogado, otra de su compañía de seguros y un misterioso sobre blanco con matasellos de Los Ángeles y ningún remite.

Abrió el sobre. Dentro encontró un cheque por cincuenta dólares de Gary Villard junto con una hoja escrita.

Pago número uno. Estoy haciendo todo lo posible. Gary.

A través de la ventana, oyó unas risas, era Jean bromeando con los obreros.

—Estoy haciendo todo lo posible —volvió a leer.

El primer pago de Gary podría resultar ser el último. Matt

no confiaría en él ni para que cambiara una bombilla, así que para pagar una deuda de veinte mil dólares. Pero…

Estoy haciendo todo lo posible.

¿Y qué estaba haciendo Matt? ¿Sintiéndose triste y sombrío? ¿Enfureciéndose con el destino y con su secretaria? ¿Odiando la amplitud y el vacío de su casa en la colina, odiando lo vacío de su cama? Cerrando los ojos y viendo a Linda en todas partes, viéndola a veces alegre, a veces enfadada, a veces suspirando de placer en los momentos que había compartido con él.

Lo que estaba haciendo era torturarse, castigándose por todas las tonterías que le había dicho.

Ya había llegado el momento de que él hiciera todo lo posible.

Se levantó de la silla, y se acercó a la ventana.

—¡Jean! ¡Ven, tengo que hablar contigo!

—En seguida voy —dijo ella charlando unos segundos más con los hombres y entonces acercándose al remolque.

Subió las escaleras, abrió la puerta y entró.

—¿Qué pasa?

—¿Me harías un favor enorme?

—Depende de lo que sea.

—Resérvame un vuelo a Hartford.

Con las manos en las caderas, ella lo miró perpleja. Matt la miró, pero no dijo nada ni aclaró nada.

—Pensé que el canalla estaba en California —dijo Jean.

«La verdad es que el canalla está en Portland», estuvo a punto de decir Matt.

—Esto no tiene nada que ver con él. Tengo que ver a otra persona.

—¿En Hatford?

—En Braxton, Massachusetts. Resérvame el billete, ¿de acuerdo? Para esta noche si puedes.

—¿Qué pasa con Dick Lennert?

—Esto es más importante. Lo veré cuando regrese.

Jean inclinó la cabeza, dudando.

—Si vuelas al otro lado del país, vas a sufrir más la diferencia horaria.

—Estoy pensando que a lo mejor otro viaje me curará. Haz lo que haga falta, Jean. No te preocupes por el precio. Resérvame un coche de alquiler en Hartford también.

Ella lo miró unos segundos más, entonces se encogió de hombros, y se marchó.

La mirada de Matt pasó de la puerta a las paredes, al cheque de Gary y a su breve nota.

Todo lo que Matt pudiera hacer a lo mejor no era suficiente, pero era todo lo que podía hacer.

Capítulo 13

Muy temprano esa mañana, cuando el sol había salido por el horizonte prometiendo un buen día, Linda había bajado la mecedora de su dormitorio al porche. A lo mejor ese fin de semana se decidía a echar el barniz que le había dejado Matt. Gary le había dicho que tenía que esperar hasta que hiciera buen tiempo y la madera pudiera secarse o algo así.

Quizá la semana siguiente. Linda no tenía energía para hacerlo ese día.

Se sentó en el porche, con los vaqueros más viejos y el jersey más grande que tenía, el pelo mal recogido en una coleta, los pies desnudos. Parecía una muñeca de trapo, pero no le importaba.

El café en su mano, la cuarta taza desde que se había levantado y lo único que se había preparado de desayuno hasta el momento, estaba enfriándose. Pero tampoco le importaba, ni el meterse algo nutritivo en el estómago.

Mirando hacia el jardín, admiró los minúsculos brotes verdes que habían salido entre la hierba muerta. Pensó que la hierba siempre moría y volvía a nacer. De las hierbas que parecían pajas, nacía nueva vida.

Dos semanas… Dos semanas de letargo. Dos semanas sintiéndose tan muerta como los hierbajos marrones y secos que había del césped de la estación anterior. ¿Cuándo iba a volver a nacer?

Había ido a su despacho a trabajar todas las mañanas, donde había pasado ocho horas engañando a sus clientes y pensando que ella sabía cómo superar las dificultades y el dolor humanos, dándoles consejos que ella misma no podía seguir. Y después, había regresado a casa cada noche y había suspirado y le había dado vueltas a lo mismo y había sentido pena de sí misma.

¿Por qué lo hacía? ¿Por qué se había enamorado de un hombre que la había abandonado? ¿Porque le había entregado su corazón a alguien que no lo quería? ¿Por qué Matt Calloway había ido a Braxton con un objetivo en mente y cuando había conseguido lo que había ido a buscar, no pudo pensar en otra razón para quedarse?

Ella había sabido lo que sucedería desde el principio. Había sido avisada, había tenido los ojos abiertos. Pero como una idiota, los había cerrado. Se había imaginado cosas. Y se había enamorado.

Ella no era la primera mujer que era abandonada por un

hombre. Se recuperaría.

Se prometió que pronto decidiría que estaba cansada de gastar su energía emocional en Matt.

Se ocuparía cuidando su jardín, plantando flores, echando barniz en su porche…

El porche que Matt había construido. El barniz que él había comprado.

Como si se hubiera visto obligado a pagarle por haber dormido con ella. Como si la hubiera compensado por sus servicios. Como si ella fuera una…

El sonido distante del teléfono la sacó de sus horribles pensamientos.

Hacía tiempo que había dejado de esperar una llamada de Matt. Los primeros días daba un bote y se ponía nerviosa cuando sonaba el teléfono y se desplomaba y se quedaba hecha un trapo cuando respondía y oía la voz de otra persona. Se había obligado a dejar de oscilar entre la esperanza y la decepción y en los días anteriores había sido capaz de oír el teléfono con cierta indiferencia.

Se bajó de la mecedora y entró en la casa. Al tercer ring, llegó a la cocina y cogió el teléfono.

—¿Dígame?

—¿Linda? Soy Debbie.

—Debbie. ¿Cómo estás?

Linda dio un sorbo a su café y apoyó las caderas contra el mostrador, sin saber qué decir. No había hablado con Debbie, ni con Gary desde que Gary se había marchado de Braxton horas después de Matt.

—Linda… —dijo Debbie con tono bajo y nervioso—. Linda, tengo que hablar contigo. Anoche Gary me pidió que me casara con él.

—¡Oh! —exclamó Linda, forzando un tono alegre—. ¡Enhorabuena! Debes estar muy excitada al llamarme tan temprano. Allí deben ser las siete de la mañana.

—Lo sé, Gary sigue dormido. ¿Sabes lo del anillo que me ha comprado?

Linda frunció el ceño. Lo que ella sabía del anillo era que Gary lo había comprado con el dinero que no era suyo y que lo había devuelto a la tienda. Al menos, eso era lo que él le había dicho.

También sabía que supuestamente debía estar pagando su deuda a Matt. ¿Cómo podía entonces comprarle un anillo a Debbie? ¿No tenía su hermano nada en la cabeza?

Se terminó el café y lo dejó en el mostrador.

—Un anillo —dijo inexpresiva.

—Una piedra de dos kilates y medio. Una esmeralda… mi favorita… incrustada en oro de dieciocho kilates. Oh, Linda… —terminó suspirando.

—Parece precioso —consiguió decir Linda sin dejar notar su desesperación por su hermano derrochador.

—Iba a dármelo el día de San Valentín —continuó Debbie, hablando rápidamente—. Pero no pudo. Tuvo que devolverlo a la tienda. Me lo ha contado, Linda. Cuando llegó a casa hace dos semanas me habló de la deuda que tenía. Aunque no me lo contó todo. Sabía que se callaba algo. Nos hemos peleado y discutido. Él prometió ser honesto conmigo y supe que no me lo estaba diciendo todo.

—Si te habló del anillo…

—Finalmente lo hizo. Anoche. Yo había ido a pasar un par de días a casa de mi amiga Rosie. Le dije a Gary que cuando estuviera preparado a ser sincero podría encontrarme allí. Y finalmente, anoche vino.

—¿Y te dijo la verdad?

—Todo —contestó Debbie—. Me habló de dónde había conseguido el dinero para el anillo y me contó por qué no pudo dármelo. Me habló de los matones que fueron tras él. Tenían un arma, Linda. Él podría haber muerto. Y me dijo… —añadió con voz temblorosa—. Me dijo que incluso me amenazaron a mí.

Linda respiró profundamente.

—¿Y qué piensas, Debbie?

¿Pensaba lo mismo que ella, que Gary era un tonto y un ladrón, y había sido cegado por la avaricia y había destruido la confianza de muchas personas?

—Lo de los matones, Linda… Bueno, fue estúpido. Pero es como cuanto te encuentras una moneda en la acera. Yo me la quedo. ¿Tú no?

—Veinte mil dólares no es lo mismo que una moneda.

—Lo sé. Pero… puedo entender el impulso. Lo que realmente me molestó fue cuando me contó lo que le hizo a su colega de guerra de Oregón. Eso fue lo peor. Robar de esa forma a un amigo…

Linda se enderezó. Estaba contenta de que Gary hubiera encontrado las agallas para contarle toda la verdad a Debbie, pero estaba preocupada sobre dónde dejaba eso a la pareja.

—Tú sabías todo eso, ¿verdad? —le dijo Debbie con cierto tono de acusación.

—Me enteré cuando él vino a Braxton.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Si alguien tenía que decírtelo, Debbie, era él. Tú lo sabes.

—Supongo que sí —admitió Debbie con un suspiro—. Me gustaría haberlo sabido antes pero… supongo que ya no importa.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé —dijo suspirando de nuevo—. Tú eres asistente social, Linda. Esperaba que pudieras decirme qué hacer.

—No puedo —protestó Linda—. Estoy demasiado implicada. No tengo objetividad en lo referente a vosotros dos. Gary es mi hermano y tú mi amiga. Me importáis los dos.

—Lo sé. Estoy furiosa con él. Tiene suerte de no estar ahora en la cárcel… o muerto. No puedo creer lo estúpido que fue, arriesgar su vida por un montón de dinero.

Linda no podía pedirle a Debbie que permaneciera con su hermano. Pero deseaba con todo su corazón que no lo dejara en ese momento que él la necesitaba tanto.

—Dijo que quería ser capaz de mantenerme —continuó Debbie—. Quería poder comprarme cosas bonitas. Dijo que no era justo que yo pasara mis horas de trabajo vendiendo cosas lujosas a gente rica y que él no pudiera ni siquiera comprarme un anillo de diamantes. Esto te sonará raro, Linda, pero él no gastó el dinero en cosas para él. Lo gastó en nosotros. Ahora sé que no era suyo para poder gastarlo, pero lo gastó en cosas que hicimos juntos y en un anillo para mí.

—¿Y qué diferencia hay?

—Yo creo que la hay. Cometió un error, pero fue generoso. No lo hizo para él. Y cuando fue a Portland y robó a su amigo… lo estaba haciendo por mí, para protegerme… ¿Tiene sentido?

A lo mejor lo tenía. Debbie estaba intentando ver lo mejor de la situación.

—No es una situación fácil —dijo Linda—. Hay muchas formas de verlo.

Debbie se rio con tristeza.

—Cometió un terrible error, pero lo quiero. Errar es de humanos, ¿verdad? —dijo hablando cada vez con más seriedad—. Quiero construir una vida con él. Cuando amas a alguien, tienes que perdonar. Tienes que darle la oportunidad de volver a ganarse tu confianza… Dime que no estoy loca.

—No estás loca.

—Porque me da igual un ridículo anillo de diamantes —dijo riéndose de nuevo—. Le he dicho que sí. Voy a casarme con él.

—Siempre he querido tener una hermana —le aseguró Linda con los ojos llenos de lágrima.

—Yo también —dijo Debbie con voz temblorosa—. Gary y yo superaremos esto. Le devolveremos el dinero a su amigo de

Oregón y haremos bien las cosas. Nadie ha dicho nunca que el amor sea fácil.

Linda sintió las mejillas mojadas. Se secó las lágrimas con la manga del jersey y consiguió sonreír.

—Claro que no lo es. Ve a despertar a mi hermano y dile que no se merece una mujer tan buena como tú.

—Se lo digo continuamente —dijo Debbie entre risas y lágrimas—. Cuídate Linda. Te llamaré pronto.

Linda se despidió y colgó. Se quedó junto a la pila un rato, cerrando los ojos hasta que se le pasaron las ganas de llorar. Debería estar contenta por Debbie, y especialmente por su hermano, que sinceramente no se merecía una mujer tan cariñosa como la que había encontrado. Linda debería ser feliz por ellos dos. Iban a sobrevivir intactos a esa crisis, encontrarían en ella fuerza y crecerían con ella.

Juró que ella también sobreviviría a su propia crisis mientras vaciaba la cafetera en su taza. Salió de nuevo al porche, esa vez seguida de *Dinah*. Se sentó en la mecedora, bebió su café y observó a *Dinah* jugar bajo el sol.

Linda sobreviviría. Encontraría su propia fuerza. A lo mejor algún día, aprendería a perdonar a Matt por haberla traicionado aquella horrible mañana cuando había revelado sus verdaderos pensamientos, su alma de hielo. A lo mejor, algún día perdonaría a Matt por decirle a su hermano que todo lo que quería era su dinero y una vez lo tuviera saldría feliz de sus vidas.

Como Debbie había dicho, cuando se amaba a alguien, había que perdonar. Había que permitirle que volviera a ganarse su confianza. Pero Linda no quería amar a Matt ni le importaba que él se ganara su confianza.

Se meció con más fuerza, rejuvenecida por un nuevo resurgir de amargura. Aún no estaba preparada para perdonar ni confiar en nadie. Y menos aún en sí misma, por enamorarse del hombre equivocado.

La verdad era que ella posiblemente se había enamorado de Matt Calloway veinte años antes, cuando él había estado en Vietnam. Matt siempre había sido el favorito de los amigos de Gary. La Roca, había dicho Gary, el tipo de hombre en el que se podía confiar…

Sí, seguro.

Linda siguió meciéndose. En la distancia, oyó el balido de una oveja. Era un sonido distintivo de la primavera. Linda intentó animarse con la alegría de la gloriosa estación.

Oyó otro balido, y después el sonido de un motor de coche a su derecha… en la curva, y entonces acercándose a su casa. En un

minuto, vio el vehículo.

Era un deportivo azul. Vio que sólo estaba el conductor en el coche. Mientras se acercaba, vio que el conductor era un hombre. Un hombre moreno. Un hombre moreno con nariz aguileña y… mientras disminuía la marcha delante de su casa, vio la barba oscureciendo su barbilla. Reconoció las manos fuertes agarrando el volante. Reconoció los ojos negros.

El coche se detuvo en la gravilla.

Ella lo miró a través de la luna delantera. Él la miró también. Linda necesitó toda su fuerza de voluntad para no gritarle que se marchara.

A lo mejor algún día estaría dispuesta a perdonarlo. Pero aún no. No cuando aún sentía tanto dolor.

Él había conseguido dormir algo en el vuelo nocturno.

La temperatura en Hartford era sorprendentemente alta. Antes de salir del aparcamiento del aeropuerto, se había quitado la cazadora de cuero y el jersey y pensó en sacar de la maleta los mocasines y cambiárselos por las botas que llevaba. Pero Braxton estaba a una hora hacia el norte, en las montañas. A lo mejor allí hacía más frío.

Pero durante el trayecto no refrescó, por supuesto, si él no se hubiera vestido de invierno posiblemente hubiera encontrado otra tormenta de nieve al llegar. Calculó que debía hacer unos veinte grados.

Abrió la ventanilla. El aire llevaba la fragancia de la primavera, el perfume de la tierra húmeda, hojas y sol. Pero él era demasiado realista para interpretar eso como un buen presagio. Su poca habilidad para vestirse para la estación demostraba que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado, queriendo algo que nunca podría recuperar.

El viaje pareció durar siglos. Cuando la casa de Villard apareció delante de él, la familiar curva de la carretera, no estuvo seguro de que estuviera preparado para verla. No había pensado en qué le diría al llegar. La verdad era que no estaba muy seguro de qué sentía. Su única esperanza era que verla le ayudara a saber qué hacer.

Ella estaba sentada en el porche reparado, vestida como una niña abandonada con vaqueros viejos y un jersey enorme. Tenía el pelo apartado de la cara con una lazo rosa, pero unos mechones se le habían soltado y le caían por la cara. El sol se reflejaba en los mechones, conviniéndolos en filamentos de cobre.

Matt había pensado que se sentiría feliz al verla, pero lo que realmente sintió fue dolor. Si su disculpa no había sido suficiente dos semanas antes, ¿por qué pensaba que funcionaría entonces?

Mientras el coche se acercaba al buzón, Matt frenó y giró el volante. Vio algo negro… la gata cruzando el jardín. *Dinah* saltó al porche y al regazo de Linda, como si estuviera colocándose para defender a su ama contra una invasión enemiga.

A lo mejor era así como veía Linda la visita de Matt.

Después de parar el motor, Matt siguió en el coche, estudiándola a través de la luna. Linda tenía los pies descalzos, las manos sujetando una taza de café. Ni rastro de maquillaje estropeaba la exquisita belleza de su rostro.

Ella le devolvió el escrutinio, con la boca muy apretada, los ojos muy abiertos, brillando con tonos verdes y dorados. Matt se sentía arrugado y sucio después del haber viajado en el avión durante toda la noche y el trayecto en coche con el calor, y se sintió incluso más arrugado y sucio cuando se comparó con ella. Linda era la esencia de la pureza, la claridad, la verdad… todo lo que importaba.

Matt recordó el período de su vida en que todo lo que había conocido había sido barro y sangre y terror, cuando su vida había sido marcada por la agonía de disparar a gente y ser disparado, ver a sus amigos morir, recorriendo con dificultad bosques y pueblos extraños, luchando, volviendo al campamento y anhelando una forma de olvidar todo el horror que había visto y hecho.

Y entonces se encontraba con una carta de una mujer. Su madre, sus hermanas, Ellie, incluso su profesora de inglés del instituto… Se aferraba a esa carta, que era mucho más poderosa que ninguna bebida o droga. Se sumergía en las palabras, devorando noticias de cosas que habían pasado a personas cuyos nombres él no conocía, de cosechas de patatas y precios de cerdos, de paz y predicadores y de toda la bondad que seguía existiendo en el universo.

En alguna parte en aquel cielo, el cielo que existía al otro lado del mundo, una niña había estado escribiendo cartas y soñando sus sueños inocentes de esperanza y familia y medias negras.

En ese momento era una mujer, amable y generosa y buena en todos los sentidos. Y él era un hombre que le había hecho daño.

La miró. Linda se mecía despacio, con la gata en su regazo y el pelo cayendo por su espalda, y se preguntó cómo podría ser capaz de vivir sin ella.

Enderezando los hombros, abrió la puerta del coche y salió. Ella continuó meciéndose, continuó mirándolo con expresión severa. No hizo ningún movimiento por evitarle cuando Matt cruzó el jardín hacia ella, ningún movimiento por echarle de su propiedad. Sólo se mecía, lo miraba y acariciaba a *Dinah*, que le enseñaba a Matt sus uñas afiladas.

Matt llegó al primer escalón del porche sin decir palabra. Miró el rostro de Linda buscando una pista de cómo empezar. Pero sus ojos no ofrecían pistas, ni aperturas, y sus labios estaban apretados.

—El porche tiene buen aspecto —dijo Matt. Ella bajó los ojos a las tablas nuevas.

—Sí.

Su voz dulce fue suficiente para hacerle reaccionar. Su sonido le llenó de suavidad. La deseaba, la quería, y ahí estaban un brillante sábado por la mañana hablando del porche.

—Nunca te he dado las gracias por arreglarlo —añadió Linda—. Hiciste un buen trabajo.

—Gary me ayudó.

—Según él, tú lo hiciste casi todo.

Se produjo un silencio incómodo entre los dos. Matt miró el segundo escalón, se armó de coraje y lo subió. Se aclaró la garganta y habló.

—Ya me ha llegado su primer pago.

Maldición. Matt no quería hablar de Gary más de lo que quería hablar del porche.

—Está intentando hacer lo correcto —dijo Linda con tono neutro.

—Yo también estoy intentando hacer lo correcto —dijo Matt, atreviéndose a conquistar el último escalón.

Ella siguió meciéndose. Mantenía un ritmo regular con sus pies en el suelo, pero Matt sintió su tensión. Emanaba de ella en ondas palpables. Apretaba los tendones de sus muñecas y cuello, le hacía que la respiración se le entrecortara ligeramente. Matt leyó la tensión en el inflexible verde de sus ojos, en su frialdad cristalina.

Qué diferente era eso de la primera vez que él había llegado a su puerta, cuando se había identificado y los ojos de Linda se habían iluminado al ver que uno de los cuatro invencibles estaba delante de ella. Matt recordaba la forma en que sus ojos se habían suavizado aceptando de mala gana lo que su hermano había hecho cuando él le había mostrado las pruebas.

Recordaba la forma en que se habían vuelto dorados bajo la luz de la luna que llegaba a su cama, la forma que habían brillado de deseo cuando él la había poseído, con un amor tan puro y bueno como todo en ella. Ella había sabido que él sólo había estado de camino, que tendría que abandonarla. Ella no le había exigido nada, no le había pedido nada excepto la pasión de una noche… porque ella lo amaba.

Él no lo había entendido hasta ese momento. Había sabido que ella lo había deseado, y él había satisfecho sus deseos. Pero

hasta que no la abandonó y se dio cuenta de lo insoportablemente vacía que era su vida sin ella, no había entendido que eso tenía que ver con el amor, con el amor auténtico, el tipo de amor que mantenía a un hombre vivo el tiempo suficiente para conocerlo, si tenía suerte de tener la oportunidad.

—Te amo —dijo Matt. De repente, las palabras fluyeron de su boca fácilmente.

—Oh, por favor. Yo no te importo nada. Ni siquiera sé por qué estás aquí a menos que sea para admirar tu trabajo de carpintería.

El tono mordaz de Linda le dejo estupefacto.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Te marchaste sin mirar atrás, Matt. Ni siquiera llamaste. Me sacaste de tu cabeza. Eso no es amor.

—Es miedo.

—¿De qué tenías miedo?

—De admitir que te amo —lo dijo mientras él mismo lo veía con claridad.

Había empezada a marcar su número docenas de veces, pero nunca había llegado a terminar antes de colgar. ¿Por qué torturarse a sí mismo y a ella?, se había preguntado cada vez. Linda y él tenían sus propias vidas en extremos contrarios del país. Y de todos modos, ella lo odiaba. ¿Por qué molestarse?

Había tenido miedo, miedo de oír decir a Linda que se mantuviera fuera de su vida y que no podía perdonarle.

Pero Matt había ido de todos modos. El miedo de que le dijera esas cosas a la cara, aumentó dentro de él.

Ella miró hacia otro lado, centrándose en algo en la distancia.

—El dinero era lo importante —dijo con frialdad—. Todo lo que querías era saldar una deuda con Gary. Querías tu dinero.

—Ya te he dicho que el dinero nunca fue el motivo principal. Fue la confianza. Tu hermano rompió mi confianza. Eso fue todo lo que siempre me importó, Linda. Él destruyó mi confianza. Y después tú. Y entonces, yo destruí la tuya.

—Bien, ahora está todo destruido.

—Entonces tenemos que arreglarlo —dijo arriesgándose a que *Dinah* le arañaría al cogerla del regazo de Linda—. Un porche empieza a desmoronarse, y se puede dejar que colapse o arreglarlo. Tu hermano roba a un viejo amigo, y el único modo en que puede salvarse es arreglándolo —añadió cogiendo la taza de las manos de Linda y poniéndola en la barandilla, y entonces cogiéndola a ella de las muñecas y levantándola—. Los dos estamos rotos, Linda. ¿No podemos intentar al menos arreglarlo?

El roce de Matt encendió algo dentro de Linda. Lo miró con ojos húmedos mientras el hielo se derretía con las lágrimas. Un débil gemido de protesta salió de sus labios, y entonces, él la besó.

Mientras ella le devolvía el beso se decía que no debía hacerlo. Sabía que si lo besaba, ella sería suya para siempre… y él se marcharía.

Se decía que no debía amarlo, que no debía rendirse. Pero era inútil, como decirle al mar que no llegara a la costa, como decirle a una flor que no se girara hacia el sol. Igual era decirle a una mujer que no escuchara a su corazón. Ella amaba a Matt. Era demasiado tarde.

Linda no recordó haber caminado, pero de algún modo se encontró en el Vestíbulo dentro de la casa con Matt, sin dejar de besarla. La rodeó con sus brazos, subió una mano a su pelo y le quitó el lazo rosa de un tirón. El pelo cayó suelto a su alrededor.

—Linda… eres tan dulce…

Sus labios le besaron la frente, las sienes, cada mejilla húmeda, la barbilla. Ella giraba la cabeza a un lado y a otro, queriendo que él la besara en todas partes. Su barba de pocos días le hacía cosquillas, y ella se quejaba, no de miedo sino de frustración, de furia por ser incapaz de dejar de amarlo, de desearlo.

—Lo siento —murmuró Matt apartándose—. Me afeitaré. ¿Quieres que me afeite?

La última vez que él le había dicho que lo sentía fue porque le había destrozado el corazón. A lo mejor, haría lo mismo esa vez. A lo mejor, hacía con ella el amor y volvía a abandonarla. Por supuesto la mayoría de los hombres no recorrían cinco mil kilómetros para hacer el amor con alguien, pero Matt no era la mayoría de los hombres.

Y la abandonaría. Esos cinco mil kilómetros separaban su vida de la de él, y no desaparecerían simplemente porque ella lo quisiera.

Matt había ido a Braxton a «arreglar» las cosas, como él había dicho. Unos pocos clavos, algo de cemento, un par de tablas, y después adiós.

Pero era demasiado tarde para parar. Ella lo amaba, tomaría lo que él le diera y sufriría más tarde las consecuencias.

—No te afeites —susurró acariciando suavemente el pelo de su barbilla.

Matt la besó de nuevo, con fuerza y furia, su lengua entrando en su boca, quitándole la respiración.

—Te deseo —gruñó contra su boca—. En tu cama. O aquí.

Las manos bajaron a sus caderas y la apretaron contra él.

—Ahora mismo, aquí —murmuró buscando la cremallera de

sus vaqueros y abriéndola—. No me importa.

—Deberíamos subir —dijo Linda no por prejuicios tontos sino porque sentía las piernas temblándole.

Y posiblemente no podría hacer el amor de pie.

—De acuerdo —dijo Matt, aunque no hizo ningún movimiento por acercarse a las escaleras.

Metió las manos por la cintura de sus vaqueros abiertos, bajo sus braguitas y le cogió las nalgas. La apretó contra él una vez más, su erección empujando hacia ella, y gimió de deliciosa agonía.

Despacio, sacó las manos y las puso en su cintura.

—No quiero apartarme de ti —dijo sonando tan indefenso como ella se sentía.

Ella cogió sus manos con las suyas y las levantó a sus labios. Él gimió de nuevo.

Matt cogió un cojín del sofá y lo puso sobre la alfombra gruesa frente al fuego. La cálida luz del sol de primavera contradecía el escenario típico romántico de la noche, con el fuego encendido, charla tranquila y copas de brandy… pero Linda y Matt no necesitaban ese escenario.

Ellos podían crear el suyo propio y su propia atmósfera de romance.

Matt dejó el cojín sobre la alfombra, y entonces ayudó a Linda a tumbarse hasta que su cabeza estuvo cómodamente colocada sobre él. Él bajó hacia ella, y repartió besos por su cara.

Ella metió las manos entre sus pechos y empezó a desabrocharle los botones de la camisa.

Matt dejó de besarla y se izó un poco, para que Linda pudiera desabrocharle bien los botones inferiores. Linda le sacó la camisa de los pantalones y se la quitó por los hombros. Incapaz de resistir, dejó que sus manos se quedaran allí, tocando los contornos marcados y duros de su espalda. Con las manos aún metidas en las mangas de la camisa, él no podía hacer nada más que dejarla.

—Nunca he estado así antes —confesó Linda, mientras sus manos se dirigían al triángulo de pelo cubriendo su pecho.

—¿Cómo?

—Agresiva.

Matt se rio y se liberó de la camisa.

—Sé mi invitada —le dijo echándose hacia atrás para que ella pudiera llegar a la cremallera de sus pantalones—. Me gusta tu tipo de agresión.

Animada, Linda le desabrochó el pantalón a pesar de que le temblaban los dedos. La cremallera era más difícil de desabrochar dada su excitación, pero aparte de levantar las caderas, él se negó a ayudarla. Al fin se la bajó.

—No pares ahí —susurró Matt.

Ella miró sus calzoncillos de algodón, estirados tensos sobre su erección, y entonces le miró a la cara. Respirando profundamente, metió las manos dentro del elástico y se llenó las manos de él.

Matt jadeó.

—Me encanta, Linda —dijo jadeando de nuevo mientras ella recorría todo el largo de su carne rígida con una uña—. Oh, Linda.

Matt se despojó de sus pantalones y calzoncillos y entonces atacó la ropa de Linda, quitándole los pantalones y las braguitas de una sola vez y levantándola para quitarle el jersey. Que no llevara sujetador pareció sorprenderle, y entonces apareció una sonrisa en sus labios.

—Eres preciosa —dijo echándose hacia abajo y metiéndose un pezón rosado en la boca.

El cuerpo de Linda respondió a sus besos, sus músculos retorciéndose, su piel poniéndose de gallina, ardiendo de expectación. Matt le puso el pezón de punta con los labios y la lengua, y entonces empezó con el otro pecho, acariciándolo con la mano, cogiéndolo con los dedos, llevándoselo a la boca…

Linda metió los dedos entre su pelo, los bajó por su espalda, por las costillas y hacia delante, hacia la parte superior de su pecho. Quería abrazarlo de nuevo, acariciarlo y moldearle a ella, tocarlo de un modo que le hiciera jadear y gemir como había hecho momentos antes.

Pero antes de que pudiera hacerlo, él bajó por su cuerpo, dejando un sendero mojado hasta su ombligo y metiendo la lengua dentro.

Matt dejó que sus dedos viajaran de los bordes huesudos de su pelvis hasta la suave carne más abajo, acariciando sus nalgas, sus muslos por fuera, y después la superficie temblorosa de la parte interior de sus muslos. La tranquila persistencia de su tacto parecía quitarle a sus piernas la poca fuerza que tenían; ella era incapaz de resistirse mientras él las separaba, mientras se colocaba entre sus rodillas.

Sus dedos la encontraron… y después sus labios y su lengua, deslizándose con precisión casi dolorosa sobre su carne caliente y entonces entrando más hondo, penetrando y controlando cada sensación en ella.

Linda arqueó la espalda y su cabeza se hundió más en el cojín, cerrando los puños y buscando algo a lo que agarrarse. Encontró los brazos de Matt y se agarró con fuerza, agradecida por la solidez de sus músculos.

—No puedo… —gimió Linda, queriendo decir que no podía

soportar el placer—. No puedo…

Y entonces su voz se fundió en un grito mientras su cuerpo se liberaba y las sensaciones fluían dentro de ella, surgiendo y disminuyendo en olas que la dejaron demasiado agotada para moverse.

Matt se puso encima de ella y puso sus manos una a cada lado de su cabeza y la miró.

—Te amo —susurró.

Oírle decir esas palabras la revivió. Ella movió sus cansadas piernas debajo de él, alineándose con él, y se sorprendió al descubrir que él estaba más excitado que al principio.

—Te amo —repitió ella, y entonces le rodeó la cintura con las piernas, tirando de él hacia abajo.

Ella estaba preparada para él, después de lo que él le había hecho, húmeda y abierta. Los empujones de Matt fueron duros, fuertes, su pasión urgente. Los dos se movieron juntos, en un ritmo, en la misma dirección, respirando al unísono. Matt era parte de Linda; una extensión de ella, como ella lo era de él. Él era su héroe mítico, su amigo, un guerrero cuyas heridas ella podía sanar, cuya alma podía liberar igual que él liberaba la suya.

Él era su amante, y cuando el cuerpo de Matt debía haber alcanzado su límite, él lo desafió y continuó moviéndose, llevándola a ella con él, negándose a entrar en el paraíso sin ella.

Ella estaba demasiado agotada, pero él siguió empujando, siguió intentando. Y entonces, al fin, él llegó.

Linda apenas registró su gemido ronco. Ella estaba mareada, totalmente agotada, su mente era una neblina de éxtasis. Era incapaz de moverse.

Se quedó donde estaba, pasando sus manos suavemente por la espalda de Matt empapada en sudor, hasta sus nalgas y arriba de nuevo. No quería pensar. Sólo quería abrazarlo mientras su mente viajaba, mientras los arco iris de esperanza aparecían en su cabeza.

Pero al final las nubes lo ocultaron.

Ya habían «arreglado» las cosas.

Matt pensaría que las cosas se habían aclarado entre ambos y se sentiría mejor, y volvería a Portland.

Y ella se quedaría sola.

Capítulo 14

Él debía haber sentido su cambio de humor. Se liberó de su abrazo, lo que dejó a Linda helada, aunque ella ya estaba fría, fría al saber todo lo que iba a perder… todo lo que había perdido ya.

Él la miró.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

Él examinó su cara, nada convencido.

—¿No te dije que eras la peor mentirosa del mundo? —bromeó aunque sonaba serio—. Algo te preocupa.

—No. En serio.

—Linda…

Ella suspiró y bajó la cara.

—Nada que tú puedas arreglar, Matt.

Matt le puso un dedo bajo la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Ponme a prueba.

Ella hizo lo posible por mirarlo. Si había sido valiente para quitarle la camisa, y valiente para entregarse a su amor, debía ser valiente para mirarlo en ese momento.

—Tú vives en Oregón —dijo, sintiendo una lágrima y luego otra filtrándose entre sus pestañas y bajar por sus sienes hasta su pelo.

Matt pasó sus dedos suavemente por su cuello, subió hasta su labio inferior y acarició sus mejillas húmedas.

—Cásate conmigo.

Ella lo miró incrédula. Matt no podía hablar en serio. Era lo que se le decía a una mujer cuando se encontraba mal. No podía decirlo en serio.

El silencio de Linda le animó a repetirlo.

—Ven a Portland conmigo. Cásate conmigo.

El corazón de Linda empezó a latir con fuerza. Pensó en Portland, en Braxton, en todo lo que había sido su vida y podría ser si…

Si se casaba con él. Si se casaba con el hombre por el que estuvo loca perdida cuando tenía once años. Si le daba la espalda a su casa, a su vida, y se marchaba con él, borraba esos cinco mil kilómetros y se casaba con él. Si se casaba con el hombre que había salvado la vida de su hermano, y que había deseado también verle muerto.

Si se casaba con Matt Calloway, que una vez le había dicho

que no podía prometerle más de una noche…

—Necesitamos asistentes sociales en Oregón igual que los habitantes de Massachusetts —continuó Matt, cuando ella siguió sin hablar—. Estoy seguro de que podrás encontrar trabajo allí, si eso te preocupa. Aunque no tendrías que trabajar si no quisieras… yo gano bastante. Pero si quisieras, tendrías muchas oportunidades.

Si se casaba con el hombre que le había roto el corazón…

—A lo mejor prefieres ir a conocer primero el sitio —sugirió Matt con voz suplicante—. Tengo una casa bonita, pero si no te gusta, podemos buscar otra.

Si se casaba con Matt, a quien amaba más de lo que nunca había creído posible…

—Sé que estás muy ligada a Braxton…

Ella se rio.

Él pareció sobresaltado, y después algo insultado.

—Yo no estoy ligada a Braxton. Crecí aquí. Me rebelé contra mis padres aquí. Pasé tres años de luto aquí… Esta ni siquiera es mi casa. Es de Gary.

—Es tu hogar —le recordó Matt—. Maldita sea. Linda… luché duro para asegurarme de que Gary no vendía el lugar mientras tú estuvieras viviendo aquí.

Ella se rio de nuevo, sabiendo que no debía… pero después de todo lo que ella había sufrido por él, él merecía también un poco de sufrimiento.

—Bueno, ¡caramba, Matt! Si luchaste tanto, quizá sea mejor que me quede aquí.

—Linda…

Ella ya había bromeado bastante.

—Tu hogar está donde tú lo construyas —dijo, muy seria—. Deja que Gary venda la casa y te pague lo que te debe. Deja que acabe con la deuda y pueda seguir con su vida.

—¿Vendrás a Portland?

—Si Portland es tu hogar, yo me haré allí el mío también —le juró—. Te amo, Matt.

—¿Entonces te casarás conmigo?

—Sí.

Él la abrazó y la besó. Aunque no fue un beso apasionado, el simple calor de la boca de Linda sirvió para volver a excitar a Matt. Linda acarició su costado y llevó delante la mano, para tocar su carne hinchada.

—No —le pidió Matt quitándole la mano—. Aún no hemos terminado de hablar.

Linda no pensaba que hubieran terminado de hablar durante al menos los siguientes cincuenta años. Ella entrelazó sus

dedos con los suyos y dejó que le guiara la mano hasta su pecho, y entonces escuchó lo que él tenía que decir.

—Necesito disculparme —dijo Matt—. Siento mucho lo que ha pasado.

—¿Ahora mismo?

—La última vez.

Ella le puso los dedos en los labios para hacerle callar.

—Una mujer inteligente me enseñó algo esta mañana… que cuando se ama a alguien, hay que darle la oportunidad de ganarse de nuevo tu confianza.

—¿Me la he ganado?

—Confío en ti. Con todo mi corazón.

Él volvió a darle un beso.

—¿Qué opinas de los niños? —preguntó Linda.

—Me gustaría tener alguno.

—Yo tengo treinta y tres años.

—Y yo cuarenta y uno. Tendremos que darnos prisa.

Linda le acarició el pelo de la barbilla.

—¿Recuerdas ese regalo de cumpleaños que me dio Gary? ¿Esa caja? Está arriba.

Linda bajó el dedo por su barbilla, a su garganta y al pelo de su pecho.

—A lo mejor ya hemos empezado, Matt.

—Por mí está bien —dijo Matt.

Ella no detectó dudas en él, ni arrepentimiento, ni pánico. Simplemente puro placer ante la idea de tener un bebé con ella.

—Te amo —dijo ella de nuevo.

Era maravilloso decir las palabras en voz alta, admitir la verdad.

—Yo también te amo.

Él se inclinó hacia ella como si fuera a besarla, entonces se quedó quieto y soltó un gritó. Se levantó, se sentó y miró detrás de él.

Linda se levantó para ver que le había hecho gritar. *Dinah* estaba dándole golpecitos en las piernas con su fría nariz rosa.

—También está *Dinah* —le recordó Linda.

—¿Qué pasa con ella?

—Si quieres casarte conmigo, ella es parte del paquete. Ella va donde yo voy.

—Pero no va a meterse en mi cama —le avisó Matt.

—La verdad es que ahora mismo estamos en su territorio —señaló Linda—. Tiene todo el derecho a echarnos.

—Entonces, vámonos de su territorio.

Linda sonrió.

—Podemos subir.

—Sí. He estado soñando con esa enorme cama tuya con cabecero de barrotes desde que me marché de Braxton.

—Con mi cama, ¿eh?

—Contigo dentro. Tú y yo y la puerta cerrada.

—Vamos —dijo Linda, poniéndose de pie y tirando de él—. Hagamos que tus sueños se conviertan en realidad.

—Tú ya lo has hecho —murmuró Matt, cogiéndola en brazos y subiéndola por las escaleras.

* * *

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Judith Arnold

«Cuando era niña, nunca pensé realmente en ser escritora. Crear historias simplemente era algo que hacía, como comer, dormir o salir con mis amigos. Aún guardo una copia de mi primer cuento, que escribí cuando tenía seis años. Era la historia de un oso solitario. Continué escribiendo innumerables historias, poemas y obras de teatro: la obra de teatro de cuarto curso; en sexto un poema premiado para la Semana Dental Nacional; durante mi adolescencia docenas de historias cortas sobre la angustia adolescente, poemas contra la guerra, la opresión, la hipocresía y otros grandes males... Escribí para la revista de escritura creativa de mi instituto y edité el periódico del colegio. En la universidad, escribí una obra que ganó un premio económico y fue producida en el campus. Me tomé eso como un signo y decidí hacerme guionista. A lo largo de los diez años siguientes escribí varios guiones y los produje profesionalmente en teatros locales por todo el estado. Mientras tanto, continué escribiendo historias cortas y novelas.

Ya que me resultaba casi imposible ganarme la vida como escritora de obras de teatro, impartía clases de inglés para tontos en un par de universidades locales. Mi marido me desafió a que me tomara un año sabático de la enseñanza para ver si era capaz de escribir y vender una novela. Antes de que el año se acabara ya le había vendido una novela romántica a Silhouette Books: *Silent beginnings*, en 1983 coincidiendo con el nacimiento de mi primer hijo. Nueve libros después, justo entre *False impressions* y *Flowing to the sky*, tuve también a mi segundo hijo. He escrito más de ochenta y cinco novelas que han sido publicadas por Silhouette, Temptation, American, Superromance y Mira.

Mi familia vive en un pueblo no muy lejos de Boston, Massachusetts. Mis tres chicos –un marido y dos hijos– cuidan mucho de

mí. Me hacen reír y mantienen mis reservas de chocolate. Ya que el chocolate y las risas son esenciales para mi creatividad, creo que tienen su pequeña parte en que yo me haya convertido en escritora.»

Género: Romance contemporáneo
Título original: *Flashfire*
Traducido por: Patricia García Godina
Editor original: Harlequin Books, 08/1993
Editorial: Harlequín Ibérica, 03/1995
Colección: Súper Jazmín 254
ISBN: 978-84-396-4102-5